

Héctor

Esta historia se circunscribe al relato de determinados episodios que, supuestamente, pudieron haber alterado, finalmente marcado la personalidad y el destino de Héctor, un hombre dotado de una gran inteligencia, atractivo y carismático, pero también inescrupuloso, insensible, ambicioso y manipulador. Por diversas circunstancias casi “obligadas” ya desde su nacimiento, por el ámbito y los tratos familiares, sumados a una educación fallida e indiferente, llegó a ser por voluntad y decisión propia alguien que rechazó, podándolo de su personalidad, todo concepto de la moral y de la ética. Sin aceptar ni demostrar ningún interés o afinidad con los principios y normas que rigen la vida del hombre en una determinada sociedad, hasta el final, tampoco se cuestionó como éstas podrían afectar, influir o determinar su comportamiento en el proceso natural e inevitable de adaptación a la misma. En la vida de Héctor lo único que contó fue él mismo y el presente, siempre constante y actual, sin ayer y sin mañana, sin pasado y sin futuro. El bien o el mal, lo bello o lo feo, lo correcto o lo incorrecto, en sí mismos no tuvieron valor intrínseco, ni utilidad ni significado, ya que en su relación con las personas, las situaciones, los lugares, con todo el mundo que lo rodea y sin excepciones, lo único determinante fue que estuviesen a su exclusiva disposición y servicio. A todo aquello que no juzgaba “útil” o beneficioso para él mismo lo adaptaba, lo usaba y luego lo desechaba o lo destruía sin hacerse ningún cuestionamiento, siempre exento de problemas de conciencia. En resumen, en su propio „juicio de valores” lo absoluto y decisivo fue constantemente el presunto beneficio o inutilidad, ventaja o incapacidad de toda manifestación material o vital en exclusiva relación a su propia subsistencia. En el vivir cotidiano de Héctor, los sentimientos y las emociones, los deseos, el dolor, los éxitos, las pasiones, las frustraciones o los fracasos fueron siempre doblegados por los análisis y las deducciones elaborados fría y exclusivamente por la razón.

Tal vez la historia de Héctor podría ser la de cualquiera de nosotros, ya que es inevitable que en nuestras propias vidas aparezcan algunas situaciones en las que también demostramos, aunque en menor medida, un comportamiento muy parecido al del protagonista de esta historia. Todos llevamos impresa la latencia de inclinarnos tanto hacia el bien pero también hacia el mal es más, a elegir y decidir entre el uno o el otro. Y en algunos casos, „corriéndolas” de acá para allá de una manera elástica y arbitraria, corremos el riesgo de manipular, de distorsionar nuestras convicciones, ideales y juicios según nos convenga o no. Todos podemos llegar a ser altruistas, nobles y generosos, pero también mezquinos, interesados y oportunistas. Desde el momento de

nacer llevamos con nosotros la posibilidad de convertirnos en personas „normales”, buenas, justas, adaptadas a la sociedad de la que somos parte. Pero, en cualquier momento de la vida puede presentarse una situación que nos tienta con el motivo y la excusa apta para atrevernos a transgredir los códigos, las reglas y barreras morales y éticas incorporadas a nuestra personalidad, algo que nos impulse a ver y aceptar como única meta y objetivo válidos la complacencia exclusiva y categórica de nuestras ambiciones y deseos personales, aún a detrimento de los otros.

Como en el caso de Héctor, acallando la conciencia y adiestrando la voluntad, cualquier hombre también podría llegar a cometer los actos más condenados y detestados por la sociedad, en pos de ambiciones y deseos personales, convertirse hasta en un criminal sin escrúpulos ni remordimientos, Pero de esa manera y al igual que le sucedió a Héctor, el traspasar y forzar el límite del pensar y actuar sólo en beneficio de uno mismo, o sea, el alcanzar el individualismo extremo y absoluto, trae consigo la inevitable consecuencia de autoexcluirse de la sociedad, y, a pesar de seguir siendo parte obligada de ella, quedar plena e irremediabilmente condenado a vivir aislado, sólo y sin esperanzas. En resumen, Héctor sería el prototipo de una persona extremadamente individualista, absolutamente egoísta y egocéntrica a la que, en cierto sentido, difícilmente se la podría juzgar ni tampoco „condenar”. En primer lugar porque, si bien en mayor o menor grado controlado, todos nosotros, como seres humanos únicos e irrepetibles, también llevamos grabado en nuestro interior la inclinación al egoísmo y al egocentrismo, Héctor a este egoísmo y a este egocentrismo intrínsecos y en estado embrionario, los “liberó” conscientemente de sus cadenas morales y éticas, para desarrollarlos luego al máximo. En segundo lugar, porque lo podríamos ver como alguien que, prácticamente desde su nacimiento, es emocionalmente un disminuido, moralmente (aunque por propia voluntad) un mutilado. Y precisamente, tal vez por estos dos motivos, de alguna manera inexplicable, no por sus propios méritos, pero al final de su vida a él también le llega la Redención.

HÉCTOR

Planicies y montañas

José Luis Pinczinger



Aunque algunos hechos y personajes están extraídos o inspirados en la vida real, la trama y el protagonista principal, son ficticios. No obstante, la figura de Héctor, “El Nino” está inspirado en un ex guerrillero que conocí en Carlos Paz, cuando en el verano de 1986 trabajaba en una cervecería para juntar dinero para mi regreso a Hungría. X. era un muchacho que alguna organización humanitaria, no recuerdo cuál, había podido sacar de la cárcel y exiliarlo a Holanda donde vivió cómodamente y consentido durante años. Yo trabajaba como mozo (“¡Profe!, ¡Un porrón de cerveza, por favor!) y él en el mostrador. Luego de cerrar la caja nos sentábamos en la cocina donde yo con un lomito, una granadina con vodka y los evangelios, él con un fernet con cola, empanadas y la ideología marxista y la revolución cubana, tratábamos de entender y arreglar el mundo. Hubo veces cuando nos poníamos de acuerdo.

El capítulo del colombiano está basado en un personaje y en hechos reales. Yo soy el que, no desde Cracovia sino desde Budapest, viaja con él hacia París “a dedo”. Los personajes de Janecska, la estudiante polaca, y de Doña Vilma y sus historias son estrictamente verídicos Marta y yo somos sus colocutores.

Me identifico con Héctor en muchas de sus tribulaciones y disquisiciones, con algunas de las de Cacho y también con su contrapuesto, Sócrates, que trata infructuosamente de convencer a todos (y de convencerse a sí mismo) de las verdades de la vida, sin querer tomar en cuenta que no son las palabras, sino como vivimos la vida lo que testifica y autentica o contradice las grandes verdades proclamadas.

El país de origen del protagonista podría ser cualquier lugar de América latina. Las escenas se van desarrollando en un período de tiempo premeditadamente indeterminado, entre la segunda mitad del siglo XX y la primera década del siglo XXI y, como sucede en los sueños, este paso del tiempo es impreciso, ambiguo y flexible

INDICE

Preludio: En la cumbre (El principio del fin)

Primera escena: La motocicleta de Héctor

Segunda escena: Blanca

Tercera escena: Hippies y militantes

Cuarta escena: El colombiano

Quinta escena: Doña Vilma

Sexta escena: Regreso

Séptima escena: Planicies y montañas

Octava escena: Sócrates

Epílogo: Redención

Preludio

En la cumbre (El principio del fin)

“¡Bueno, basta! ¿Porqué tenés que darle más vueltas? ¡Dejá de masoquearte y concéntrate en el camino, pelotudo, o te caés al barranco y morís antes de tiempo! ¡Nooo! Es inútil... ¡Maldito sea! Es así y listo, de un lado están ellos... todos los otros, sí, sí, la gran masa humana. Y del otro, acá, estoy yo, el individuo... solo. ¿O acaso no es así? Para cualquier otro individuo de los casi siete mil millones que habitamos en el mundo, yo no soy más que una parte insignificante y desapercibida de esta gran masa... ¡¿Individuo, o masa?! ¿Masa, o individuo? En definitiva, en esta realidad de mierda, todos no somos más que un YO salido de algún lado, luego extraviado, e inmediatamente licuado en esta gran masa reputísima sin rostro, sin forma y sin nombre, promiscua, sin orden ni lógica que patéticamente nos gusta llamar “humanidad”... Pero ¡ajo! Porque en cuanto intentamos salir de la licuadora... ¿qué somos? ¿Qué mierda, qué carajo somos?... (¡Y para colmo, justo ahora aparece esta maldita rama... casi me rompe el parabrisas!... ¡No te distraigas, Héctor!) Decime... ¿qué somos? ¡Dale, anímate!... Te lo digo: saliendo de la licuadora, sin ninguna duda no seremos ninguna otra cosa más que ejemplares únicos, irrepetibles. ¡Humanoides solos y aislados, lamentables, ridículos, sin nada que nos sujete a ninguno de los otros incontables especímenes que pueblan este mundo delirante! Pero todo seguirá igual, porque lo queramos o no, seguiremos perteneciendo a la reputada gran masa humana. Qué porquería de contradicción: ¡Fundidos, pero aislados! Solos, únicos, inimitables. Irrepetibles, pero licuados... ¡Bueno, basta de joder! Además, ¿qué carajo me importa la masa? ¿O qué?... ¿Acaso te importa? ¡Noooo! Aquel que dice que le importa la masa, la “humanidad”, sin duda miente. ¡Es el colmo de la hipocresía! La importancia de la masa es propia de las hormigas, de las abejas, pero no de los hombres. ¡Lo único que siempre, en toda la podrida historia de la humanidad importó, importa y siempre importará es el individuo, o sea, YO! Sólo y únicamente YO. ¡Todo lo demás es caca, excusas baratas! ¿Por qué? ¡Qué sé yo!... Oooo, sí, claro que lo sé. ¡No te hagas el boludo, Héctor!... Lo sabés muy bien, te lo digo... porque nadie se puede poner en la piel de otro. Nadie se puede poner en MI piel. Mucho menos vivir MI puta vida, como tampoco MI propio YO no puede vivir la puta vida de otros. A pesar de que todos seguimos fundidos en la gran masa, durante cada segundo de toda nuestra miserable vida siempre quedamos a la intemperie, aislados y condenados a estar solos. Nacemos solos, vivimos solos y morimos solos, y esto no lo cambia nada ni nadie... Ni un Dios que no existe, ni la filosofía, ni la mierda del arte, mucho menos la

ciencia... ¡Esta es la única verdad, y no hay religión, convicción, ideología o creencia ni pildora que valga!”

Ahora también, en su último día, como a lo largo de casi toda su vida, Héctor iba solo, lidiando consigo mismo, tratando de rechazar y de alejar estos pensamientos que le iban machacando el cerebro una y otra vez, de manera obsesiva y despiadada. Manejaba zigzagueando por el camino viejo impregnado de barro, trozos de troncos resacos, ramas rotas y socavones que subía hacia las montañas inhóspitas, rocosas y áridas. Forzaba sin compasión al motor a trepar siempre más y más arriba, esquivando un sembrado caótico de piedras desprendidas y desparramadas por doquier, rodeando barrancos, atravesando cauces de arroyos algunos sólo dormidos, otros ya muertos, rozando paredes de rocas amenazantes que, de tramo en tramo, se erguían uno u otro lado. Su rostro dibujaba una media sonrisa sarcástica y amarga, el reflejo típico de una rabia engendrada por rencores y frustraciones escondidas y acumuladas durante vaya a saber cuanto tiempo, rencores sin base real ni justificación que nunca lograron, tal vez ni siquiera quisieron encontrar un cauce paliativo y un destino final de desintegración y alivio. Si embargo, sus manos aferraban el volante con firmeza y decisión y con algo de terquedad engeguada; como provocando sin cesar a los obstáculos e irregularidades del camino, apretaba bruscamente y sin titubear el freno o el acelerador en cada curva o tramo difícil o más escarpado. Hacía ya casi media hora que había dejado atrás el último lugar poblado, los restos miserables de un almacén antiguo ubicado en el comienzo de la trepada, y que ahora solo funcionaba como refugio abandonado para tres o cuatro esclavos de la droga y del alcohol. Poco a poco se acercaba a ese lugar que aún no conocía, pero tenía la esperanza le iba a servir como meta, objetivo y sinopsis de una historia de casi cincuenta años. Por eso, atravesando una tras otra las cumbres cada vez más altas, más áridas, rocosas e inhabitadas, había decidido tomar ese camino ya olvidado donde ahora, como una máquina de precisión automática y bien lubricada, iba girando el volante de un lado al otro, combinando el manoteo de la palanca de cambios con el trabajo afanoso de sus pies que, como los pedales del órgano en una fuga de algún compositor moderno, iban y venían saltando arrítmicamente y sin interrupción del freno al acelerador, al embriague, acelerador, vuelta al freno y embriague otra vez. Sin mucho resultado, se esforzaba por evitar y rechazar todo pensamiento o tentativa de recuerdo, obstinado en cerrar su mente a todo lo que no fuera subir, subir... y seguir subiendo. Pero sus obsesiones y demonios siempre volvían sin darle tregua, por eso se aferraba a la certeza, más bien a la esperanza de ese destino terminal al que apuntaba el paragolpes delantero del auto y que suponía lo estaba esperando allí arriba, en la cumbre de las montañas.

„Sí, allí ya tendré tiempo para pensar, para recordar y tratar de entender sin que nada ni nadie me lo impida, sin nada que me influya, y lo más importante: sin ningún testigo”.

El auto por supuesto no era suyo, sino robado. ¡Lo había hecho ya tantas veces! Como de costumbre se había apropiado de un auto de categoría media, ni nuevo ni viejo, ni grande ni pequeño pero bueno, confiable, de esos que no atraen demasiado la atención de nadie, mucho menos de la policía. La temperatura del motor ya marcaba la línea roja y, según el indicador del tanque, la gasolina también se le estaba acabando, pero él pensaba que era mejor así, seguro que le iba a alcanzar justo y luego... no, luego no tenía la menor intención de seguir camino, ni mucho menos de regresar a ningún lado.

Finalmente, con el radiador hirviendo, el tanque vacío y el motor a punto de dar su último suspiro, detuvo el coche en el lugar más alto, allí, donde lo único que cortaba el silencio absoluto era el viento frío que con ráfagas esporádicas y violentas, parecía cumplir la función en algunos momentos de separar, en otros de volver a enlazar el cielo gris con el paisaje casi desnudo de colores. Se bajó del auto sin preocuparse de cerrar la puerta ni de poner el freno de mano, arrojó las llaves al fondo del barranco y se adentró a pie por un estrecho sendero natural abierto por algún animal, tal vez cabras, algún burro, mula o vaca extraviada. Caminó algo más de un kilómetro, luego salió de la huella y lidiando con piedras y espinos encontró el lugar anhelado, ideal. Solitario, inhóspito y mudo como una isla aislada y deshabitada justo en el centro del mundo.

Se sentó en la tierra y apoyó la espalda contra una roca que evidentemente no tenía más historia ni función, ni en el pasado ni en el futuro, que este encuentro con él, y que seguramente por este motivo único estaba allí esperándolo, imperturbable y estática desde hacía miles y miles de años. Sacó del bolsillo de su anorak una petaca llena de vodka, la abrió, y después del primer placer perceptible y tan ansiado durante toda la subida de oler su contenido, con los ojos cerrados la vació lentamente y sin parar hasta la última gota. Luego, sin abrir los ojos, hurgó en el otro bolsillo buscando los cigarrillos y el encendedor. Encendió uno, le dio una pitada profunda y lujuriosa atrapando largamente el humo en sus pulmones y, sólo cuando se sintió al borde de la asfixia, exhalando el humo, Héctor comenzó a rememorar su pasado.

Ya se había auto convencido que cualquier persona...

“Digamos un niño... un niño que puede haber nacido en cualquier punto del mundo, en Polonia, Canadá, Chile, Suecia, en una aldea de China o en un lugar de África, Asia, Oceanía,

elegido adrede o al azar, en un país subdesarrollado, en desarrollo o en la cumbre más alta del bienestar social... da lo mismo...” -Y según él, también había llegado a la conclusión que ... - “Evidentemente lo que marcará a ese niño, luego joven, hombre maduro no es el lugar donde nació, sino todo aquello que vio y que vivió, lo que consciente o inconscientemente se le fue quedando apresado bajo la piel y, „quieras o no”, tuvo el poder de decidir el rumbo que tomó su vida”...

Cerró los ojos otra vez. Con la mano izquierda hizo un gesto como alejando una mosca molesta, pero lo que en realidad estaba rechazando era esa vocecita bien conocida y odiosa que le susurraba:

“Excusas, son sólo excusas, Héctor. No hay nada que pueda explicar, mucho menos justificar la porquería que fuiste ni nada de lo que hiciste”

Como nunca pudo soportar el calor excesivo característico del humo en las últimas pitadas, aspiró por última vez del cigarrillo a medio consumir y arrojó el pucho lo más lejos que pudo... igual... *“es residuo orgánico”* pensó cínicamente encogiéndose de hombros y, además, -no era que le importase un rábano, pero... allí, entre las piedras, no había nada que pudiese provocar un fuego accidental, no deseado y que llamase la atención.

“Los hombres, por lo general viven sus días, semanas, años, de manera mecánica, rutinaria. Y rara o difícilmente llegan a formularse... No, no, claro que no la pregunta más común, fácil de responder o simplemente sin respuesta: „ ¿Quién soy?”, sino aquella que para enfrentarla y poder responderla se necesita mucho más coraje „ ¿Cómo soy yo de verdad?”. O... „ ¿Por qué llegué a ser así como soy?”... a veces: „ ¿Siempre fui así, desde mi nacimiento, o fue que en mi vida ocurrieron una-dos-tres cosas que me formaron así como soy ahora?... ¡Me guste o no me guste!” Es como querer verse en un espejo, ¿no? Y – ¡qué cagada!- entonces siempre aparece la otra pregunta, la más insistente y provocativa, la más hija de puta. Esa pregunta miserable y roñosa que desde joven siempre me sigue y me sigue machacando: „ ¿Conozco yo alguno de esos, uno-dos-tres episodios, sucesos, que decidieron mi personalidad y el rumbo de mi vida? ¿Sé de algo que de verdad me pudo haber sucedido y me pudo haber marcado, pero que me es imposible recordarlo porque el inconsciente lo enterró tan profundo que ya es imposible extraerlo a la luz?” ¡Allí debe estar el reputo gato encerrado!

Héctor se sonrió sin ganas cuando, haciendo un inventario, recordó a todos aquellos hombres que había conocido a lo largo de su vida y que se habían formulado preguntas semejantes a las que se hacía él.

“¡Justamente para encontrar respuestas a estas preguntas es que tantas personas hacen terapia! Gastan fortunas para que alguien les ayude a investigarse ellos mismos, quiénes son y porqué son como son. Ayudarlos a escarbar en sus cerebros, como lo hacen los detectives, buscando y extrayendo hasta de la basura y de la mierda para tratar de encontrar algo que responda o explique los “por qué”, las motivaciones y las causas. Sí, los pobres infelices saben que ellos solos serían incapaces, nunca encontrarán las respuestas.... ¿Pero acaso sabrán que, probablemente, el principal obstáculo para lograr su auto conocimiento son precisamente ellos mismos? ¡Sus negaciones y sus miedos! -exclamó en voz alta, mientras dibujaba el signo de la locura haciendo girar en su sien el dedo índice derecho - Se quedó un rato en silencio y luego siguió con sus elucubraciones. „No me queda ninguna duda de que desde nuestro nacimiento, -¡jojo, Héctor!... desde el mío igual, ¿eh?- ocurrieron momentos, situaciones de las que no queremos o no somos capaces de acordarnos. Por ejemplo, el primer recuerdo desaparecido, imposible de recuperar de „ ¿Cómo fue nuestro nacimiento?” Indudablemente todo eso tiene que estar en algún recoveco de nuestra memoria, no puede ser de otra manera... Pero ¿donde mierda estará? – ¡que pregunta idiota! ¡Que pregunta reputa, provocativa y maligna!- Como si hubiese una respuesta oculta detrás de algún arbusto, o jugando a las escondidas entre las piedras y los espinos... Y para colmo, entre esos recuerdos lejanos, también debe haber algunos que, por ser sórdidos y mezquinos, de ninguna manera quisiéramos que salgan a la luz.... En toda nuestra historia personal, por nuestra propia voluntad o de una manera inconsciente, éstos deben estar condenados a permanecer profundamente enterrados por toda la vida... Cosas más o menos importantes, pero que el inconsciente prefiere no recordar... encuentros, vivencias, sucesos y... Pero... ¡qué mierda! ¡Si ni siquiera sabemos cómo acercarnos a aquello que motivó su „desaparición” de la memoria!

Y entonces a Héctor, como tantas otras veces, le volvió la imagen del primer recuerdo de su vida; era como un brevísimo cortometraje viejo y re gastado en blanco y negro. Ni él ni nadie supo jamás con exactitud cuando ni donde sucedió, y sus padres tampoco le pudieron o no le quisieron aclarar que pasó en la realidad. En la imagen de ese recuerdo estaba en una habitación oscura acostado boca arriba, completamente desnudo, paralizado y mudo, espantado y con los

ojos fijos en un enorme cubo sólido y metálico, pesado y frío que, chiflando y crujiendo, descendía del techo acercándose a él implacablemente cada vez más y más... La imagen siempre se cortaba justo antes de que el cubo llegara a él para aplastarlo por completo.

¿Porqué le quedó grabada en la mente solamente esta imagen confusa entre todo lo que vivió en sus primeros años? ¿Por qué desde que apenas comenzó a caminar por el camino de su propia vida era éste el único recuerdo incomprensible e inexplicable que seguía emergiendo del túnel en tinieblas del pasado? ¿Por qué pudo sobrevivir y quedar expuesto al exterior de manera obsesiva, para quedarse finalmente allí durante toda una vida, atrapado de manera imborrable en algún rincón de su cerebro tal como Prometeo quedó encadenado a la roca?

¡Desde entonces pasaron tantas cosas! Decenas de largos años con pocas alegrías insignificantes, muchas penas, dolores, luchas sin sentido, necias y estériles, enfermedades, éxitos dudosos, hastíos y fracasos, golpes dados y recibidos y alguna que otra caricia, para luego ceder el lugar a más hastío y a más golpes... ¡Y todo ese horror! Ese espanto que lo fue impregnando y que ahora lo cubre por completo como un lodo arcilloso ya seco y resquebrajado, tan adherido a la piel que es imposible sacárselo de encima ¡Si pudiera recordar! ¡Si pudiese hacerlo! ¡Si pudiese volver a empezar todo desde el principio...desde el momento en que nació! No, entonces no se olvidaría de nada, porque como un coleccionista meticuloso conservaría todos los recuerdos de cada minuto de su vida. ¡Y algún día, finalmente iba a descubrir que significaba esa imagen que nunca lo abandonaba!

Héctor lentamente miró en derredor, bajo el cielo plomizo y más allá de la roca y de la huella el camino abandonado que, subiendo por un lado y descendiendo por el otro, se perdía en el horizonte.

„Este silencio cerrado y este terreno desierto, árido y seco, son un símbolo contundente... demuestran que no hay respuestas, nunca hay respuestas”.

Y a pesar de saberlo bien, cerrando los ojos, invocó nuevamente la imagen de su primer recuerdo para poder seguir insistiendo obstinadamente con preguntas que siempre llegaban vacías de respuestas.

“¿Cuándo fue? ¿Donde? ¿Por qué? ¿Y que mierda pasó unos minutos antes? ¿Que pasó después? ¿Todo se perdió? No, tiene que estar en algún rincón de la memoria... El episodio completo y la respuesta tienen que estar allí, ocultos bien profundo y por algún motivo desconocido e incomprensible del que no tengo idea no tienen la menor intención de salir.

¿Por qué? No, no... ¡otra vez!... (¿Que hacés por acá bicho inmundo? ¿Acaso esta roca es tu casa privada? ¡Ahora acá estoy yo, tomátelas!) - Héctor de un manotazo arrojó lejos un escorpión que se había asomado por una grieta de la roca – ¡Ja! Como el aguijón que se vuelve por arriba apuntando sobre la cabeza de este bicho inmundo, yo también sigo preguntándome: “¿Por qué? ¿Por qué?” ¿Cuál es la razón desconocida que esgrime mi propio YO por la cual me acuerdo de esta imagen así, siempre exenta de detalles, siempre exactamente igual, sin un antes ni un después? Sin la espera, la ansiedad ni la tensión previos al momento, sin rostros, sin decoración, sin formas ni objetos, excepto un cubo horrible y amenazante, sin colores, sin la convulsión de un final de dolor y agonía o al revés, sin la sensación de liberación, alivio y consuelo en un eventual desenlace feliz?... ¿Dije feliz? ¿Que mierda significa la palabra feliz? ¡Pasaron ya tantos años! Y yo... ¿donde estoy? ¿Qué lugar ocupo en este mundo de porquería? ¡Tantos años sin haber logrado nada más que estragos y desolación!... Sí, por esto me vine aquí, al culo del mundo... porque reconozco y tengo que aceptar que estoy acabado, estoy harto de hacerme preguntas y de vivir todos mis días girando obstinadamente alrededor de este recuerdo infame. Pero es inútil, acá también la imagen me persigue, sigue en su lugar de siempre, atascada en su propio e indefinido lugar de convergencia en la línea del tiempo, mísero en sus colores negro-gris-blanco y en su avaricia de detalles. ¿Por qué nunca se pudo completar, nunca pudo ser ni más ni menos? ¿Tal vez sea el signo de llegada y a la vez también de mi huída de este mundo?... “¿Huída de este mundo?” ¿De que estoy hablando? ¿Que te pasa, maricón? ¿Te estás poniendo melodramático? ¿Te volviste loco? ¿Cuándo quise yo escapar del mundo? Bueno, está bien, d’accord, oké... ¿y qué si es cierto? Eso, que me quiero escapar. ¡Qué carajo te importa, Héctor! ¡Sí, tenés razón... me chupa un huevo! ¡Una huída definitiva de este mundo asqueroso! ¿Porqué no?... Ojalá sea así, porque hoy... hoy ya quiero que se acabe, que termine de aplastarme, ya que nunca desaparece ni tampoco vuelve a subir y a alejarse para dejarme en paz...

Ese hombre duro y abatido, ni joven ni viejo, sentado en la cima de esa cumbre pelada, sintió el frío de la roca contra su espalda. Aprovechando y abusando de ese contacto que parecía ser lo único con el poder de sujetarlo a la realidad, volvió a cerrar los ojos, y con el eterno recuerdo-imagen gris como fondo, usó el valle que se abría a sus pies para transformarlo mentalmente en un anfiteatro en el que comenzó a construir diversos escenarios. Uno tras otro y en orden cronológico, los hizo aptos para representar sus recuerdos como en una tragedia griega sus recuerdos, desde los más antiguos hasta el de hoy, cuando se decidió a emprender el último camino.

Héctor comenzó a hacer el repaso de su vida.

“¿Ya nunca lo voy a entender...? - se dijo negando con la cabeza y con un dejo de amarga resignación – Según mis viejos, de pendejo yo era alegre, amable, distendido, travieso pero bien educadito, a todos les gustaba mi compañía, como si a mi lado la vida fuese más fácil y agradable, linda de vivir. Estoy seguro, porque esto me lo aseguró mi vieja hace mucho, cuando me recriminó llorando el día que me fui casa y ya no la volví a ver. No regresé a casa nunca más... y no me arrepiento... ¿para qué iba a volver? ¿Raro, no? Por un lado un niño simpático y alegre, por el otro ese primer recuerdo de espanto, desesperanza y agonía. – Agregó con cinismo- ¿Cómo y cuando se produjo el cambio? ¿Cómo me pude alejar tanto de ese yo originario del que me hablaba mi vieja? Claro, en el caso que ella hubiera dicho la verdad, y que realmente en ese entonces yo no era como soy ahora, sino como me lo describió. Pero... ¡Qué lo parió! Si es cierto que de niño yo era diferente, lo opuesto... entonces, ¿como llegué a ser nada más que un nadie desaparecido del mundo, alguien sin nombre ni identidad, un ex terrorista asesino, después un paria sin sentimientos ni apegos, antes odiado y hoy ya olvidado por todos?”

Primera escena

La motocicleta de Héctor

Abriéndose paso entre la vorágine de la autopista, el rugido del motor de su flamante máquina japonesa era la música perfecta para los oídos de Héctor. Era el día de su cumpleaños, iba a toda velocidad dejando atrás la capital y saliendo rumbo al suburbano en la moto de 125cc que le habían regalado sus padres el día anterior, sábado, exactamente cuatro horas antes de la medianoche, en la víspera de sus diecisiete. Ya hacía tiempo que se las venía pidiendo, una y otra vez les rogaba, argumentaba, les exigía, los chantajeaba, los adulaba, y ellos siempre le respondían chantajeándolo, usando como anzuelo la promesa de que si estudiaba bien y lograba buenas calificaciones sí, la iba a recibir. Héctor nunca estudió más de lo necesario como para no ser aplazado, a veces ni tanto, pero todo lo arreglaba con su personalidad ladina y su sonrisa simpática y compradora, A veces cortejaba y manipulaba a sus profesores hasta convencerlos que al fin le aumentarían los puntos necesarios, otras veces, antes del cierre de calificaciones obtenía de ellos una nueva posibilidad de demostrar que él sí sabía lo exigido. Y como el „chico” era inteligente y despierto, no le costaba mucho „merecer” finalmente y al borde del abismo, la calificación que en definitiva lo iba a salvar del aplazo. Así que ahora, y como en definitiva nunca tuvo que repetir ningún año lectivo ni la necesidad de rendir exámenes complementarios, por fin llegó el día en el que recibió su regalo, la moto japonesa.

“¡Claro! ¡Si el chico ya pasó los dieciséis años!!!” – Decidió categóricamente y sin dar lugar a discusiones la madre, impaciente al constatar la acostumbrada actitud mezcla de indiferencia, indecisión y escepticismo de su marido- "Es nuestro único hijo y si podemos dárselo, ¡cómo no vamos a comprarle su propia motocicleta! ¿El permiso de conducir? ¡Ay, ay, Qué problema! –Agregó con sarcasmo despectivo- ¡Ahora no me vengas a joder con esto del permiso! Ya lo va a conseguir, nuestro hijo no es nada tonto y vos en eso lo podés ayudar, en la municipalidad y en la policía tenés amigotes de sobra, ¿no? ¡Uno más corrupto que el otro! A cambio de unos mangos o algún favor te consiguen cualquier papel... Así que no jodas más, ¡por favor!

En sus fantasías maternas ya lo veía a Héctor, su único hijo, destacándose de entre todos los otros jóvenes montado en su flamante moto, reuniendo y consumando todos las características y méritos de un aventurero libre y audaz, una especie de héroe mítico mimado

por los dioses, o como el futuro novio o amante ideal deseado por todas las mujeres conocidas y por conocer... Claro, la madre siempre y bien pronto despertaba de estos sueños idealizantes. A pesar de saber bien como era Héctor en la realidad, para no ver ni tener que aceptar la verdad, no podía hacer otra cosa que ocultarla a los ojos de los otros y también delante de ella misma, entonces, encegueciéndose, daba marcha atrás y se refugiaba en estas fantasías. Porque sabía bien como era Héctor, -su amado hijo salido de "*mis propias entrañas*", lo único que tuvo, lo único que tiene y que dejará en este mundo-, desintegraba la imagen real de su personalidad engañosa vista y asumida por ella con toda claridad, y la suplantaba por la suma de hijo-joven-hombre-varón-novio-amante-esposo-padre idealizado, cosa que en menor o mayor manera „*hacen todas las madres del mundo*” finalizaba excusándose a sí misma.

El padre, trabajaba desde el principio de su carrera como médico en el consultorio del barrio. De un futuro prometedor no había llegado a ser más que un mediocre, porque su evidente alto grado de inteligencia quedó desperdiciado en el trayecto de una vida profesional marcada por la falta de ambiciones, entre estetoscopios, inyecciones, antibióticos, recetas y diagnósticos la mitad acertados, la otra errados. Con una personalidad dividida en dos, una con ansias de intelectualidad que quedó circunscripta a las partidas semanales de póquer con otros profesionales del vecindario salpicadas de charlas casi exclusivamente sobre la política y algún que otro deporte, en su hogar por la lectura rutinaria del diario, el noticiero de la noche, una película o la lectura de algún libro de segunda o tercera categoría. La otra en cambio, pugnaba por evadirse de toda realidad incómoda para poder sentirse tranquilo, satisfecho y en paz, reconciliado consigo mismo, estado que por supuesto nunca lograba.

A partir del nacimiento de Héctor y durante sus primeros años de vida, como médico se hizo cargo del niño tratando de acapararlo con la obsesión de que pudiese sufrir alguna enfermedad física o mental congénita que le impidiera alcanzar el futuro brillante y exitoso que proyectaba para él. Esto implicaba una atención médica continua y exhaustiva con exámenes y análisis periódicos de todo tipo. Su obsesión duró más de tres años, hasta que el cansancio y una sensación contradictoria mezcla de alivio y de decepción por no encontrar en él ningún signo de anormalidad ni de genialidad lo hizo abdicar. La madre entonces comenzó a competir con su marido para ganarse el apego del niño y, además, para intentar aliviarlo de las obsesiones, expectativas irreales de su padre lo mimaba, cedía cada día más terreno frente a sus caprichos y exigencias. Así, en la primera etapa de su niñez aparentemente era feliz, alegre, aunque consentido, un niño malcriado pero simpático, inteligente y atractivo en todo sentido. Con el paso de los años, mientras la madre fue ganando terreno en su influencia sobre Héctor

en detrimento de la indiferencia y el alejamiento del padre, se fue formando su personalidad egocéntrica e indiferente hacia todo aquello que no poseía la capacidad de complacerlo.

Su padre ya hacía mucho tiempo que tenía plena conciencia de como era Héctor, de su disfraz de niño bueno, simpático y comprador. Y justamente por verlo como era realmente, (aunque el niño aprendía a ser lo suficientemente astuto para no hacerlo evidente) y también por el rechazo que le provocaba la indiferencia de su hijo hacia su autoridad paterna, sumado a los celos y la envidia engendrada por sus propias frustraciones, lo despreciaba, y por despreciarlo nunca hizo el menor esfuerzo por tratar de cambiar las cosas, corregir el rumbo y su formación. En definitiva, sin ningún problema de conciencia ni remordimiento, se lo entregó por completo a la madre. Sin sacarlo a la luz ninguno de los dos, la una y el otro compartían en todos los detalles el conocimiento de la personalidad falaz de Héctor. Ella, por amor a su hijo adoptó una estrategia en la que siempre terminaba tapándose los ojos para ver en él, idealizado, lo que le hubiese gustado siempre ver no sólo en su marido, sino en todos los varones adultos del mundo, por los que sentía un rechazo y aversión absoluta e incontrolable que nunca podía decidirse si era innata a ella, o la fue adquiriendo a través de un cúmulo de desilusiones y fracasos no siempre reales ni justificados que fue sufriendo desde niña.

La víspera del cumpleaños los dos, la madre anegada de un amor y orgullo maternal tan infinito como ciego e incondicional, el padre, en cambio, con absoluta indiferencia, sin ninguna convicción si esto era positivo o negativo para su hijo, le regalaron a Héctor la ansiada motocicleta. La pusieron por la tarde en la entrada de la casa con un cartelito de cartulina celeste escrito con letras rojas sobre el tanque de gasolina „ ¡Feliz cumpleaños, querido hijo! Te amamos, tus padres”. Luego, como era sábado, el padre se sentó delante de la televisión para ver su programa favorito mientras la madre armaba la mesa para la cena con flores, servilletas especiales para la ocasión, torta de cumpleaños con diecisiete velas, gaseosas, jugos, cerveza, y una botella de champagne para el brindis esperando en la heladera. Claro, Héctor no estaba en casa, según les había dicho tenía un encuentro con algún compañero de la escuela. Los padres nunca lo controlaban, pensaban que no era digno, y aunque nunca estuvieron convencidos, uno por indiferencia, la otra por una actitud equivocada de lealtad, decidieron que lo mejor para su hijo era confiar plenamente en él. Las horas pasaron lentamente, sabían que de costumbre, todos los sábados Héctor solía volver a la noche temprana para comer algo y luego volverse a marcharse, quedándose con sus amigos o amiga de turno hasta a veces pasada la medianoche. „ ¿Es normal en un varón, no es cierto?” se consolaba en voz alta la madre. “Ajá”, respondía el padre, mientras en realidad lo que pensaba era „Lo normal sería pegarle una patada en el culo y

que se vaya a laburar”, pero sin abrir la boca volvía a enfrascarse en la televisión o el libro de turno. Si Héctor volvía más tarde, seguro que el domingo dormía hasta el mediodía. Se levantaba para almorzar y haciendo gala de todo su encanto cortejaba, abrazaba, adulaba y besuqueaba tiernamente a su madre, le hacía comentarios o preguntas aparentemente respetuosas pero insignificantes a su padre, sin demostrar ningún interés por alguna respuesta o reacción de su parte. Después del almuerzo se encerraba en su habitación con un cartel en la puerta: “Mi cueva” con la única compañía de la cama revuelta, algunas revistas de motos, autos y mujeres, chicles, la compu, cigarrillos y una botella de vodka entrados a escondidas (¿para qué? ¡Si ya todos sabían que fumaba y tomaba alcohol!). Y si no venía algún amigo a buscarlo, ya no salía de allí hasta el lunes por la mañana cuando su madre lo despertaba llevándole el café con leche caliente o el mate con facturas frescas a la cama.

Sí, la vida de Héctor era cómoda, aparentemente fácil, exitosa y feliz para un joven de su edad. Pero su interior era un reino de tensiones reprimidas, de angustia alimentada por la ausencia de afectos auténticos sentidos o recibidos, la decepción por no encontrar, ni siquiera percibir a alguien que demostrase que sí, lo conoce bien, ve en su interior y le pudiese indicar el rumbo a tomar.. O al menos, le brindara una señal o límite para poder salir de sus encrucijadas, de sus contradicciones, de su soledad. Sentía que lo desgarraba por un lado el fracaso de la vida por no poder ofrecerle a alguien capaz de ponerle delante un espejo implacable y fiel donde podría contemplarse con todas sus virtudes y defectos, y así comenzar a formarse. Pero por el otro lado, el continuo alivio que sentía porque ese alguien nunca aparecía. Mejor así, ya que siempre tuvo temor de contemplarse en ese espejo. Héctor, desde que entró en la adolescencia comenzó a caminar por la vida engañándose a sí mismo y engañando a los demás de una manera cada vez más consciente y planificada. Los únicos que lo conocían en toda su realidad eran sus padres. Pero ellos callaban y lo ocultaban, nunca lo demostraron para no perderlo, para no quedarse vencidos y sin nada y a pesar de estar juntos, indefectiblemente vacíos y condenados a quedarse encerrados herméticamente cada uno en su propia isla de soledad.

Pero esto a Héctor no le interesaba en lo más mínimo, ya que él tampoco nunca sintió la menor iniciativa ni motivación para conocer mejor, entender a sus padres, acercarse a ellos emocional, o aunque más no sea amistosa o intelectualmente. Siempre sintió una indiferencia absoluta por compartir con ellos los momentos de trabajo, de silencio, diversión o de charlas comunes. Sin habérselo definido nunca a nivel consciente, la función y misión de sus padres en este mundo con respecto a él no era más que cuidarlo, protegerlo y por sobre todo complacerlo.

Y básicamente por esta última razón, embriagado de placer, velocidad y amor a sí mismo, manejaba su flamante moto por la vía rápida de la autopista, sin darle demasiada importancia a ningún otro vehículo, a las reglas de tránsito ni a las protestas del motor forzado al límite de sus posibilidades. El casco protector ya se lo había sacado, lo llevaba colgado del antebrazo derecho porque quería sentir el viento azotando como bofetadas su rostro, oír el rugir de su máquina acompañado de los continuos bocinazos e insultos de protesta y advertencia que le llegaban de los vehículos que esquivaba o que pasaba de manera imprudente y audaz. Quería que todos constataran que sí, era él, Héctor, el que iba por la autopista y por el mundo sin necesidad de barreras por respetar, sin límites... Todos debían saber que en el día de hoy, la autopista y el mundo entero eran de su exclusiva propiedad.

Esta carrera desenfadada tardó más de media hora, hasta que Héctor bajó de la autopista y metiéndose por las calles de un barrio, tampoco quiso dejar de disfrutar el placer de sentir en su cuerpo el aumento de la adrenalina ocasionado por el riesgo que le ofrecían las calles angostas, las curvas reiteradas en las esquinas, los peatones distraídos, los estrechos pasajes entre auto y auto, camionetas, colectivos, basura amontonada,

Y allí, en una esquina, produjo el accidente cuando, acelerando la moto al máximo, quiso pasar el cruce antes que el auto que llegaba por su derecha. Pero no logró la velocidad suficiente. El chofer del auto, para evitar atropellar al motociclista, giró repentinamente el volante hacia la derecha perdiendo de esa manera el control sobre vehículo que, como un torpedo, se estrelló de frente contra una pared de ladrillos, justo allí donde paseaba una pareja agarrada de la mano. El muchacho, al oír los chirridos de los frenos, tuvo los suficientes reflejos como para poder empujar hacia delante a su pareja, pero él quedó atrapado entre el paragolpes del auto y la pared. Allí perdió sus dos piernas y quedó condenado a vivir el resto de su vida en una silla de ruedas. Héctor pudo frenar después del cruce, su moto volcó, pero él y la máquina salieron del accidente con apenas unos rasguños de fácil cura y arreglo. A las pocas semanas recuperó él su salud y la moto su brillo.

De alguna manera, a excepción de una multa considerable, el accidente no tuvo consecuencias legales graves para Héctor. Su padre, gracias a las partidas semanales de póquer, tenía muchos conocidos en la policía y entre las autoridades municipales, así que esta situación tan desgraciada se pudo solucionar con un „pobre chico, todavía no conocía bien su nueva moto, la estaba probando, si bien fue un acto irresponsable, pero de ninguna manera fue premeditado”. Finalmente todo quedó registrado como un accidente grave, pero en el que no se pudo verificar la responsabilidad de ninguno de los dos conductores. La verdadera víctima, el que quedó de por vida sin piernas, no tuvo más remedio que conformarse con una

indemnización, con el miserable subsidio mensual por invalidez culpando día a día a su mala estrella, a la fatalidad que le puso en su camino a un pelotudo malcriado, a un adolescente imberbe imbécil e irresponsable que en cuestión de segundos le arruinó la vida.

A Héctor al principio lo conmocionó el accidente, durante días no salió de su habitación auto lamentándose, consolándose y justificándose, buscando cientos de motivos para excusar la tragedia que había provocado. Y claro, los fue encontrando uno por uno; él también se convenció a sí mismo de que todo había sido obra de la fatalidad, y la sensación de responsabilidad y de culpa por el accidente que había provocado se fueron esfumando paulatinamente hasta convertirse nada más que en un -aunque incómodo- episodio irrelevante de su vida. Un suceso nefasto del que nadie fue responsable, ni él tampoco, ya que sólo quería probar y disfrutar de su tan esperada y merecida motocicleta. Por lo tanto, lo mejor era olvidarlo. Por fin, llegó el día en que volvió a subirse a la máquina y todo volvió a empezar. Por supuesto ya nunca más tuvo un accidente porque sí, algo aprendió. Aprendió a ser más prudente, pero no por respeto a los otros sino para evitarse problemas, recriminaciones, sentimientos molestos de culpa y claro, lo más importante, para que no le incauten la moto.

Segunda escena

Blanca

- ¡Dale! ¡Vos podés! ¡No aflojes, Héctor! ¡Sos el mejor! – le gritaban animándolo sin pausas en medio de un barullo caótico mezcla del sonido de vasos y botellas entrechocándose, música rock sonando al máximo de decibeles y las carcajadas desenfrenadas de sus partidarios y simpatizantes, todos estudiantes como él de la Facultad de Ciencias Económicas.

Porque sabían bien que Héctor no aflojaba nunca y tenía una aguante sin parangón para beber cerveza, vodka, ginebra o cualquier otra bebida fuerte en las competencias de consumo de bebidas alcohólicas. Como en todo lo demás, siempre quería ganar, no soportaba el no ser admirado o si no llamaba la atención, si en cualquier situación, él no era el primero en la fila. Como en este caso del „chug a lug” de la semana, hasta que no caía desvanecido al suelo con el líquido chorreando de su boca, pero vencedor, él seguía vaciando uno tras otro y de un solo trago los vasos de alcohol que le ponían delante. En los años universitarios, en las jodas desenfrenadas de música, sexo, alcohol y drogas nunca nadie lo pudo superar cuando llegaba el momento de demostrar quien aguantaba más la bebida. Ese día también solamente se rindió a la borrachera cayendo al suelo sin sentido cuando ya antes habían caído todos los demás. Tendido en el piso de mosaico blanco, antes de sumergirse en el pozo negro y repelente de desintegración de todo lo que era él, como otras tantas veces se le presentó la odiada imagen de míseros colores blanco-gris-negro con el cubo bajando entre chirridos para aplastarlo. Luego la nada, la pérdida de conciencia, hasta que se despertaba destrozado por el dolor de cabeza, muchas veces angustiado y abatido en un rincón del salón, en un pasillo oscuro y vacío del edificio, en la calle o en la habitación del pequeño departamento comprado por sus padres adonde algún alma compasiva o leal lo había llevado arrojándolo sobre la cama nunca sucia, pero siempre deshecha, para luego alejarse sin preocuparse por su suerte. Una sola vez despertó con una compañera de la facultad recostada a su lado. No sabía ni su nombre, le costó recordarla, y al darse cuenta de que ella lo había visto en su peor estado, los rencores reprimidos y su egocentrismo lo empujaron a maltratarla con una insensibilidad absoluta y sádica alimentada por la ira creciente que le venía saliendo desde muy adentro de una manera que no podía ni tampoco quería controlar. Al darse cuenta del estado de desenfreno irracional que se había apoderado del muchacho, la chica no tardó mucho en volver a vestirse

rápidamente e irse dejándolo solo entre un torrente de puteadas, insultos bien elegidos y reproches.

Al finalizar la secundaria Héctor no tenía la menor idea ni proyecto respecto a su futuro, al contrario, sin confesárselo a nadie sentía temor e inseguridad al intuir que saliendo de la escuela secundaria, el precio de la presunta y tan ansiada libertad, de su definitiva independencia, iba a ser el no estar más protegido ni mimado por nadie, quedaría indefectiblemente solo y expuesto a todo tipo de ataque en un mundo real mucho más implacable, mucho más hostil, desconocido y violento. De alguna manera preveía que iba a pisar un camino que tendría que aprender a recorrer sin bastones ni ayuda alguna, que se introducía sin posibilidades de regreso en una jungla salvaje donde las posibilidades de supervivencia y de sobresalir entre los demás dependían más que nada de la astucia, la audacia, las apariencias, los engaños, los disfraces, la humillación, a veces hasta del chantaje, la manipulación, la violencia física y síquica, evitando todo tipo de idealismo, normas morales, heroísmos o altruismos. Estaba convencido que desde ese momento, para afirmarse fuertemente en este mundo desenfrenado, enloquecido y despiadado, básicamente iba a tener que pensar solo en sí mismo. Ya desde el primer momento debería aprender a ser él también oportunista, mucho más que los otros. Para poder competir y triunfar, forzosamente tendría que ser constante, decidido y fuerte, frío, sin consideración de los demás, sin importarle los medios a elegir, adoptar, usar y abusar para lograr todo aquello que se propondría. En primer lugar dinero, y una posición lo más alta posible en la sociedad, el reconocimiento. Pero por sobretodo poder. Todo para tener poder, y poder para tenerlo todo.

Así, después de mucho pensarlo, de analizar una y otra vez las posibilidades de lograr sus objetivos y su lugar anhelado y merecido en una sociedad que ya comenzaba a despreciar de manera consciente, decidió que solamente iba a ser posible logrando un diploma en derecho o en ciencias económicas. Conforme a su visión del mundo estaba seguro que en estas dos profesiones más que el estudio, lo que decidía el progreso del profesional, poder trepar lo más alto posible no era tanto la inteligencia, el estudio y el saber, sino la habilidad, la viveza, la cabeza fría, la ambición sin límites sumada al desprendimiento total de los sentimientos, de las emociones y de los escrúpulos. Así, suponía que *„Solo es cuestión de pasar los exámenes como sea, de recibir mi diploma y ponerme a „trabajar“. Pero mientras tanto tengo que ir preparando el terreno, aprendiendo como esquivar mejor que todos los demás las trampas, los obstáculos y también como ver, encontrar y explotar todas las posibilidades... Hasta aquellas que aparentemente puedan parecer las más pequeñas e insignificantes”*.

Finalmente, y solamente porque le pareció un poco más fácil y afín a él que la de Derecho, se decidió por la carrera de Ciencias Económicas.

En los primeros años de la Universidad todo se le fue dando según lo esperado, aunque en algunos casos, en algunas materias que se le antojaron demasiado tediosas, tuvo que hacer más esfuerzo de lo que había previsto. Sin embargo, como ya tenía la experiencia de la primaria y de la secundaria, siempre se las pudo arreglar para poder rendir con éxito sus exámenes, cumplir con sus trabajos, en la mayoría de los casos gracias a algún compañero o más bien compañera aplicada, ingenua y generosa que se mostraba dispuesta a estudiar también por y en lugar de él.

Fue durante el segundo año cuando Héctor comenzó a interesarse por algunos grupos estudiantiles militantes de uno u otro partido político, pero antes ya había pasado por la experiencia frustrante que tuvo junto a Blanca, la chica proveniente de una de las familias más acomodadas y influyentes del sector industrial.

Blanca no compartía el modo de vida de su familia, y en parte porque desde niña la mayoría de su tiempo lo tuvo que pasar de día en las escuelas elitistas privadas, las tardes y noches con niñeras y los fines de semana en el club privado con sus amigos, pero principalmente porque era rebelde por naturaleza (rasgo heredado probablemente de sus abuelos maternos irlandeses), ya en la adolescencia había empezado a buscar otros caminos alternativos provocando la reprobación de su familia, maestros y a veces hasta de sus propios amigos. Después de diversas experiencias y enfrentamientos a veces violentos casi de una manera exclusiva con su padre, ya que desde que entró a la adolescencia la madre no demostró mucho interés por su hija única, en la vida de Blanca se cruzó un grupo de jóvenes miembros de una secta como otras tantas, mezcla de religión oriental con pseudo filosofías del New Age. Los miembros del grupo y las ideas que profesaban ejercieron una influencia decisiva en la adolescente que finalmente se acopló a ellos de una forma provocativa, premeditada y terca, pero también peligrosa, ya que su personalidad empezaba a mostrarse abierta y expuesta a sentirse querida, respetada, reconocida y también poseída por alguien, un individuo, una idea o una comunidad que le pudiera ofrecer un lugar y una función definida entre ellos y en el mundo. Tal vez, en parte cediendo a las expectativas de su padre o para seguir manteniendo una apariencia de lazos con su familia, pero más probablemente para poder seguir accediendo a dinero seguro que eventualmente le serviría para ayudar económicamente a la secta, además de la intención, más bien misión concreta de atraer adeptos en un ambiente diferente, completamente antagónico, se inscribió en la Facultad de Ciencias Económicas. Justo un año antes que Héctor.

Blanca pronto se hizo conocida como la bicha rara de la facultad que en vez de pizza, empanadas y hamburguesas comía sólo verduras y cereales, siempre vestida de manera extravagante, con ropas tan coloridas, nada femeninas y de mal gusto como caras, adquiridas en negocios exclusivos... Una „media chiflada” bonita, pero nada atractiva ni mucho menos seductora, más bien inofensiva, de voz suave pero con su interior repleto de llamas a punto de estallar. Una chica distinta, especial e inaccesible, que mientras estudia economía también practica yoga, medita, a veces huele tenuemente a mujer y si no a marihuana o a nada, y observa y actúa en todo momento y ante cada situación como si tuviese un contacto continuo y exclusivo con un mundo invisible y lleno de misterios pero con el pórtico herméticamente cerrado para la gente común. Y cuando con sus pupilas gris claro mira a alguien, lo hace directo a los ojos, haciéndole sentir al otro que podría desnudarlo como si nada hasta lo más profundo de su alma... o del cerebro. Pero al final no lo hace, porque antes del desviste total, siempre, con un desdén apenas disimulado, llega a la conclusión que no, el sujeto no vale la pena.

Era de esperar que un día no muy lejano la vida y los caminos de Blanca y Héctor iban a cruzarse indefectiblemente. Y también era previsible que ninguno de los dos iba a seguir de largo por su propio camino indiferente a la aparición del otro. Al contrario, estas dos personas desplazadas y autoexcluidas de un mundo aceptado y categorizado como el normal, impregnadas día a día, más y más en cuerpo y espíritu de rechazos, frustraciones, de dudas y contradicciones, ansias reprimidas y pasiones debatiéndose en encrucijadas o callejones sin salida, encontraron en el otro los que les faltaba, lo que sin aceptarlo querían, lo ansiaban pero con el temor oculto de que tal vez nunca iban a poderlo alcanzar. Héctor, a través de la quimera de una filosofía-religión-modo de vida que antes no había conocido, la posibilidad de alcanzar una tregua en su interior que el consciente siempre le negaba. Blanca, atraída por el fantasma de la fuerza, la energía ilimitada, el egocentrismo disfrazado de coraje, más bien de audacia, del muchacho, que podrían servir no solo para ambicionar sino también lograr todo aquello que no se tiene, y que al poseerlo, tal vez, pueda traer consigo el poder de aniquilar toda la costra y cargas acumuladas desde el día del nacimiento. Gracias a esta energía y coraje, en algún momento previsible de un futuro cercano ella podría alcanzar el estar verdaderamente desligada de todo. Podría lograr el desapego total.

Héctor y Blanca se atraieron mutuamente desde el primer encuentro y siguieron juntos durante casi un año compartiendo todo lo que hace la vida estudiantil excepto el estudio, porque los dos compartían la convicción de que todo aquello que para cualquier persona era „lo más importante y normal” para ellos era secundario, algo que, a pesar de ser ineludible y necesario

como un medio para lograr lo propuesto, tampoco era urgente ni mucho menos una ocupación agradable.

Era lunes y estaban sentados en el bar enfrente de la facultad hablando y elaborando teorías sobre la felicidad, tema que Héctor había propuesto apenas se había alejado el mozo.

- ¿No te parece a vos también que el querer alcanzar la felicidad es una actitud típica de egoísmo? ... Aquellos que quieren ser felices, sentirse bien, seguro que van a elegir el camino y los medios que les parecen más apropiados para lograrla. Y claro, esa elección no será en favor de los demás, sino por motivos e intereses propios. Para colmarse uno mismo y no para que el otro se sienta colmado.
-
- ¿Sentirse colmado? ¿Que querés decir con eso de colmado?
- Premeditadamente uso la palabra colmarse, sí. Creo que esta es la palabra justa y clave cuando se habla de la “felicidad”. Pienso que la felicidad sería un momento en el que no te falta nada, no te queda vacío ni un micronesimo de todo tu ser... Claro, que el sentirse colmado dura muy poco, es una sensación pasajera. Además, para cualquier persona, el sentirse colmado puede ser por un sinfín de cosas diversas... Alguien se puede sentir colmado en el sexo, o tal vez también comiendo hasta hartarse, o con una botella de vodka, el deportista cuando llega a la meta, el abogado cuando gana un caso difícil... el artista cuando culmina su obra, el que apuesta a los caballos cuando el suyo resultó ser el más rápido... ¡Que sé yo! Cada uno puede sentirse colmado con cosas que para otra persona son pueriles o no tienen tanta importancia... ¿O no? Tal vez la felicidad también sería algo así ¿O es sólo y sencillamente sentirse satisfecho con algo?
- ¿Felicidad? ¡Pero Héctor, no me fastidies, por favor!... Está bien... Sí, sí, te escucho, y entiendo bien lo que querés decir, no soy boluda. Pero decime... ¿todo esto lo decís por experiencia o es pura teoría? ¿Por qué? ¿Vos te sentiste colmado alguna vez?
- Hmmm... te confieso que no lo sé. Sí, tal vez me acuerdo de algunas situaciones cuando me sentía... yo diría más bien... ¿satisfecho? Hace unos años tuve una motocicleta y... bueno... no, dejémoslo, no es importante. Pero me parece, por lo

menos en teoría, que el sentirse satisfecho y el sentirse colmado no es lo mismo, aunque la brecha que los separe sea apenas tangible. De todas maneras, así o asá, sigo sosteniendo que es algo que afecta al ego.

- Sí, así es, en esto concuerdo -asintió Blanca con algo de hastío, y tratando de demostrar más claramente su falta de interés por el tema, dió una pitada al cigarrillo con la mirada perdida en la puerta por donde los clientes del bar entraban y salían prácticamente sin interrupción.
- ¿Te aburro con esto? -Le preguntó Héctor también fastidiado por la indiferencia de la chica.
- No sé... voy a pensar en eso de sentirse satisfecho o colmado... - Blanca volvió a mirar al muchacho haciendo un esfuerzo por seguirle el hilo - Pero no, seguro que el ser o sentirse feliz no implica automáticamente una emoción, una actitud o un sentimiento altruista, de generosidad desinteresada o desprendimiento. O eso de dar... ¿para qué damos, si no para sentir la sensación de estar satisfecho con uno mismo?
- ¿Y cual es la máxima „felicidad” de cualquier hombre? ¡El ejercer el poder sobre el otro!... El manipular, el mantener a alguien, o a la cantidad más grande posible de personas en una relación de dependencia. Mirá, es lo mismo que sucede, por ejemplo... cuando la gente da limosna...

Blanca, sin poder ocultar su impaciencia lo interrumpió levantando las manos.

- ¿Ahora que venís con eso de la limosna? ¡Por favor, Héctor! Que tipo jodido que sos... ¡Mierda, cuantos rollos! Pero bueno, está bien, no te encules... ya que tanto te interesa el tema... sí... creo que ya sé donde querés ir a parar. En el caso de la limosna se crea una relación de dependencia en la que un necesitado... hmmm... digamos... a ver... no tendrá para comer, si el que se le da, en primer lugar no buscó su propia autosatisfacción dándole algo de lo que le sobra. ¿Esto es lo que querés decir?
- Sí, así es... Es exactamente lo que estoy diciendo.

- Y sí, en definitiva el dar nunca es desinteresado porque en definitiva busca la propia autosatisfacción. – Blanca se quedó en silencio ensimismada en sus pensamientos. Luego agregó en voz baja: -Por eso nosotros estamos bien juntos-
- ¿Que? ¿Ahora me estás jodiendo? No entiendo la asociación... ¿Porqué lo decís? Eso... lo último que dijiste, lo de estar bien juntos. ¿No me lo podrías aclarar un poco mejor? -preguntó un poco sorprendido y no muy convencido Héctor
- ¿Que es lo que no entendés? ¿Que justamente por eso es que nosotros estamos bien juntos?
- -Sí. ¿Que tiene que ver lo nuestro con lo que hablamos?
- ¡Uf! ¿No entendés, no querés entender, o te estás haciendo el boludo? Y... porque sabemos esto... ¡Esto, che! ¡No sigas haciéndote el estúpido! ¿Te acordás de que veníamos hablando, eh? ¡Porqué, porqué, porqué! ¡Siempre venís con una catarata de porqués! ¿Porqué tantos porqués? No es tan difícil de entender... Mirá, a ver si te lo puedo aclarar, es que nosotros dos premeditadamente rechazamos el depender el uno del otro. No manipulamos al otro ni tampoco queremos ejercer ningún poder ni yo sobre vos, ni vos sobre mi persona. Nos mantenemos disfrutando de una relación a nivel epidérmica salpicada con un poco de intelectualidad, pero sin nada que nos ate y nos limite. No queremos “dar” ni tampoco “esperamos” nada del otro. Por ejemplo, cuando hacemos sexo lo hacemos básicamente porque nos satisface a nivel piel, porque nos da placer, si querés nos satisface o nos colma, y en cierto sentido nos libera, pero sin elaborar ninguna teoría romántica, altruista, espiritual, intelectual ni física...
- ¿Física? ¿De que estás hablando, Blanca? Porque lo de romántica, de espiritual lo puedo entender... pero ¿“física”? Hasta ahora siempre supe que el sexo es una actividad física... Siempre cogemos con nuestros cuerpos, como todo el mundo... ¿no?
- No seas vulgar ni cínico... Sí, incluso física... En el sentido que... ¿cómo te puedo explicar para que lo entiendas? Por ejemplo, no pensamos que la sexualidad hace bien

al propio cuerpo ni del otro, a la salud o a alguna parte oculta o desconocida de su psique. ¿Entendés o no lo que quiero decir?

- Ajá... *“Me parece un argumento bastante tirado de los pelos, pero bueno, no es raro que Blanca me venga con argumentos raros y confusos”*

Héctor se quedó callado, sentía que algo no le cuadraba bien pero no lo podía definir, así que prefirió quedarse en silencio para cerrar el rumbo laberíntico que estaba tomando la conversación.

Luego se decidió a preguntarle algo que venía pensando hacía algunos días

- Bueno, escuchame... ¿y a vos que te parece? ¿Nosotros somos felices juntos? ¿Nunca te preguntaste si alguna vez fuiste feliz? Bueno, no te sorprendas, ¡no pongas esa cara!... Te lo digo porque hoy yo también me hice la misma pregunta... me vino a la cabeza apenas me desperté.
- Hmmm...Demasiadas preguntas... Está bien... ¿Que si fui feliz alguna vez? ¿Que querés que te diga? Pero... ¿Qué te pasa? ¿Cómo se te ocurre justo ahora venir con esto de la felicidad? Si hace apenas un rato ni siquiera pudimos definir en que consiste la felicidad... – era evidente que Blanca se había puesto en guardia y quería evitar seguir hablando del tema-
- Bueno, está bien... te pregunto porque ayer me invitaron a un seminario donde empezaron a hablar de filosofía y boludeces de ese tipo... En un momento apareció esto de la felicidad, y todos empezaron a interpretarla según la filosofía, la sociología, la antropología, la sicología y claro, ¡cómo no iba a faltar la religión! Porque claro, depende del ángulo del que se mire... También es cierto que la cuestión es definir en primer lugar, que entendemos por felicidad. Porque eso de que básicamente es un “estado de ánimo positivo” ¿a quien le alcanza? Te digo... en definitiva toda la discusión fue un embole... para dormirse... Pero hoy, apenas me desperté, esto me empezó a dar vueltas en la cabeza - agregó Héctor logrando que Blanca apartara la mirada de la entrada del bar y volviese a mostrar un poco más de interés por la conversación- Por eso te pregunto... decime, ¿vos que pensás? ¿Que es la felicidad? En serio, Blanca, estoy curioso por saber tu opinión. ¿Es autosatisfacción? ¿Alegría?

¿Éxtasis? ¿Conformismo? ¿Es consecuencia de la aceptación de una realidad o una situación que no podemos cambiar?

- No, no - negó Blanca en voz baja refugiándose con los ojos entrecerrados y durante largos segundos encerrándose en sí misma, bajando entre ella y Héctor una cortina de humo de cigarrillo. Luego con voz suavizada agregó muy lentamente y como temiendo contar un secreto que la pusiese en ridículo- Yo creo que la felicidad es armonía...
- ¿Armonía? ¿Que armonía? – La interrumpió sorprendido Héctor – Pará un poco la mano. Empecemos desde el principio. ¿Que entendés por armonía? A ver si te puedo seguir... ¿Una relación equilibrada, ideal, del individuo con su interior, con el universo, con la sociedad, con su pareja, en el trabajo? ¿Algo así?
- No, nooo... vos estás definiendo algo que es más bien adaptación, de amoldarse de alguna manera a las circunstancias a veces elegidas por uno mismo, otras veces venidas de afuera, obligadas e inevitables. Pero si bien a la armonía la percibimos en nuestro interior, en realidad es al revés, la armonía está afuera, existe por sí misma y nosotros solo tenemos que dejar que nos „absorba”, que nos incorpore a ella.

Para Héctor se le hizo evidente que Blanca estaba repitiendo los clichés para él generalmente bastante ininteligibles de la secta. Blanca continuó...

- Claro, nosotros también tenemos que hacer algo para ser absorbidos por la armonía cósmica... por ejemplo meditar, desligarnos del entorno. Abrir la mente y el espíritu para permitir que la armonía primordial y eterna nos invada por completo, hasta poder llegar a vibrar junto con el universo.

Blanca se quedó en silencio mirando como se iba consumiendo el cigarrillo, con una evidente actitud de resignación ante la evidencia de que el muchacho era incapaz de llegar a entender aquello de lo que estaba plenamente convencida y que ya formaba parte de ella.

Héctor, aunque, como de costumbre no entendía muy bien estas explicaciones de las convicciones místico-filosóficas de la muchacha, no podía evitar el dejarse llevar, el sentir y admitir que el “camino” expuesto por ella también pudiese ser posible. Un camino con algo de

misterioso, pero auténtico, y tal vez apto para alcanzar algo que no podía definirlo claramente, algo que de alguna manera tanto él como ella intuían que estaba relacionado con una felicidad utópica e inalcanzable que ninguno de los dos nunca había conocido ni entendía.

Después de unos minutos de café y cigarrillo Héctor rompió el silencio con una carcajada.

- ¡Jajá! Mejor que nos dejemos de elucubrar teorías sobre las grandes verdades de la vida, y en vez de eso nos vayamos un rato a algún lugar tranquilo y apartado cerca del río... ¿O a la cama? Porque allí es donde nos sentimos mejor, si querés, más en armonía... no lo podemos negar ¿no es cierto? Mirá, mañana tengo un seminario que dijeron que es muy importante, y para colmo tengo también dos trabajos pendientes que ya tendría que haberlos presentado hace rato... todavía es más lo que falta que lo que tengo listo. A ver si encuentro a alguien que me ayude a completarlo, porque si no...

Blanca asintió más por la convicción frustrante de no ser entendida que por la atracción de la proposición del muchacho. Ante los argumentos del muchacho que ella consideraba solo bordeaban superficialmente un tema demasiado ambiguo, y la propuesta inequívoca de un rato de sexo y alcohol de parte del muchacho, de sexo y marihuana de parte de ella (Héctor nunca compartió con el ocultar o el apartarse de la realidad con el consumo de alguna droga, para eso tenía el alcohol) tuvo un gesto de impaciencia y desdén. Pero finalmente, como no tenía otros planes ni ocupaciones para esa tarde, y como también tenía que reconocer que sin dudas, dada la situación ella también ansiaba y disfrutaba como ningún otro -incluida la meditación- esos momentos únicos de sexo sin barreras, sin prejuicios ni frenos, asintió, y después de pagar salieron del bar en búsqueda de lo único que los llevaba a un mundo que, aunque fuera pasajero, los podía desencadenar de sus trabas y librarlos, o al menos aliviarlos de las cargas y pesos acumulados desde la niñez.

Pasaron algunos meses y Blanca, cada vez más convencida, enmarañada y comprometida con el grupo del que formaba parte empezó a desligarse de Héctor. En su deseo de alcanzar la armonía se propuso no apegarse a nada ni a nadie, por eso abandonó también los estudios para dedicarse por completo a la meditación y a la profundización de la filosofía y misticismo del grupo... Y un día, todos ellos se trasladaron a una estancia abandonada en el interior del país para vivir en comunidad, apartados del mundo y de todo aquello -que según ellos- los iba a frenar o impedir en su búsqueda de la armonía.

Cuando Blanca desapareció de su vida para irse a vivir a ese lugar que nunca le confesó donde estaba, Héctor se encontró de repente como en la tierra de nadie, un sitio sin rostro, sin forma ni raíz en el medio de la frontera que separa dos países reales bien visibles y determinados. Porque la relación con Blanca había sido el territorio emocional apto pero nunca reconocido, donde un lazo de autenticidad y sinceridad en estado embrionario lo había mantenido a flote y relativamente a salvo de su otro mundo propio de contradicciones, de búsquedas en aguas oscuras demasiado agitadas y profundas. Por un lado, la proyección de su ser hacia Blanca y un imaginario mundo de armonía, por el otro, el de las continuas luchas libradas en las telas de araña del egocentrismo que iba tejiendo él mismo. Aunque siempre estuvo solo consigo mismo, el significado de la soledad con su carga emocional de dolor y desesperanza nunca la había experimentado, ni mucho menos concientizado. Ahora la soledad se le hizo evidente y palpable por primera y única vez en su vida. En realidad, la conmoción que le produjo el abandono tampoco la pudo, más bien no la quiso elaborar ni siquiera con un análisis intelectual, como tampoco sufrirla emocionalmente de tal manera que el consciente no tuviese más remedio que aceptarla y tildarla como una decepción, una frustración, una tragedia o sensación de fracaso. Asumiendo el vacío que quedó a partir de la ausencia de Blanca, desde el primer momento lo enfrentó con una actitud de indiferencia impuesta por la razón, que llegó a actuar en él como una inyección de lidocaína antes de la extracción de una muela. Durante largos meses se mantuvo adormecido, emocionalmente inválido, intelectualmente inmóvil. Y al igual que sucede con los efectos de un anestésico, al principio le costó aceptar y reconocer, aunque más no fuera de una manera pasajera y semiinconsciente la novedad dolorosa de esta soledad bien palpable. Pero la transición a la curación, o sea, a la insensibilidad absoluta fue rápida y prácticamente inadvertida, hasta que finalmente y una vez que el efecto se fue atenuando, no le quedó más que indiferencia a lo pasado con Blanca, acompañada por un rencor, frío, sordo y profundo pero nunca molesto, dirigido a toda manifestación exterior a su persona. La diferencia entre el antes y el después de Blanca fue el asentamiento y el refuerzo de su egocentrismo como única motivación y única herramienta, más bien arma camuflada para relacionarse con el mundo. Hasta entonces la gestación y el incremento del ego de Héctor era un signo de su personalidad innata, agravado y alimentado por lo que fue viviendo en su familia, en el colegio. Pero desde entonces se transformó en una ideología asumida conscientemente. Desde esta etapa de su vida su yo, constantemente amenazado, se partió drásticamente y definitivamente en dos pedazos. Usando esta partición comenzó a armar una personalidad dual adecuada que lo encaminó hacia un futuro de violencia, de indiferencia frente

a todo incluso al dolor y la muerte. Con la estrategia de su personalidad ramificada en dos, una de egoísmo absoluto y absoluta indiferencia como condición y medio de supervivencia, la otra que utilizaba deliberadamente y sin escrúpulos el hechizo que ejercía en los otros su inteligencia y su comportamiento de persona gentil, respetuosa, atenta, pudo traspasar la tierra de nadie y empezar una nueva etapa de su vida, la definitiva. Ese comportamiento aceptado y asumido de partir en dos, diferenciando sus “yo” fue, en definitiva, el que le abrió las puertas para poder ejecutar a veces por orden específica, luego de una manera arbitraria los actos de violencia que lo llevaron al borde del abismo interior y al borde del barranco donde estaba sentado... allí, en la cumbre de la montaña.

Tercera escena

Hippies y militantes

Ya los había observado otras veces, generalmente al atardecer, cuando salía de la facultad. Siempre estaban allí, en el mismo lugar, tirados en el pasto o sentados en los bancos de la plaza frente al edificio. Durante un tiempo eran prácticamente los mismos, pero últimamente se les habían unido dos o tres más. “¿Porqué casi todos ellos usan lentes o tienen barba, a veces las dos cosas al mismo tiempo?” –se preguntaba siempre que los veía. Ese día pudo ver cinco mujeres y siete varones que, a pesar de tener los libros y carpetas abiertas, su atención seguramente no se dirigía al estudio sino a las palabras de uno de ellos un poco mayor que parecía ser el líder del grupo y al que, para sí, lo nombró “Barba negra”. Luego se ponían a comentar, discutir pero nunca en voz nunca tan alta que pudiera ser captada por alguien que permaneciera a pocos metros del lugar. Pero él sabía de lo que hablaban, porque también lo habían abordado varias veces, es cierto que con mucha prudencia haciéndole preguntas por lo general camufladas de un trabajo voluntario de encuesta sobre la sociedad, el gobierno, algunas ideas u opiniones sobre la política nacional y también a nivel internacional. No le fue difícil llegar a la conclusión que era un grupo organizado con connotaciones políticas que procuraba no hacerse notorio. La situación política se ponía día a día más tensa, el mañana era imprevisible pero nadie se animaba a apostar por una salida democrática pacífica. Todavía no había comenzado la cacería que los obligó a convertirse en un movimiento clandestino. No pasó mucho tiempo hasta que de muchos de ellos nació el grupo armado del que él también formó parte.

Era un día otoñal despejado, con sol y una brisa suave y fresca, agradable. Principalmente las mujeres del grupo probaban aprovechar y disfrutar de los últimos rayos de un sol ya empaldecido, pero todavía cálido mientras con mayor o menor resultado prestaban atención al discursante. Si alguien no los observaba más detenidamente solamente veía a un grupo de estudiantes preparándose para un examen o un seminario. Pero Héctor no, él percibía que a veces algún comentario pronunciado obviamente en voz más baja aún, provocaba un silencio tenso que parecía permanecer en vilo e inmóvil durante unos minutos sobre sus cabezas, como comprobando que lo dicho no había sido escuchado por nadie más que por ellos.

Estaba seguro que no eran estudiantes que se dedicaban sólo al estudio y cuyas ambiciones se centraban exclusivamente en saber todos los días un poco más, en un futuro diploma, conseguir un buen trabajo y ganar la mayor cantidad de dinero posible con su profesión. Estos que estaban charlando en la plaza (al igual que el grupo al que pertenecía Blanca) indudablemente tenían motivaciones bastante diferentes, y para ellos los estudios y su permanencia en la universidad no eran más que una herramienta, un medio para lograr otros objetivos mucho más importantes. En este caso, también le constaba que (a diferencia del grupo meditativo al que pertenecía Blanca) ya sea en conjunto como también en cada uno de sus integrantes, no se percibía ninguna señal de misticismo y estatismo, sino al contrario, emanaba un dinamismo y un compromiso casi fanático que los inducía a tratar de ampliar el círculo, conseguir más adeptos y seguir propagando sus ideas y convicciones. El grupo de Blanca más que buscar, atraía nuevos integrantes para mantenerlos encerrados dentro de una comunidad introvertida y hermética. Estos en cambio, buscaban más y más adeptos, para una vez adentro del grupo instruirlos, adiestrarlos y luego enviarlos a actuar fuera de ella.

Héctor comenzó a sentirse atraído por ellos. Habían pasado ya casi dos años desde la partida de Blanca y un poco por interés puramente intelectual, pero también con el fin de llenar las horas vacías del día, trató de integrarse a las diferentes agrupaciones estudiantiles. No se sintió cómodo en ninguna, al poco tiempo sentía una fuerte sensación de inconformismo, hastío y más que nada de desprecio. Héctor era más inteligente, más observador, un analizador frío y despiadado de personas, de comportamientos e ideas, enfocado principalmente y de un amanaera cínica en la búsqueda de contradicciones entre lo propagado con palabras y la realidad del comportamiento de cada día.

Tal vez todavía con resabios de la influencia ejercida por Blanca en su inconsciente, el grupo con el que tuvo hasta entonces un contacto más estrecho fue con el formado por aquellos que abrazaron o simpatizaban con el movimiento hippy. Para ese entonces el movimiento, a pesar de haber pasado su mejor época, todavía tenía sus seguidores, en su mayoría jóvenes que también rechazaban las normas sociales viviendo en un escenario que tenía dos rostros, el visible y el otro que lo hacía posible. Protagonistas ingenuos de un mundo ilusorio e incongruente, ya que para vivir como querían no podían más que depender en mayor o menor grado de esa misma sociedad que rechazaban.

Y también de alguien que les bancase las necesidades vitales primordiales. Además de las drogas.

En principio lo que le llamó la atención del movimiento fue, obviamente, el rechazo hacia aquello que según ellos estaban seguros era negativo y aborrecible de una sociedad que

pensaban decadente. Entre ellos la violencia, los dogmas, el consumismo, los prejuicios, la política...

“Ellos por lo menos quieren desprenderse conscientemente del complejo y la carga del signo de Caín –pensaba Héctor observándolos- O sea, en primer lugar de rechazar la violencia que está como marcada a fuego en el hombre. Tal vez no es un intento deliberado de volver a un paraíso de paz y amor donde el león y el cordero pastan juntos... ¡Ja! Pero sí, de alguna manera de vivir al estilo de Abel. Amor, paz, naturaleza... No está mal, y lo mejor, sin elementos místicos o religiosos. Un paraíso con Adán y Eva pero sin Dios ni serpiente... Aunque es una utopía ridícula e irrealizable, pero bueno... Sí, es simpática, me gusta, porque en definitiva es hacer lo que a uno le canten las bolas”

Los venía ir y venir siempre con camisas, polleras largas o pantalones coloridos, con el signo de la paz colgado del cuello, de la oreja o prendido en cualquier lugar insólito de su vestimenta, sonrientes y exhalando una mezcla de olor a pachulí y ropa sin lavar. Entre ellos siempre había alguien que llevaba colgada del hombro una guitarra también pintarrajeada con flores, corazones y por lo general desafinada. Se sentaban en cualquier momento y en cualquier lugar para ponerse a cantar algo de los Beatles, Janis Joplin, Jimi Hendrix... *¡“Espeluznante! ¡Que bodrio!”* Murmuraba para sí Héctor cuando los escuchaba, porque aunque – él lo sabía- tenía oído absoluto, lo que en teoría le permitiría apreciar la buena música, no sentía ninguna disposición por ella ni por ningún arte. Ya en la secundaria se había convencido absolutamente que el arte no es el reflejo o representación sino una negación, una caricatura de la realidad... además de ser una pérdida de tiempo y de energías. La creatividad para él era solo una manifestación caprichosa, subjetiva de la presunción y de la estupidez humana. *“Un mejunje que solo sirve para adormecer y cerrar los ojos a la realidad del mundo, para sentirse bien y más limpiito mientras se sigue revolcando en el basural”*

Así que por un tiempo también estuvo compartiendo algo de su vida con el mundo “Peace and Love” de los hippies, principalmente en lo que se refería al amor, cosa que además de proporcionarle la oportunidad de tener relaciones sexuales variadas y sin compromisos, también le hacía bien a su ego, ya que ellos también se sentían atraídos por él, alguien que aunque pensaba y actuaba diferente, mostraba simpatía con su manera de pensar y de vivir, los aceptaba sin cuestionarlos ni juzgarlos. Nunca llegaron a saber que una característica de la personalidad de Héctor era el desdén hacia todo tipo de ideología o filosofía que rondaba por el mundo y que no había salido de su cerebro. El acercarse, plegarse a un grupo social era lo mismo que hacen

las plantas parásitas que se prenden a un árbol para robarles el alimento que necesitan para subsistir. Los tres objetivos básicos de Héctor eran: una, satisfacer su condición humana normal de “animal social”, dos, la actividad puramente intelectual de sumar más y más información sin hacer mayor esfuerzo, tres, alimentar su ego, sentirse admirado y mimado. En definitiva, succionar todo lo que consideraba útil para su propio beneficio, ofreciendo en retribución sólo y de una manera premeditada, bien planeada y construida, una imagen atractiva, simpática, enérgica y segura, inteligente.

Pero no pasó mucho tiempo hasta que una mañana, después de una noche prolongada de música, drogas, sexo y borrachera, mirándose al espejo llegó a la conclusión que estaba perdiendo el tiempo. Con esos monólogos monótonos y desabridos sobre la paz y el amor, una estudiante regordeta y bastante desaliñada, con la nariz llena de pecas y los anteojos imitando a Janis Joplin lo había tratado de convencer de hacer el amor fumando marihuana o tomando una pastilla de LSD, cosa que como otras veces rechazó, ya que lo único a lo que recurría cuando no soportaba más la realidad era el alcohol. Vodka era lo mejor. La noche anterior también había tomado la cantidad necesaria para caer en un sueño negro y profundo. Se despertó en su cama con el alter ego de Janis Joplin, los dos desnudos. Alguien en un taxi lo había llevado allí, probablemente la misma chica con la ayuda de algún amigo. Al verla tendida a su lado, impregnado él de olor a vodka y vómito, ella de marihuana y sudor y sexo, sintió una sensación de asco insoportable que, sumado al tremendo dolor de cabeza lo empujó al baño donde pudo seguir expulsando los restos de esa noche de pesadilla. Si bien físicamente se alivió, anímicamente se seguía sintiendo pésimo, pero ahora ya por la sensación, luego la convicción del tiempo perdido inútilmente. Se había metido en algo que era como estar varado, acorralado en un parque de diversiones cursi y de mal gusto, de estar subido en una calesita con revoltijo de colores, música inservible, humo y sexo mecánico, una realidad sin estructura definida ni rasgos concretos y visibles que la justificasen más que la absurda idea y motivación de lograr una especie de paraíso terrenal de paz y amor. *“En realidad esto no es más que la fuga ciega y sin rumbo de una realidad odiada y negada, pero sin poder desprenderse de ella... cosa que básicamente podría ser aceptable, pero no la manera”* – Le explicaba Héctor a su propia imagen en el espejo – Volvió la mirada a la cama revuelta con el cuerpo desnudo de la hippy. *“No, no es esto lo que me gusta, ni lo que quiero... es más todo esto me asquea, me da náuseas”*. Viendo que la chica se estaba despertando de su sueño de drogadicta, fue hacia la cama y de un tirón arrancó la colcha, la almohada y la sábana que fueron a parar junto a la ropa y la botella de vodka vacía que estaban tiradas y desparramadas por el piso.

- ¡“Despertate, puta de mierda! ¿Qué hacés aquí? ¿Quién te llamó?”

Se daba cuenta de su conducta equivocada, despreciable a los ojos de los demás, ya que estaba en completa contradicción con la imagen que incesablemente, de la mañana a la noche trataba de mostrar de sí mismo para que lo aceptasen y lo admirasen o lo quisiesen, aunque nunca había tenido ni siquiera una vaga idea del significado de esta palabra. Y ahora, por primera vez en su vida, no pudo ni quiso controlar el aluvión desenfrenado a ese rencor y enojo que llevaba encerrados y reprimidos en su interior, descargándolos sin control y ningún escrúpulo sobre la mujer acostada en su cama y a la que nadie había llamado, ni invitado, ni necesitado. Ella personificó en ese momento la meta y objetivo de un odio y desprecio hacia todos los seres humanos y que, hasta ahora, nunca había salido así descontrolado a la luz. La vio insípida y ridícula, la vio como algo que es irremediamente aborrecible y repelente, y resumido en ella el mundo, la vida, las personas, las ideas, las creencias, el mundo entero... Héctor comenzó a usar la violencia sin compasión, con frialdad e indiferencia absoluta. Tomándola de un brazo arrancó bruscamente de la cama a la chica que todavía semidormida, trastabillando, trataba de mantenerse en pie mientras Héctor la empujaba hacia el baño arrojándole las ropas que iba recogiendo del suelo. Allí, agarrándola de los cabellos la puso bajo la ducha fría mientras la bofeteaba para despabilarla.

- ¡“Despertate ya, conchuda! ¡Abrí los ojos y ponete tus trapos ridículos, andate a la mierda de una vez por todas!” –le aullaba en la cara-

El agua fría hizo su efecto y al reaccionar, le tocó el turno a ella de soltar su colección de insultos dirigidos al muchacho mientras aterrorizada se vestía torpe y velozmente en sus ansias de huir lejos de ese loco antes que le haga daño en serio o la mate.

Cuando por fin se alejó dando un portazo que sonó como un disparo, la habitación quedó sumergida en un silencio total, pesado y gris, hermético. Héctor se tiró en la cama temblando y empapado de un sudor frío nunca experimentado. Se sentía extenuado, pero con la sensación de alivio y satisfacción que, al despojarse de todo escrúpulo le otorgó el liberar lo peor de él. Antes de sumergirse nuevamente en el sueño negro, profundo y protector volvió a tener la imagen gris del cubo que lo quería aplastar. Sacudiendo la cabeza pensó ¡“*Acá, a mi propia cueva no vendrá nadie, nunca más!*”. Luego la nada.

Se despertó temprano por la tarde y a pesar de los resabios del acostumbrado dolor de cabeza que nuevamente lo había atormentado, se sintió renovado, fuerte y con ansias de enfrentar al mundo entero. Después de una ducha helada se vistió lentamente, cuidando todos los detalles para que su persona no despertara en nadie, conocido o desconocido, alguna sensación negativa o de rechazo, al contrario... Sin mirar atrás abrió la puerta y volviéndola a cerrar con todo cuidado, salió del departamento.

Antes de entrar a la facultad se sentó un rato en un bar cercano para comerse una o dos porciones de pizza con un porrón de cerveza. Desde allí, a través del vidrio vio como los integrantes del grupo supuestamente político iban saliendo del edificio uno por uno entremezclados con la multitud y, para no llamar la atención, después de algunas vueltas, encuentros y breves charlas con otros compañeros, también de a uno, o en parejas, cruzaban la calle para reunirse en el parque alrededor del que luego llamaría "Barba negra". Tomó la decisión sin dudar ni un segundo, llamó al mozo y le pagó dejándole como era su costumbre una buena propina, no por generosidad, sino para que lo adularan, y saliendo del bar cruzó la calle y se acercó al grupo. Cuando lo vieron venir, a excepción del líder todos los demás se enfrascaron en sus apuntes o libros, dos chicas cambiaron de repente de tema y comenzaron a hablar de cosas de mujeres... *¿"Están charlando de los productos de maquillaje de moda? ¡Nooo!!! ¿Qué...? ¡No jodan! Estos dos mamarrachos no se maquillaron nunca... ¿Para qué?"* pensó Héctor sonriendo con desdén al pescar de lejos algunas palabras al aire. Luego se acercó a ellas.

- ¡Hola chicas! ¿Estudiando? ¿Me puedo sentar? ¿Sí? Un ratito nomás... Gracias... ¿Qué tal? Soy Héctor... Ya hace unos días que las estoy observando, y nunca me pude decidir si están solitas o forman parte de un grupo que lidera ese de barba bien negra... Nooo!... ¡No lo creo!!! Ni tampoco eso de los productos de maquillaje... ¡No y no! Bueno, díganme... No jodan más... en serio, me interesa... ¿Quién es ese de la barba negra? Ahora está como enfrascado en el libro pero antes... ¿De qué hablaba? ¿No me creen? Estoy harto de los pelotudos con los que no se puede hablar dos palabras en serio. Me gustaría compartir lo que pienso sobre las cosas importantes que nos suceden... nuestras, de cada uno, pero también de lo que sucede en el país, en el mundo... Nunca me pude interesar solamente por las materias, los exámenes y por la joda... y no sé porqué, pero me parece que ustedes no son como las otras chicas ¿Que como son las otras? Para joder están bien... pero nada más. No pueden ser más

estúpidas porque el día sólo tiene veinticuatro horas. ¡Ja, ja! ¿Que les parece? ¿Por qué les cuesta tanto creerme? Bueno... ¿Entonces me lo presentan?

La respuesta vino por fin de la que evidentemente era la mayor y más decidida de las dos, y que tenía todo el aspecto de una intelectual de aquellas que son, o aparentan, el fastidio o la indiferencia absoluta, de esas que no le interesa nada más que contemplar y analizar todo lo que sucede en el mundo con un razonamiento estrictamente frío y pseudocientífico. Héctor, en un determinado momento, se dio cuenta que justo este rasgo de la personalidad de la chica era lo que le atraía tanto, y dejando un poco de lado la ironía y su discurso malabarista comenzó a observarla mejor, a captar y tomar en serio sus respuestas breves y tajantes. Y ella también comenzó a sospechar que el interés de Héctor poco a poco iba tomando matices más “sinceros” y serios y que, además, evidentemente no se trataba de ningún imbécil buscando vagina para unas horas o una noche. Así que con cautela le confesó que sí, ciertamente el “Barba negra” era una especie de líder de un grupo político comprometido para cambiar la sociedad, pero como profesaban ideas revolucionarias debían actuar con mucho cuidado, ser prudentes tratando de mantenerse lo más desapercibidos posible.

- Ya sabemos que en cualquier momento las cosas se van a poner fuleras y tarde o temprano tendremos que entrar en la clandestinidad. El viernes nos vamos a encontrar en un bar de los suburbios, el dueño también está con nosotros, por eso nos presta un galpón que está atrás del boliche. Si venís te presento a los demás y podés hablar con Cacho.
- ¿Cacho?
- Cacho, sí, es el nombre de aquel que llamaste “Barba negra”. ¿Y el tuyo? ¿Héctor dijiste? ¡Ja! como el gran héroe de Troya, ése al que al final fue liquidado y humillado por uno más fuerte y poderoso... Aquiles creo... ¿Así se llamaba, no? No sé si tendrás pretensiones de ser un héroe, Héctor, pero me parece que sí, lo aparentás bastante bien, así que espero que nunca te pase lo mismo que al troyano... Bueno, ¿vas a venir? ¡A! me llamo Alfonsina... sí, como la escritora. Ya sé... es un nombre chapado a la antigua, pero a mí me gusta... y ésta es mi amiga es Teresa... Bueno, espero verte el viernes, el boliche se llama “El enclenque” y está saliendo de la capital... justo frente al cementerio. - Con esto y sin esperar respuesta la chica se levantó y sin volver la

cabeza ni una vez, seguida por su compañera silenciosa y sumisa, se alejó en la dirección contraria de donde se hallaba sentado Cacho.

Héctor se quedó solo pensando que nunca había conocido una persona tan decidida y directa. *“Decididamente me gusta esta mina... Mmmm, estoy curioso... ¿cómo será una intelectual revolucionaria en la cama? Alfonsina... ¡que nombre te pusieron, nena! Mañana voy, ¡claro que voy!”*

Así, en definitiva, por una mujer comenzó la época de militancia de Héctor. De vuelta a su departamento, se enfrascó en el estudio y profundización de todo lo que encontró sobre el tema, no quería que en la reunión del viernes en “El enclenque” alguien lo tomara por un idealista que se dejaba guiar solo por sus emociones o por ilusiones de un mundo utópicamente mejor. Al contrario, se propuso no solamente dar la impresión, sino ya desde un principio adoptar la personalidad de un revolucionario convencido con los argumentos suficientes como para lograr tal importancia e influencia que lo condujera lo más rápido a la conducción y al liderazgo dentro del grupo. Al principio, analizó como se le ajustaba no sólo la ideología revolucionaria, sino también el destino inevitable de violencia que intuía, y su eventual “compromiso” con un cambio social y político (ya que también estaba convencido que esto era inevitable). Por supuesto, en él no esto era consecuencia de una ideología adoptada, ni tampoco el resultado de una convicción personal de simpatía o solidaridad con una determinada clase social sufriente o segregada, sino una cuestión de vanidad y de desafío a su propio ego. Quería saber donde estaban los límites para luego traspasarlos, es más, superarlos. La rebeldía y el enfrentamiento con violencia lo tentaron ofreciéndole la oportunidad, el camino, los medios y las herramientas para salir de su “caparazón” de muchacho inteligente, simpático y atractivo, y una vez afuera desatar y dar rienda suelta a sus pasiones y sentimientos reprimidos de rencor y desprecio hacia los otros, individuos o masa, pero ya, -y de ahí en más- enmascarado con una personalidad diferente, heroica y altruista. Tenía claro y lo aceptaba sin permitirse explicaciones, dudas ni escrúpulos, que en esta ideología de lucha de clases no cabía otro objetivo que el de aniquilar a aquellos que la rechazaban o no querían plegarse a lo que llamaban “revolución popular”.

Cuarta escena

El colombiano

Hacía ya poco más de medio año que había llegado a Europa como refugiado político. Alfonsina fue la que le organizó la extradición del país y la residencia en Holanda. Para ese entonces ella vivía allí hacía ya unos meses, porque gracias a las influencias de una tía, esposa de uno de los profesores del Colegio Militar, pudo huir del país en las primeras semanas después del golpe de estado.

Una de las fundaciones internacionales de derechos humanos más importantes y reconocidas a nivel internacional logró sacarlo del país, a pesar de que Héctor había sido uno de los revolucionarios armados más buscados, tanto por su eficiencia como por su fría crueldad. Su verdadera identidad nadie la sabía, sólo lo conocían como “El niño”, aludiendo a su rostro atractivo, casi femenino y de expresión inocente antes que se dejara la barba. Cualquier atentado o ataque armado organizado y ejecutado por “El niño”, lograba su propósito de aniquilar a aquellos hacia quien se dirigía. La fama que había logrado era ambigua y contradictoria. Según se tratase de algún compañero o idealista revolucionario era admirado y respetado por su osadía y falta de escrúpulos en el logro de sus objetivos, que hacían suponer lo iban a conducir a la victoria final. Y tal vez también por los mismos motivos, era odiado y temido por sus enemigos convencidos que Héctor era de esos subversivos armados fanáticos, que más que estar motivados y empujados por sus ideales, estaban llenos de odio y de rencor reprimidos quién sabe porqué o desde cuando. Máquinas frías que nunca dudaban ni retrocedían, simplemente y sin pensarlo barrían de su camino a todo aquel que significaba algún obstáculo, que profesaba y estaba comprometido con otra ideología, no se sumaba a la causa. Por unos y por lo otros, era reconocido por su astucia e inteligencia para mantenerse siempre oculto, nunca nadie sabía su lugar de permanencia ya que cambiaba constantemente de lugar y actuaba solo o en pequeños grupos cuyos componentes nunca eran los mismos después de cada golpe. Y no confiaba en nadie más que en sí mismo.

Hasta que llegó el día en que más por circunstancias desfavorables que por descuido o mala estrategia por su parte, ni mucho menos por la eficiencia de los que lo buscaban, Héctor cayó en manos del grupo policial antiterrorista. Inmediatamente lo llevaron a una cárcel especialmente reformada para encerrar y aislar guerrilleros de su calibre, allí lo interrogaron y lo torturaron sin piedad durante largos meses, en principio sin poder sacarle nada, ningún nombre o dato utilizable.

Pero luego, con el pasar de los días, semanas, meses desdibujados en un tiempo tensado hasta el infinito, envuelto en el horror de la oscuridad, las humillaciones y el dolor, en un momento no esperado ni previsto le comenzaron a brotar de su interior, hasta entonces cerrado herméticamente, todo lo que sus brutales verdugos querían saber. No por el dolor o el agotamiento, las ansias de consuelo, de paz y libertad, sino porque en una especie de revelación ya impresa en él, pero hasta ahora latente, supo que no valía la pena todo lo que estaba pasando, no se merecía tanto sufrimiento, tanto dolor y humillación sin sentido, ya que, – aunque hasta ahora escondido- siempre tuvo bien claro que la ideología profesada por el movimiento y su lucha de clases contra la supuesta opresión de una por la otra, no era más que un callejón sin salida. Que más allá del enfrentamiento y por consecuencia del aniquilamiento del enemigo, no ofrecía ninguna solución real, posible y coherente que fuera adaptable a un nuevo modelo social perfecto y duradero. Lo único que ofrecía el futuro post-revolucionario era el cambio de una elite por la otra, y así hasta el fin de los tiempos.

“Como lo fue en toda la historia, detrás de la mascarada de esta lucha armada tampoco hay nada “altruista”, porque las ideologías que quieren cambiar el mundo o modificar, borrar aquello que aparentemente funciona mal, en la realidad están siempre motivadas y alimentadas no solamente por las privaciones y la injusticia social, sino en mayor grado por ambiciones personales sumadas a intereses económicos y a la eterna sed de poder, además de los resentimientos o la envidia de lo que no se es o no se posee. Y en el caso de que a costa de mucha sangre, violencia y crueldad se consiga ser o tener lo que no fue, a partir de ese momento lo único importante será conservarlo a toda costa en detrimento de los otros. El que hasta entonces fue el oprimido, desde allí en adelante será el opresor, que a su vez oprimirá a otros, hasta que esos nuevos oprimidos serán los que algún día se rebelarán y nuevamente, a costa de sangre y fuego lucharán contra los opresores de turno para conseguir y hacer realidad sus ansiadas quimeras de libertad o de independencia. Así, los que estaban abajo se situarán más alto, derrocando los que estaban arriba, éstos caerán y serán aniquilados, pero muchos más serán los desahuciados, los perseguidos o exiliados, los condenados a vivir en la clandestinidad y la nueva opresión. Claro, en el caso de que no hayan podido, sabido o atrevido ser tan astutos, desprovistos de escrúpulos y hábiles como para poder maniobrar rápido y cambiar a tiempo de disfraz e ideología, con el fin de lograr acomodarse al lado de la nueva clase dominante, pugnando y atropellando para estar lo más cerca de la olla cuando llegue la hora del reparto”

Estas reflexiones confusas de auto justificación empapadas de escepticismo y de un alto grado de cinismo repetidas día tras día, noche tras noche, fueron las que le hicieron abrir la boca y confesar a sus verdugos todo lo que querían saber del movimiento revolucionario. Y por supuesto, para poder ganar tiempo. No sabía ni tampoco quería pensar como iba a terminar esta etapa, la más oscura de su vida, pero seguía teniendo una fe ciega en sí mismo y en su suerte. No aceptaba la idea que podía terminar sus días enterrado en los oscuros calabozos y salas de tortura de la cárcel. Algunos de sus compañeros de lucha y de encierro supieron de su traición, pero aquellos pocos que salieron de allí con vida, nunca pudieron comprobar los motivos por los cuales se había ganado el nuevo sobrenombre de “La rata”. De todas maneras, en el caso de poder comprobar su traición, cualquier persona podría comprender y justificar su debilidad y capitulación ante las torturas, el dolor físico, las presiones síquicas y las humillaciones sufridas durante interminables horas, días y noches, meses.

Nunca se supo en todos sus detalles como pudo Alfonsina concretar la extradición de Héctor, lo cierto es que fueron semanas, meses fatigantes de innumerables investigaciones y trámites burocráticos y sumamente complicados. Pero lo más probable fue que, -además del trabajo eficaz de la Fundación de Derechos humanos- lo que decidió la libertad de Héctor fueron los contactos que tenía la familia de la muchacha y, más que nada, la disponibilidad de mucho dinero para poder sobornar, comprar y corromper a policías, políticos, militares, jueces, etc. Finalmente Héctor, ojeroso y desaliñado, con barba de meses, adelgazado hasta quedar en piel y huesos, acompañado por dos elegantes agentes de traje gris, corbata y pelo bien rapado, subió al avión que lo iba llevar rumbo a Europa, a la libertad.

Allí, las primeras semanas las pasó en el departamento de Alfonsina dedicado al sueño y a la comida, mientras ella terminaba los trámites de su estadía como refugiado político. Tal vez porque en todos los documentos lo habían registrado con una personalidad y un apellido ficticio, Morales-Laufer, nadie le hizo preguntas incómodas sobre su papel de revolucionario, que tipo de funciones y actos ilegales había cumplido en la lucha de guerrillas, si había sido sólo ideológico, de propaganda, de reclutamiento, o en verdad había sido miembro de algún grupo armado, había matado a alguien o había tenido participación activa en atentados.

Aunque tenía un organismo joven, fuerte y sano, su recuperación física fue más lenta y difícil que la síquica. Su mente ya estaba adiestrada desde hacía años a masajear su ego, y muy fácilmente encontró todo tipo de excusas, motivos y objetivos prácticos y convenientes para justificar sus años de guerrillero, los actos de violencia, las muertes, luego los meses de

encierro y de tortura. Es más, sin sentir ni mucha sorpresa ni mucho menos escrúpulos o remordimientos, una mañana se despertó con un pensamiento muy claro y evidente. El uso de la violencia siempre le había causado un cierto placer, casi físico. Le gustó sentir el poder sobre la vida o la integridad física de otro ser humano. Ni siquiera era importante que la dominancia del otro por medio de la violencia fuese por razones justas o injustas. Sí, le había gustado matar, así de simple, aunque en principio esta sensación la encubría con excusas idealistas, como si el matar fuera una solución ineludible para quitar a algunos lo que le hacía falta a otros, libertad, comida, tierra, bienes materiales, dignidad, prosperidad, etc. Pero en definitiva, siempre estuvo convencido que al matar, justamente privaba a la víctima de lo más importante, de su propia vida, y no solamente de todo aquello o de muchas de las cosas que quería dar a aquellos que no lo tenían.

“Sí, esto así no tiene mucho sentido, no cuadra para nada. Dicen que toda carencia atenta contra la dignidad y la libertad del hombre... ¡Qué verso! ¿Acaso el matar al otro no significa solo privarlo de su vida sino con esto también pisotear su libertad y escupir sobre su dignidad? El que mata lo hace porque le gusta dominar, tal vez en secreto, lo lleva oculto en el inconsciente, pero es porque goza de lo más que se puede lograr y que es el poder, que en el caso de matar, sería el poder máximo que es sobre la vida de otro hombre. ¿Jugar a ser Dios? No, Según Nietzsche “Dios murió”, pero eso es una boludez cósmica, porque Dios nunca nació, ni siquiera en los cuentos de la Biblia, así que... ¿Cómo se pudo haber muerto?... En lo que sí tenía razón es en que, en definitiva, lo único que motiva al hombre es dominar al otro. ¿Y quién domina al otro? El más violento y más bestial... Según Nietzsche, así se construyeron las grandes culturas... ¿o no? ¿En mi caso? No, yo no quiero jugar a ser Dios. Yo me siento bien siendo Héctor, así que no necesito ser Dios, yo soy un hombre como cualquier otro, pero mejor, más astuto, más ambicioso, más inteligente”.

Después de largos meses de recuperación, de descanso y lo que él llamó una “depuración” de falsos ideales y compromisos, Héctor llegó al colmo del hastío en su relación con Alfonsina.

Estaba harto de sus charlas que siempre giraban alrededor de lo mismo, de la liberación de las clases oprimidas, de volver a la lucha...

“Todo este palabrerío no es más que una sarta interminable y aburrida de estupideces teóricas. Los verdaderos revolucionarios no son idealistas, sino dura y fríamente realistas, no hablan mucho sino que actúan, y si hay que apelar a la violencia lo hacen sin dudar. ¿Hablar

regodeándose sobre como combatir la pobreza, agitar la bandera de los ideales de igualdad mientras se disfruta de todos los beneficios de una sociedad que te da todo, comodidad, lujo, comida, bebida y hasta drogas en la cantidad deseada y libremente, sin límites? ¡No, así todo esto es pura mierda! Además, lo que puede ser eficiente en un tipo de sociedad no es seguro que funcione en la otra, para colmo en otra tan diferente que sería indispensable nacer en ella para conocerla y entenderla, es más, vivirla en todos sus días. El tiempo no se detiene, la historia sigue su curso y es evidente que el mundo no está mejor. Pero tampoco es el mismo que era ayer. Está peor.”

Lo que más le molestaba era su dependencia de la muchacha, el sentirse casi encadenado, limitado en sus movimientos. Todavía no le había llegado el momento de comenzar a hacer proyectos para un futuro cercano o más lejano, nunca le llegó la hora de planear, porque hacía ya hacía demasiado tiempo que se había propuesto vivir según las propuestas y desafíos del momento presente. Pero sabía y sentía en todos sus poros que debía cortar todos los lazos que lo mantenían pegado a Alfonsina. Si, era necesario renunciar aunque fuese por un tiempo a su condición de exiliado político, a ese modo de vida que lo abrumaba por inútil y por estéril y que sentía lo estaba embruteciendo. Por eso, un día tomó la decisión y llevando consigo sólo una mochila con lo indispensable, muy temprano al amanecer, fue hasta la estación de ferrocarriles y se subió al primer tren que salía de allí sin importarle mucho hacia donde iba. Sentado en la cabina, y con la mirada fija en la vorágine cambiante del paisaje que veía a través de la ventanilla, sintió la urgencia de poner orden en sus pensamientos rescatando lo que consideraba útil pero también todo lo que tal vez había perdido en los años de cárcel, para poder así ubicarse nuevamente en el centro del mundo, en el aquí y en el ahora, en ese preciso punto de convergencia del tiempo y del espacio que estaba viviendo. Héctor llegó a la conclusión que antes que nada debía estar absolutamente solo y desligado de todo, primero tenía que establecer un paréntesis en su vida y aprender, observar y saber como funcionaba el mundo real, como pensaban y obraban las personas y las sociedades que aún no conocía. Sintió el impulso de viajar, conocer lugares y gente nuevas, desconocidas.

Pasó muchos años viajando por Europa, desde Noruega al norte hasta Moscú hacia el este y Estambul al sur. Entró y deambuló de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, mendigó, robó en prácticamente todos los países del continente y si se daba la ocasión, también trabajó ilegalmente para subsistir. Pero nunca se interesó por ir a lugares más lejanos. Asia, el Oriente no le interesaba, porque, aun sabiéndolo exótico y atractivo, estaba también convencido que

representaba sólo el pasado y un mundo tan diferente y lejano que no tenía nada que ver con el suyo. África significaba para él la pobreza, conflictos, desolación, subdesarrollo, miseria, hambre y sed, en consecuencia sentía más rechazo y desprecio que interés en llegar allí.

En sus viajes a Héctor no le costaba mantenerse siempre al margen de todo y de todos. No tenía ninguna intención, ni motivación, ni interés en establecer lazos amistosos o emocionales con nadie, y pocas personas dejaron algún recuerdo duradero en él. Cuando dejaba un lugar no llevaba consigo nada más que experiencias elaboradas a nivel racional, exentas de nostalgias o sentimientos, y cuando llegaba y se establecía en otro sitio, lo hacía siempre como si fuese el primero por conocer.

Entre los pocos encuentros y experiencias personales que le quedaron prendidos en el inconsciente, fueron sólo dos los que más impresión y, tal vez, un relativo influjo ejercieron en su personalidad. Su corta “amistad” con Orlando, el muchacho ex guerrillero colombiano, no hizo más que consolidar sus ideas y convicciones alimentadas y sostenidas por el escepticismo, el cinismo y el desprecio dirigido a todos los especímenes humanos sin excepción, como individuos y como masa, y que eran los signos más evidentes de su ego. Conocerlo a Orlando y compartir con él las pocas semanas que les tocó, lo hizo más fuerte en sus convicciones, más resistente y más invulnerable a todo lo que no fuese raciocinio e indiferencia hacia cualquier manifestación de reconocimiento o apego a otro ser humano.

A Orlando lo conoció en Polonia, en la Universidad de Cracovia, adonde el colombiano había llegado poco antes de la Perestroika y de la caída del bloque soviético para tramitar un postgrado de Economía política internacional. Era un estudiante, presunto refugiado político, con la catadura fiel de sus ancestros indígenas; llevaba en sus rasgos físicos las características de los descendientes de aborígenes latinoamericanos. De estatura mediana, delgado pero fibroso, la nariz aguileña, labios gruesos y bien dibujados, ojos muy oscuros y color de piel tostada por el sol. Excepto su cabello largo y negro azabache, era absolutamente lampiño. Hacía uno o dos años que había llegado de alguna manera a Moscú para estudiar medicina, pero sobretudo para instruirse sobre la ideología socialista con el fin de luego llevarla y difundirla en su país. Allí, una vez lograda “la victoria final”, utilizar y poner en práctica estos conocimientos en el nuevo modelo social que se suponía iba a suplantar al actual. Como a todos los otros estudiantes enviados o refugiados que provenían de diversas partes del mundo donde el comunismo había exportado su combate de liberación, cubanos, vietnamitas, nigerianos, mozambiqueños, latinoamericanos, etc., y que estaban desperdigados por la Unión Soviética y sus países satélites, a Orlando también le tocó la fortuna de poder acceder a todas las

atenciones, el apoyo y ayuda de parte del estado. Además del monto de la beca, recibió también todo lo necesario para lo que constituía la vida normal y cómoda de un estudiante extranjero en Moscú: alojamiento y acceso al comedor estudiantil garantizados, carné universitario y de la juventud comunista que le otorgaban la posibilidad de rebajas o gratuidad para viajes, compras, ciertos restaurantes, y entradas a todo tipo de eventos. No obstante, Orlando lo menos que hizo fue concentrarse en sus estudios para llegar a terminar la carrera de médico. En vez de libros, seminarios, prácticas y apuntes, se pasó el tiempo, semanas y meses de cama en cama y de rusa en rusa y cuando no, asistiendo a conciertos, películas, obras de teatro, tabernas, farras estudiantiles, y por supuesto, viajando siempre que sentía la necesidad de cambio o de nuevos aduladores. Proviendo de una clase social en muchos lugares menospreciada y discriminada, le caía muy bien que en Europa, por la misma razón, por sus antecesores y por su aspecto físico, lo admiraran y lo cortejaran. Tanto, que comenzó a verse a sí mismo como un ejemplar único e incomparable en ese mundo tan distinto. Pero Orlando no era tan inteligente, ni mucho menos un intelectual con la ambición de extraer lo máximo de una situación prometedora que le había ofrecido la vida, sino que rápidamente se conformó con disfrutarla sólo a nivel epidérmico. Cuando llegaban las inevitables épocas de exámenes o de fastidio, se iba de viaje a otra ciudad u otro país del bloque soviético, adonde desde el momento que llegaba a la estación de tren u ómnibus todo volvía a ser igual, como a él le placía. Así pasaron dos años, hasta que después del undécimo examen fallido en la facultad, el gobierno decidió suspenderle la beca y mandarlo de vuelta a su país. Evidentemente, Orlando no tuvo ninguna intención de renunciar a esa vida tan fácil y tentadora, por eso, antes de que lo expulsaran se subió a un tren y viajó a Cracovia, ciudad que le había gustado y donde había dejado casi sin despedirse a Janecska, una amiga polaca bien rubia y de ojos celestes que conoció en un campamento de verano de la juventud revolucionaria y que se había enamorado de él. Héctor y Orlando se encontraron en la ciudad de Polonia, en una fiesta que había organizado la chica en ocasión del reencuentro con su amigo colombiano. En verdad fue Orlando el que provocó el acercamiento entre los dos, más bien por interés que por cortesía o amistad ya que la razón determinante fue que él no había encontrado un lugar donde alojarse más que la casa de Janecska. Pero ella no mantenía una buena relación con sus padres, quienes veían con malos ojos la presencia del muchacho, y por eso le habían advertido que tenía que buscarse otro lugar para vivir “de arriba” como un parásito. Orlando, en cuanto supo que Héctor también era un latinoamericano en el exilio, y que por un tiempo tenía alquilada una piecita en una casa de familia, tomando en sus manos dos porrones de cerveza y esgrimiendo los argumentos clichés revolucionarios y de lucha de clases aprendidos de memoria, se acercó a él, se presentó, y allí se quedaron durante una hora charlando sentados los

dos en el suelo, sin la necesidad ni la menor intención de tomar en cuenta nada de lo que sucedía a su alrededor. Héctor, tal vez por los efectos del alcohol consumido, tal vez por querer experimentar una situación hasta ahora insólita, aceptó el pedido de Orlando para poder dormir en su alojamiento provisorio, en su “Cueva”, con la condición de infiltrarse en silencio bien entrada la noche para evitar que la viuda dueña de la casa se percatase de la presencia de un huésped ilegal.

En esos pocos días de su permanencia en Cracovia, los dos iban de taberna en taberna, de boliche en boliche, esperando la hora de poder entrar a la casa inadvertidamente. Una noche estaban los dos compartiendo una botella de vodka en el banco de un parque ya vacío de gente, cuando dos policías se acercaron y les pidieron los documentos. Héctor tenía el pasaporte falso visado correctamente y su tarjeta de estudiante actualizada, pero enseguida notó algo raro en el comportamiento de Orlando, cosa que inmediatamente lo llevó a sospechar de su permanencia ilegal en Polonia. No pasaron varios minutos hasta que también pudo comprobar que al colombiano no era la primera vez que lo habían detenido para controlar sus documentos, estaba preparado para una situación semejante. En vez de mostrar su pasaporte o algún permiso de residencia inexistente, sacó de sus bolsillos, una por una, decenas de carnés de todo tipo emitidos por instituciones de varios países y en diversos idiomas. Había tarjetas de estudiante en Moscú, en Leningrado, Bucarest, Budapest, Sofía, algunas libretas pequeñas con la estrella roja en la tapa que certificaban que era miembro de la juventud comunista otorgadas al menos por cuatro países, carnés de socio de vaya a saber cuántos Centros de Cultura y de Bibliotecas populares, además de otros que nunca supo que eran. Estos los iba mostrando lenta y parsimoniosamente uno por uno a los policías, explicando en algún idioma eslavo básico y con el tono de voz lo más inocente posible:

- ¿Será este? ¿O este otro? No, disculpen... Un momento, por favor... Debe ser este... ¿Tampoco? No lo puedo creer... ¿Dónde lo habré puesto?

Los policías, cada vez más desorientados, iban examinando los documentos uno detrás del otro hasta que al final se hartaron, y con una expresión de “¡andate a la mierda!” se alejaron riéndose y comentándose uno al otro lo insólito y absurdo de esa situación con un estudiante latinoamericano inofensivo y medio chiflado. “*¡Otro “revolucionario” que sabe bien como hay que vivir!*”, –pensó Héctor– sintiendo otra vez la sensación de desprecio que lo invadía cada vez que tenía una experiencia que le confirmaba y lo reforzaba en su convicción de lo vano que era esperar de un ser humano una actitud concreta y consecuente de lo que

denominaban honestidad. Si alguna vez vivieron algunos capaces de tal comportamiento, ya estaban todos muertos, o fueron masticados, tragados, digeridos y excretados por la sociedad de consumo.

“Tenía razón ese político cubano que andaba de gira dando conferencias por Ucrania: “el idealismo no es compatible con la revolución”, con el idealismo no se consigue nada, el idealista vive en su nube o torre de marfil, y cuando por fin quiere concretar sus ideales, de ahí en más tiene que convertirse en realista. Porque la revolución necesita realistas. El dilema y la contradicción del idealista radican en que la vida y las circunstancias lo obligan a ser realista comete una serie de actos que son contrarios a sus ideales. Actos de violencia y aniquilación, actos simplemente impulsados por la ambición, por la codicia, por las ansias de poder... O, como en el caso de Orlando, finalizan viviendo al pedo... no sólo viviendo, sino disfrutando y abusando sin aprensiones y con orgullo, el ser mantenidos como si fuesen un clavel del aire; halagados en su vanidad y complacidos en sus deseos más primordiales y urgentes... Comida, bebida, diversión, sexo.”

Héctor nunca supo exactamente porqué, pero una de las razones tal vez fue con el fin de sacárselo de encima que aceptó la idea de hacer juntos un viaje a dedo rumbo a París. El colombiano le había asegurado que recientemente había recibido la carta de una muchacha que había conocido en Rumania. Le contó que más tarde ella había emigrado ilegalmente del país, y que actualmente trabajaba en un bar en el barrio latino de la capital de Francia. En la carta también lo invitaba a un encuentro allí, en la ciudad luz, ofreciéndole, además, la posibilidad de trabajar en el mismo local como mozo, lavaplatos o custodio, incluso -¿porqué no?- como cantante latino de las canciones de protesta que estaban tan de moda en Europa. Como ninguno de los dos había estado todavía en París, decidieron ir juntos atravesando Alemania haciendo autostop por no disponer del dinero necesario para el viaje. El objetivo final de Héctor era obvio, separarse definitivamente de Orlando, ya que una vez en París cada uno seguiría su propio camino, el colombiano con su amiga rumana y él... bueno, que iba a pasar con él, ya lo decidiría una vez que estuviese allí. Aprovechando las ventajas que les daba el carné de estudiante, los dos pudieron pagar sus pasajes sólo hasta la última estación antes de la frontera, allí se bajaron del tren y comenzaron a hacer dedo en la ruta que llevaba a territorio alemán. Pero Héctor, inmediatamente notó que el colombiano se resistía a seguir adelante, proponiéndole que no entrasen en Alemania, en cambio fuesen primero a Checoslovaquia, después a Austria y de allí, traspasando los Alpes bajasen para entrar en Italia. Una vez en

Italia, doblando a la derecha y dejando ese país rumbo al noroeste, llegarían finalmente a algún paso insignificante de la frontera con el sur de Francia. Héctor, al principio no entendió el empecinamiento de Orlando por ese cambio de itinerario no previsto al emprender el viaje. La excusa de una posibilidad de conocer más de Europa le parecía necia y sin fundamento, ya que por un lado tenían poco dinero y por el otro, el desvío implicaba más días de autostop hasta llegar por fin a París. Para colmo, no estaban ni vestidos ni provistos para un viaje mucho más largo y más prolongado atravesando cuatro países por lugares completamente desconocidos. Al final de una discusión cada vez más violenta, el colombiano no tuvo más remedio que confesar que él no podía entrar en la Alemania Democrática. Ya había permanecido allí con anterioridad durante unas semanas, y por un problema con la ley que no quiso aclararle que había sido, lo habían expulsado del país. Le mostró a Héctor en su pasaporte la prohibición corroborada con un sello de pisar tierra alemana por el período de diez años, plazo que todavía estaba muy lejano. Era imposible que esto su compañero no lo hubiese tenido bien claro. En principio, Héctor sintió la tentación de seguir el camino solo según el itinerario original, pero después de razonarlo fríamente decidió ceder y aceptar el plan de Orlando, no solamente porque al contrario de su compañero que entendía y hablaba algo en francés, él no sabía ni una sola palabra en ese idioma, sino, principalmente, porque tenía que aceptar, aunque a regañadientes, el hecho de que el boliviano había hecho un arte de la supervivencia, sin importar el lugar ni la situación por más insólita o insoluta que fuese, como en el caso de los policías polacos embaucados eficazmente con la cantidad inacabable de carnés que les iba presentando. Así que, reprimiendo su bronca y el odio que comenzaba a sentir por él, cruzaron al otro lado de la ruta para comenzar a hacer dedo hacia el sur. Fue un viaje de horror, ya que a pesar de que Héctor estaba acostumbrado a las privaciones, lo envenenaba el saber que el frío, el hambre y la sed, la falta de un lugar donde dormir excepto los bancos de las plazas o de las estaciones de tren, todas las penurias sufridas, en esta ocasión fueron provocadas por la artimaña del colombiano, y consecuencias de la estupidez humana, la negligencia sumada al conformismo, tres características que en definitiva él juzgaba y resumía como mediocridad y falta de ambición.

“Con tal de sobrevivir y de vez en cuando tener una cama calentada por alguna hembra que lo admire, pero incapacitada desde su nacimiento para ver la realidad, darse cuenta que este infeliz no sirve nada más que para la pereza, para vivir como un parásito... Necesita alguien que lo mime en su boludez, le asegure el sexo, la cerveza o el vino de cada día, todo lo demás no le importa un carajo. Por ahora, y durante un tiempo esto le puede funcionar, pero

seguro que un día terminará como un pordiosero borracho y enfermo, sin techo y tirado en el borde del camino por donde se le pasó la vida” – se repetía una y otra vez -

El camino a París tardó más de una semana, y para Héctor sin tener prácticamente ninguna experiencia positiva, al contrario, también su ego sufrió un serio golpe en un episodio que en otra ocasión sólo le hubiese parecido algo tal vez burlesco, pero básicamente irrelevante. Extraviados por aldeas y paisajes desconocidos, hambrientos y al borde del agotamiento en alguna ruta secundaria del sur de Austria, obsesionados y enceguecidos por las ansias y la esperanza de entrar lo más rápido a Italia, hacían autostop en direcciones contrarias, uno frente a otro en las dos banquetas opuestas de la ruta. No sabían dónde estaban, y como no tenían mapa, ni ninguno de los dos hablaba el idioma alemán, en definitiva tampoco tenían idea alguna hacia donde conducía el camino... al sur, al norte, al este o al oeste. Suponían que era día feriado, porque la ruta estaba prácticamente vacía, y la salida del pequeño poblado estaba deshabitada y silenciosa. Después de varias horas infructuosas, finalmente se detuvo al lado del colombiano un coche lujoso con patente italiana manejado por un hombre de edad madura, bien vestido y luciendo con ostentación un gran anillo de oro en el dedo anular de la mano derecha, reloj de pulsera y collar grueso del mismo metal colgando sobre su pecho. A su lado, lo acompañaba un muchacho de entre veinte y treinta años de piel bronceada, de cabello corto, oscuro y brillante, prolijamente peinado hacia atrás, también él bien vestido con camisa y pantalón deportivo blancos. Al detenerse, el viajero más joven se bajó, les abrió la puerta trasera del auto invitándolos a subir y les preguntó en italiano donde querían ir. Ellos respondieron “a la frontera con Italia”.

- “¡Magnifico, è vicino! Venite con noi” - exclamó entusiasmado el conductor-

Los dos se sentaron por fin aliviados, y con el protagonismo de Orlando inmediatamente se entabló, con un popurrí de palabras en varios idiomas, una tentativa de conversación entre ellos y los italianos comenzando con las preguntas típicas “¿De donde vienen?”, “¿Adónde van?”, “¿De que se ocupan?”, “Como te llamàs”, etc. Al rato, los dos notaron que el hombre mayor miraba insistentemente al colombiano por el espejito retrovisor, luego con miradas cómplices y bromas en un dialecto ininteligible con su acompañante, se daba vuelta cada vez más a menudo para observarlo mejor, a veces hasta con el riesgo de perder el control sobre el vehículo. Él, Héctor, en cambio, como si no existiese, ninguno de los dos italianos mostraba el mínimo interés en preguntarle algo ni hacer algún comentario que estuviera relacionado con su persona.

El mundo en miniatura dentro del auto se circunscribió a tres personas, el hombre mayor que manejaba el auto, su joven acompañante y el colombiano. El motivo de este triángulo que se iba formando con el paso de los kilómetros, quedó finalmente al descubierto cuando en un momento dado el chofer, soltando la mano derecha del volante, acarició la mejilla de su joven acompañante, luego le revolvió el cabello como poniéndolo en exhibición delante de su pasajero favorito, pensando seguramente que Orlando podría ser su próxima conquista:

- “¡Lui il mio maschio negrone siciliano!”

Luego miró para atrás para ver si Orlando había captado la insinuación, mientras el joven lanzaba una risita entre ansiosa, coqueta y provocativa, más lujuriosa que sensual que puso en evidencia su personalidad homosexual. Héctor llegó al límite del aguante, y aprovechando que se acercaban a un cruce de caminos por donde pasaban las vías de tren, justo allí, donde en ese preciso momento estaban las barreras bajas y el semáforo parpadeaba con la luz roja, dio rienda suelta a su rabia y decepción que se dirigían más al hecho de quedar absolutamente relegado del interés de los otros tres, que al temor de poder ser partícipe de una aventura homosexual con tres o cuatro participantes, o de tener que continuar su viaje solo y exclamó:

- “¡Acá está bien, deténgase! ¡Nos tenemos que bajar, ya sé donde estamos!”

Y sin esperar respuesta, abrió la puerta antes que el auto se hubiese detenido. Luego agarró de un brazo al colombiano y lo arrancó fuera del vehículo, cerró la puerta de un golpe “Gracias... ¡Buen viaje, maricones!” y tironeándolo se adentró en el camino que se abría paralelamente al lado de las vías. El otro, estupefacto, no tuvo ni tiempo de reaccionar y sumiso, sin protestar, se dejó arrastrar por Héctor que le reprimía entre dientes:

- “Sos un imbécil, un infeliz, un pelotudo inútil capaz de cualquier cosa con tal que te acaricien la vanidad y te rasquen las bolas... A vos no te interesa nada más que un cama, una concha, algo que comer y alguna bebida para ponerte en pedo”.

Caminaron en silencio un poco más de un kilómetro hasta que encontraron una estación de servicio. Allí pidieron un vaso de agua, con señas, lo mínimo que sabían de italiano y con lo poco que hablaba el colombiano en francés, lograron entender que la frontera quedaba solo a unos pocos kilómetros; comenzaron a hacer dedo nuevamente al lado de la ruta, ahora en la

dirección correcta. Héctor, poco a poco se tranquilizó, todo volvía a ser como debía ser, volvió nuevamente a estar en el centro de los sucesos, a ser el dueño de las circunstancias, el artífice de su destino.

Pocos días más y llegaron a París, Orlando fue a buscar a su amiga rumana, Héctor lo acompañó, pero sólo para tener un lugar donde comer algo, pasar la noche para reponer fuerzas y luego desaparecer. En la habitación de la rumana vio sujeto a la pared con chinchas de colores el afiche turístico de Transilvania que lo dejó hipnotizado. Durante largos segundos no pudo sacarle la vista de encima a medida que más que un pensamiento una certeza se iba apoderando de él... *“Algún día subiré a esas montañas, seguro que voy a ir”*

A la mañana siguiente muy temprano, cuando el colombiano y la rumana todavía dormían, Héctor se fue sin despedirse y sin dejar ningún mensaje. Desapareció y durante más de cuatro años no se supo nada de su suerte.

Quinta escena

Doña Vilma

- “¿Y no le dio algo de temor casarse tan joven con un hombre veinte años mayor que usted?” – preguntó Héctor con curiosidad algo fingida, ya que a Dona Vilma no le era fácil sacársela de encima.
- ¿Miedo? ¿De qué? Mire, le muestro otra foto... Esta... es la que nos sacaron el día de nuestra boda. Fue solo por civil, porque mi marido estaba separado... En realidad fue la mujer la que lo había abandonado a él. Mire nomás la foto... ¿Acaso le parezco asustada?
- ¡Doña Vilma! –asintió simulando un sincero reconocimiento- Es verdad que en esta foto a usted no se la ve nada asustada, ni siquiera preocupada...
- ¿Porqué tendría que haber estado asustada... o preocupada? –repitió doña Vilma con expresión de no entender en absoluto la observación de Héctor- Al fin y al cabo él era un buen partido, muy buen mozo, un hombre con experiencia y además, tenía una profesión bien rentable; era una persona sumamente respetada por todos, él era el carnicero de la zona. Un hombre maduro, como le dije, con experiencia, y además tenía sus propiedades... esta casa con su huerta, el establo, animales y parcelas considerables de tierra para sembrar y cosechar todo lo necesario para nuestro consumo y para los animales.

Héctor observó mejor la foto vieja y manoseada de color marrón grisáceo pero aún en buen estado, en la que, como se acostumbraba en esa época, posaba la flamante pareja delante de una decoración artificial. El hombre, acercándose al umbral de los cuarenta años, la mejor edad de un hombre, alto y orgulloso luciendo unos magníficos bigotes negros con las puntas dobladas hacia arriba, vestido con chaqueta de cazador, gorro alto de piel de cordero y botas de montar relucientes. A su lado, una cabeza más baja estaba la adolescente doña Vilma con apenas sus dieciocho años, luciendo con gracia un velo y un vestido blanco de bodas muy sencillos. La expresión de su bonito rostro estaba marcada por una sonrisa muy femenina, más bien pícaro, seductora y traviesa, acompañada por dos ojos oscuros y alegres que, como un secreto por

compartir, parecían sugerir al observador lo satisfecha y feliz que estaba con su suerte, con el varón que le había tocado, y que desde entonces iba a ser de su exclusiva propiedad.

Héctor tuvo que pasar por muchos países, conocer diversos lugares, gente y culturas muy diversas para llegar a aquel rincón del mundo que lo tenía obsesionado desde que lo vio en París en un afiche sujeto con chinchas de colores en la pared de la cocina de la amiga rumana de Orlando, el colombiano. Había pasado varios años recorriendo países de punta a punta, pero excepto Bucarest, ningún lugar había despertado en él ninguna motivación ni atracción para permanecer allí algo más que unas pocas semanas. Es cierto que en su contacto con la gente o la naturaleza, en las ciudades con sus construcciones, monumentos etc. las emociones y sentimientos no cumplían ninguna función. Viéndolo de afuera, la suya parecía una actitud de indiferencia... algunas veces de curiosidad turística efímera y rápida de satisfacer. Atravesando los países del este de Europa bajó a hasta el mar atravesando antes las montañas de Bosnia, moles poderosas de rocas ásperas y rudas, cumbres y recovecos inaccesibles, vírgenes milenarias de historias trágicas, escalofriantes y heroicas, solitarias y hurañas, bellezas toscas y elementales que a regañadientes a veces acogen y toleran a los temerarios fugitivos, a aquellos que buscan refugio en ellas, pero sin permitir ser conquistadas jamás. En Croacia, bordeando las playas protegidas por una cortina de rocas erguidas como para frenar los ataques del mar adriático, siguió su peregrinaje con tenacidad inquebrantable, pero sin placer, sin metas ni objetivos, mientras sumaba kilómetro tras kilómetro bajando cada vez más hacia el sur. Pasando Dubrovnik, la imponente ciudad condenada eternamente a estar cercada por murallas antiguas e inamovibles, violada por el caótico e incesante bullicio de los invasores contemporáneos, miles y miles de turistas siempre en movimiento perpetuo, llegó a Grecia. La cuna de la civilización occidental no le dejó más que una profunda sensación de frustración por algo que había desaparecido antes de llegar a consumarse plenamente. Su paso por Estambul le siguió arruinando el ánimo, ya que esta fue la ciudad donde se sintió más extraño, más forastero y más ignorado que en ningún otro lugar. Los cánticos con horario fijo que descendían desde lo alto de los minaretes llamando a la oración, actuaban en él como ráfagas de aire gélido portadoras de premoniciones funestas, se le metían por el oído, le inundaban el cerebro y lo llenaban con algo similar a las oleadas de pánico que tantas veces había sentido en la cárcel. Prácticamente huyó de la capital de Turquía, y dando un giro de vuelta hacia el Norte, entró a Rumania donde pasó el tiempo más largo de su vida en Europa, más de dos años de estaticidad. Los motivos de esta larga estadía fueron bastante prosaicos y pragmáticos. Al llegar a Bucarest, viendo la monumentalidad fría, severa e imponente de algunas construcciones de la época del

dictador con pretensiones megalómanas inspiradas en el estilo realista soviético y con sueños vanos de un clasicismo dudoso y deformado por la soberbia, su personalidad ególatra se adecuó de inmediato a la ciudad. Por otra parte, y ya como motivo y decisión más consciente y razonada, la lengua rumana influyó en su decisión de permanencia ya que, por sus raíces latinas, en un corto plazo de tiempo le iba a ser mucho más fácil de aprenderla que cualquier otro idioma de la zona. Hasta entrar en Rumania se las había arreglado como podía con la ayuda del poco inglés que había estudiado en la secundaria y algo de ruso que se le había pegado en Moscú, Leningrado y Polonia. Además, en estos años siempre le dio alivio y cierta satisfacción el hecho de no tener que comunicarse nada más que en lo que era estrictamente necesario.

Durante los primeros meses en Bucarest sobrevivió como pudo, como ya estaba acostumbrado. Allí también fue un desocupado “sin techo” que recurría a cualquier cosa para su propio sustento, mendigaba o robaba sin escrúpulos, sin placer ni disgusto. Si se ofrecía la oportunidad, aceptaba algún trabajo ilegal transitorio para luego volver a desaparecer al recibir su paga. Pero cuando a fines del primer otoño llegaron los primeros fríos que presagiaban la dureza cruel y urgente del invierno, Héctor se decidió a apelar de manera provisoria a su condición de refugiado político latinoamericano. Rescatando y explotando su atracción personal y la excepcional astucia y capacidad de manipulación de las que estaba dotado, empezó a tirar las redes para lograr los contactos imprescindibles con aquellas personas que lo pudiesen ayudar en los trámites necesarios para una permanencia transitoria en el país. En primer lugar necesitaba un domicilio fijo donde vivir, cosa que en poco tiempo logró en un mono bloque de un barrio obrero en los suburbios de Bucarest. Allí pudo alojarse en una habitación del departamento donde vivía una pareja ya anciana que seguía anclada sin remedio en el antiguo régimen político, añorando al dictador y resistiéndose a abrir los ojos al paso de la historia. Desde el primer momento vieron en Héctor la promesa de un futuro en el que podrían convertirse en realidad los proyectos de la Internacional Socialista. En los meses anteriores Héctor ya había trabajado para los dos ancianos como miembro de una brigada de obreros, haciendo algunos arreglos en las cañerías de agua y luego pintando la cocina del pequeño departamento. El matrimonio le ofreció entonces la posibilidad de ocupar la habitación de su hijo camionero que hacía ya dos años y después de logrado su primer viaje al exterior, se había quedado a trabajar en Francia sin dar señales de querer regresar a la patria ni al hogar. Al anciano le gustaba escuchar las historias astutamente maquilladas que le contaba Héctor sobre un mundo que imaginaban decadente, pero prometedor, esperando pacientemente la redención traída por una ideología que en la realidad siempre, tarde o temprano, había fracasado ya que en

vez de igualdad, solidaridad, independencia, justicia y libertad había dejado sólo mentiras, ruinas, abusos, sangre y desolación allí donde había querido echar raíces. Una vez logrado el domicilio fijo, usando la excusa de latinoamericano presuntamente perseguido por aquellos que en su mayoría ya no vivían, estaban encarcelados o bajo juicio, sin ninguna motivación ni pretensiones de estudiar, o al menos de ampliar sus conocimientos sobre alguna especialidad o profesión, logró una beca para asistir a un curso máster en la Universidad de Bucarest. Desde sus primeros pasos en la Facultad de ciencias económicas, el estudio, al igual que el mendigar, robar o el aprovechar las posibilidades eventuales de trabajos temporarios, era solo una herramienta para sobrevivir en un mundo que él veía mediocre, confundido, estúpido e hipócrita y que como única virtud le ofrecía estas posibilidades de subsistencia.

Después de más de dos años de permanencia en Bucarest, lo invadió nuevamente el hastío, el aburrimiento y una tentación irrefrenable de cambiar de entorno. Se desprendió de sus estudios, de sus ancianos anfitriones y de la ciudad sin dejar nada detrás, sin nostalgias, sin agradecimientos ni apegos. El hartazgo de ciudades, de muchedumbre, suciedad y promiscuidad, el estar continuamente rodeado de monumentos impávidos y destinados a que el tiempo lo convirtiera en ruinas testigos de lo precedero y de lo quimérico, unido al fastidio y rechazo que le habían producido la exhuberancia de la rudeza yerma de las montañas y barrancos inmovibles de Bosnia, al empalago que le produjeron las playas, mares y ríos en estrecha simbiosis con tarjetas postales cursis para parejas en luna de miel, lo que finalmente lo hizo despertar de su estancamiento. Y como ya le había sucedido otras veces, volvió a recordar ese afiche de Transilvania que había visto tiempo atrás en París sujeto con chinches de colores en la pared de la cocina de la rumana. Y con el afiche le vino también a la memoria cual fue su primer pensamiento al verlo *“Algún día subiré a esas montañas, seguro que iré”*. No tuvo que preparar su partida ni su alejamiento de la habitación donde había vivido dos años, ni tampoco sintió la necesidad de despedirse de sus anfitriones, de la ciudad, de sus colegas. Simplemente agarró su mochila y a la mañana temprano, antes que los dos ancianos se despertasen, salió del departamento y alejándose de la ciudad comenzó a hacer autostop hacia el Noroeste. Sin saberlo, llevaba consigo una convicción todavía disimulada y oculta a su consciente, que era la de sentirse ya preparado para conocer e intuir algo de Transilvania, ese lugar en el mundo con aldeas tan peculiares y cálidas, bendecido generosamente con verdes montañas, manantiales, ríos, praderas floridas y bosques. Un lugar bello y rústico a la vez, civilizado y salvaje, casto y fantástico, humilde y provocativo, enigmático y de ensueño como en los cuentos, pero real, palpitando su propio ritmo y viviendo su propia vida en el trabajo y en el silencio. Aldeas

atascadas en un presente eterno, intangible y apenas cambiante, tal vez verdadera y naturalmente felices y no solamente autosatisfechas, conformes o resignadas a su soledad y a su aislamiento. Acogedoras y generosas, sin pretensiones de establecer cadenas ni lazos furtivos para forzar vínculos permanentes, porque sus habitantes ya nacen enlazados entre sí y en un abrazo indisoluble con la naturaleza que los rodea y los protege de un mundo exterior ya en derrota, demasiado complicado, superficial e hipócrita.

Fue encontrarse en un mundo insólito, tan diferente, que Héctor lo conoció sin llegar a entenderlo y sí, también con cierto intento de rechazo, porque de alguna manera presentía que había llegado a un lugar que lo succionaba como ningún otro, pero al que racionalmente sabía que le iba a ser imposible amoldarse. Su opinión y juicio de los individuos y de la sociedad siempre fue estrictamente deductivo, exento de emociones, y siempre corroborado por un empirismo condicionado a su egocentrismo, alimentado también por un desprecio hacia todo lo existente fuera de él mismo, y estrechamente acompañado de un escepticismo tan negro y exento de esperanzas como un túnel sin entrada ni salida. Y sin embargo, aquí, de alguna manera y desde el primer momento percibía también que se iba produciendo un acercamiento mutuo entre él y esa tierra inmune al mundo exterior, como un abrazo paulatino y discreto, en el que la voluntad y los razonamientos no juegan ningún papel. Un acercamiento hacia una alianza discreta y mansa que no reclamaba ni exigía ningún esfuerzo de su parte.

“Este lugar y su gente... Aunque aquí yo sea un extraño, comienzo a formar parte de todo sin proponérmelo, pero tampoco sin poder evitarlo. La gente y el lugar me empiezan a chupar y también al revés, se me van adentrando bajo la piel sin exigirme ni pedirme nada. ¿Es posible? ¿Estoy acá porque soy, y por ser yo, por el sólo hecho de existir y estar acá comienzo a formar parte de todo?... No lo entiendo...”

Ya el primer día pudo comprobar lo que le dijo el campesino en la taberna, cuando cansado y sediento como pocas veces antes durante sus vagabundeos por Europa, llegó al cruce de caminos donde un cartel escrito en dos idiomas, rumano y húngaro imposible de pronunciar, indicaban el nombre de la aldea a la que había llegado. Entró al primer boliche que encontró a la vera del camino para calmar la sed y averiguar por un lugar donde hospedarse. “A veces doña Vilma, que vive sola, alquila muy barato una de sus habitaciones, pregúntele nomás... con toda confianza... ¡Además, cocina muy bien!”, le dijo el lugareño en rumano con una amplia sonrisa adornada de algunos dientes esporádicos, luego le indicó como podía llegar a la casa.

Héctor encontró fácilmente la casa de Doña Vilma y pudo llegar fácilmente a un acuerdo con ella por un monto de pago de alquiler que le pareció prácticamente irrisorio. No necesitaba mucha intuición para darse cuenta que en el pequeño mundo cerrado de esta aldea le iba a ser imposible robar, mendigar o trabajar en negro. Por eso, el poco dinero que llevaba consigo lo usó para pagar el alquiler y para una comida por día, hasta poder cumplir con el único objetivo de su venida: subir a las montañas de Transilvania, encontrar un lugar donde sentarse y quedarse allí... Lo demás no lo sabía, ni tampoco le importaba.

Luego de un sueño insólitamente tranquilo, al entrar por la mañana en la cocina se sorprendió al ver que la mesa ya estaba preparada para el desayuno, con el mantel repleto de manjares, algunos conocidos, otros que jamás había visto ni probado. El té, el café, la leche y el jugo de frutas fueron precedidos por el vasito de licor de arándanos casero preparado por la dueña, que en los días siguientes, al igual que el café negro, formó parte de un rito común y repetido, ofrecidos generosamente por doña Vilma no solamente antes del desayuno, sino también antes del almuerzo y de la cena.

Ella lo invitó a sentarse, mientras le mostraba uno por uno los diversos platos. Héctor se quedó inmóvil sin saber que decir mientras contemplaba lo expuesto en la mesa.

“Esta mesa tan surtida y succulenta me hace recordar esos boliches que tantas veces vi en los barrios bohemios de las ciudades de Europa, o en las callejuelas de Atenas, donde los mercachifles te ofrecen porquerías de todo tipo, tamaño, color... Pero acá, la variedad no está en los cachivaches, sino en las comidas... ¿Que carajo es todo esto?... Hay dos... no, tres tipos de pan casero, y tres de queso, mmm... ¿también ricota hecha con leche de cordero? Panceta gorda, fiambres varios, huevos revueltos, tomates, morrones, pepinos frescos y claro, no puede faltar la manteca, el dulce de damascos y de ciruelas, además del pote de miel... ¿Cómo hago para comer todo esto?” – se decía Héctor sin poder apartar la vista de la mesa – y agregó en voz alta:

- Doña Vilma, yo no puedo comer tanto...
- ¡Pero sí que puede, esto no es mucho!... – respondió la dueña con expresión de incredulidad algo fingida, pero muy decidida- Veo que usted tiene todavía un organismo joven y fuerte, pero también es evidente que está muy delgado, necesita comer para recuperar su peso. Unos kilos más le van a quedar bien, ya verá. Además,

todo lo que ve acá es casero, el pan, los dulces y los quesos los hice yo misma, las verduras son de la huerta, los fiambres, la panceta y la leche son del vecino que todavía cría algunas vacas y cerdos, la miel es de acá, de nuestra aldea. El té está hecho con hierbas medicinales que junté en el prado, ese que ve a través de la ventana... allí a lo lejos, al pie de la montaña, ¿lo ve? El café y el azúcar, por supuesto, son lo único que compré en el almacén. ¡Así que puede comer con toda confianza!” - remató doña Vilma riéndose y animándolo con la mano a servirse- Mire, yo lo acompaño mientras charlamos un rato, después nos tomamos un cafecito juntos... Adoro el café negro, ¡es mi único vicio!”

-

El invitado, que con una voluntad propia tan tozuda como planificada, durante toda su vida había seguido su camino evitando a cada paso cualquier influencia de otros sobre sus decisiones, ahora no pudo menos que sentarse a desayunar sumiso y rendido, no tanto por cortesía, sino porque realmente estaba hambriento, y todo lo que lo estaba esperando en la mesa lo atraía con un poder que no podía ni quería combatir ni rechazar. Tal vez era la primera vez en su vida adulta, que se sentaba a la mesa para llevarse un bocado a la boca no sólo para cumplir una necesidad biológica y de supervivencia, sino dejándose llevar por la promesa y la atracción de un placer perdido hacía mucho tiempo, en su niñez.

Las comidas de doña Vilma se repitieron día a día durante el tiempo que permaneció en la aldea de nombre húngaro imposible de pronunciar, y cuando Héctor estaba ausente por haberse ido a deambular por las montañas, doña Vilma siempre lo esperaba despierta para advertirle que tenía la cena lista en la heladera, sólo había que calentarla. Durante las comidas, por lo general se quedaba a su lado, pero si veía que Héctor permanecía en silencio ensimismado en sus pensamientos, se alejaba discretamente a atender las gallinas, a trabajar en su jardín o a descansar. Luego se sentaban a charlar y tomar café en la galería, aunque por lo general era la mujer la que le contaba episodios de su vida a él, que a su vez, raramente y cuando no se limitaba a hacer alguna pregunta o a responder por pura cortesía, le relataba los pocos hechos de su vida que no tenía porqué ocultar.

En esas charlas, casi sin darse cuenta, comenzó a descubrir una sensación hasta entonces desconocida en él, y que más tarde volvió a desaparecer por completo sin dejar huellas. Empezó a experimentar algo nuevo: la vergüenza. Se sentía incómodo y temeroso como un niño descubierto repentinamente en falta, al rozar en sus relatos algunas situaciones o episodios que de ninguna manera quisiera que doña Vilma se enterara. Y como en él la distorsión de los hechos, la manipulación y la mentira por conveniencia eran los instrumentos adoptados para

una estrategia de supervivencia, no le costaba mucho esfuerzo encontrar desvíos falsos en sus relatos, construyendo la trama de las historias de manera que no causara mala impresión ni actitud de rechazo alguno en su anfitriona. Lo novedoso es que esto le dejaba un dejo de sabor amargo en la boca y un mal humor que solamente la risa y la presencia de ella, el contorno acogedor e indulgente de la naturaleza aliviaba, sacándolo de un pozo del cual se resistía ver el fondo.

El entorno, la aldea con sus habitantes, las ofrendas de una naturaleza tan magnánima, pero por sobre todo la personalidad de doña Vilma, su actitud tan fuerte como natural y positiva frente a la vida que le tocó, su forma de comportarse de acuerdo con todo lo que la rodeaba, fueron los que más tarde, en el corto trecho del final de su vida hicieron de su estancia en Transilvania la única época con presunciones de felicidad y de paz, la única etapa de su existencia que le hubiese gustado vivir otra vez y por siempre.

- Ya que mira tanto esa foto donde estamos juntos con don Esteban... ¿quiere que le cuente algo de él? ¿Sí? Bueno... por ejemplo, mire esta otra... fue tomada cuando cumplimos 45 años de casados, tres años antes de su fallecimiento. Está sacada acá en la cocina, en una cena con nuestros dos hijos, sus parejas y los nietos. ¡Imagínese! ¡Todos ellos me sorprendieron con un regalo insólito que yo ni me imaginaba! Le explico... Como con don Esteban no nos pudimos casar por iglesia porque él estaba separado... -¡eran otros tiempos!- tampoco usamos anillos de compromiso. Y en esta foto, cuarenta y cinco años después, don Esteban me vuelve a pedir la mano... y fíjese en esta otra foto, acá, ¿lo ve?... ¡me está poniendo en el dedo el anillo de oro que nunca tuve! Me lo dio llorando... y yo también me largué a llorar.

En este punto dona Vilma se detuvo un instante y se secó una lágrima que pugnaba por asomarse de sus ojos. Luego, recuperando su picardía femenina innata prosiguió...

- Don Esteban toda su vida fue así de delgado como usted, como mi dedo meñique... y solamente cuando ya se puso mayor, tal vez quince o veinte años antes de esta foto, le creció la barriga – con sus manos mostró como le debía haber crecido el vientre a su marido, y agregó ensimismada en algún recuerdo agradable. -¡Le quedaba tan lindo!

Héctor mismo, varias veces, mientras tomaban el café en la galería o una copita de aguardiente de arándanos bajo el parral, le pedía a doña Vilma que le contase otras historias de don Esteban...

- ¿Sabe, Héctor? Antes, en esos tiempos el marido era dueño y señor de la casa, su palabra, deseos y órdenes eran indiscutidos. Yo esto ya lo sabía, y en los primeros años de nuestra vida conyugal me comporté como debía comportarme, o sea, como una esposa sumisa, obediente y hacendosa... Pero con el tiempo lo fui cambiando, y llegó el día cuando a la mañana, antes de ir a trabajar al campo él me traía el café a la cama. La primera vez que se lo pedí me tomó el pelo trayéndome el café... ¡a las cuatro de la madrugada!... Al principio me enojé porque me había despertado cuando todavía estaba todo oscuro, pero al final terminamos riéndonos y jugando en la cama. Usted no lo sabe, pero en la aldea esto era una cosa insólita, yo era la única señora que tomaba el café en la cama, para colmo servido por su propio marido. Y eso, a pesar de que don Esteban, al principio, miraba al café con desprecio, el desayuno bien abundante y nutritivo que yo le preparaba lo acompañaba sólo con aguardiente y a veces una taza de té. (En este punto del relato Héctor pensó “*lo de abundante me lo puedo imaginar perfectamente*”) No, el café durante mucho tiempo no quiso ni probarlo, pero bueno, al final él también se acostumbró y lo tomábamos juntos.
- ¿Y como lo pudo acostumbrar?
- Le cuento... don Esteban a veces era como un niño... Él ya venía sospechando que, por la mañana temprano, cuando después de desayunar se iba a trabajar al campo, yo esperaba que se cruce mi amiga, la vecina de enfrente. Entonces, las dos preparábamos un café, ella encendía un cigarrillo y nos poníamos a charlar un rato antes de dedicarnos a nuestros quehaceres, que no eran pocos. Por esa época mi enfermedad... ya le dije que soy diabética, ¿o no?...bueno, todavía no era tan grave y yo también tomaba el té o el café con bastante azúcar. En una ocasión, una vez listo el cafecito, mi amiga encendió su cigarrillo y las dos nos dispusimos a disfrutar de nuestro momento. Pero ese día, ya al tomar el primer trago tuvimos que escupirlo asqueadas... ¡estaba horriblemente salado! Ninguna de las dos podía entender como había ido a parar la sal al pote de azúcar, hasta que por la ventana lo vimos a don Esteban que desde el gallinero también nos observaba desternillándose de la risa. ¡Él había cambiado el

azúcar por la sal para darnos una lección! Le dije... era como un niño, ¿no le parece? Al final, después de enjuagarnos la boca, porque sí nomás, para que no se salga con la suya, preparamos otro café y lo invitamos a él también... sí, claro, a don Esteban. Él todavía riéndose entró a la casa, y ese día por primera vez, probó el café. ¿Que si le gustó? ¡Claro que le gustó! Cómo no le iba a gustar... ¿Usted conoce a alguien que no le guste un café bien negro y bien calentito a la mañana temprano, antes de que salga el sol? En resumen... don Esteban se dio el gusto de hacernos esta broma, y tal vez fue justo eso lo que lo reconcilió con la situación y con el café. ¡Nadie puede decir que no sabíamos divertirnos! Pero claro, en cuanto a sus gustos por la bebida él no era diferente a los demás varones, no sólo de nuestra aldea, sino de toda la zona... o sea: aguardiente, vino, cerveza... en ese orden de preferencia. Y por eso él también, al igual que todos los hombres, se juntaba en la taberna de la aldea una o dos veces por semana para tomar alcohol y charlar temas de ellos, cosas de hombres junto con sus amigos y vecinos, todos varones, claro. En esas ocasiones normalmente volvía a casa más tarde y bastante iluminado... ¡pero nunca borracho del todo! Una sola vez se le fue la mano con la bebida... le cuento... esa vez dejó la taberna bien pasada la medianoche. Como ya era muy tarde y por el brillo de la luna llena la noche no estaba tan oscura, decidió cortar camino por las huertas. Saltando el cerco de una casa que está un poco más allá de la esquina se trastabilló, cayó al suelo y se quedó dormido allí tirado durante unas horas. Cuando finalmente llegó a casa se acostó de inmediato, y sólo al despertarse se dio cuenta que había perdido su dentadura postiza. Averiguando entre sus amigos, le dijeron que en efecto, un muchacho vecino que también había regresado después por el mismo camino, la había encontrado. Así que don Esteban lo fue a buscar, reconoció su prótesis, y sin siquiera enjuagarla se la colocó inmediatamente en la boca mientras le agradecía al muchacho por haberla encontrado, pero sin darle tiempo para que él le pudiese aclarar que la prótesis la había encontrado medio hundida en el estercolero. ¡Ay, querido Esteban!... ¡Mi Dios, que manera de reírnos cuando me lo contó!!!!

- ¿Quiere saber más sobre él... como era? Era un hombre de los de antes, íntegro, recto... no hablaba mucho, pero siempre con las palabras justas y necesarias. Lo respetaban, confiaban en él y lo querían, porque en su profesión de carnicero de la aldea nunca estafó a nadie, era honrado hasta la médula. Amaba el campo y a sus animales y, hasta sus últimos días, el valor de cualquier cosa lo medía no en dinero, sino en cabezas de ganado. Cuando nuestro hijo mayor se compró su primer auto, un Dacia usado, el padre le preguntó: ¿y cuantas vacas te costó?

- Para que se haga una idea de cómo pensaba y actuaba don Esteban, su sabiduría y su humor parcos y sin estridencias, le cuento que cuando vinieron los representantes del gobierno democrático popular para expropiar las tierras de los campesinos e incorporarlas a la Cooperativa, (que ellos pensaban era una solución más justa y productiva) convocaron a todos los habitantes de la aldea en la Casa de la Cultura. Allí debían formar largas filas delante de un escritorio repleto de papeles, documentos que ellos debían firmar concediendo “voluntariamente” sus campos y sus animales a la Cooperativa, “para el bien común”... así les decían. Cuando le llegó el turno a don Esteban, él se paró bien derecho y orgulloso delante del secretario del partido de la zona, y le preguntó con voz firme y decidida: “Dígame, “camarada”... esta cooperativa, como la llaman ustedes ¿será redonda, como un círculo, o derecha como una línea recta?” – ¡Pero don Esteban! ¿Cómo se le ocurre? –dudó el secretario, pero como sabía de la astucia innata de los hombres de Transilvania, con mucha prudencia eligió la segunda versión – “Por supuesto que será derecha y recta”- respondió. “Ah! Muy bien, entonces firmo” –y diciendo esto estampó su nombre en el documento que le quitaba “voluntariamente” lo que era suyo. Al darse vuelta para alejarse y dejar el puesto libre delante de la mesa al próximo campesino, el secretario, que se había quedado con la espina, le preguntó: “¡Espero un momento don Esteban! ¿Porqué antes de firmar preguntó si la Cooperativa iba a ser redonda o derecha?” Y entonces mi marido, mirándolo bien fijo a los ojos le respondió: “Porque la línea circular da vueltas y vueltas, y sigue dando vueltas sin terminar nunca, en cambio la línea recta siempre tiene un punto final, así que, si la Cooperativa será como la línea recta, seguro que tarde o temprano también tendrá su final, se acabará, y todo volverá a la normalidad, como siempre fue, y como tiene que ser”. Con esto, se colocó su gorro de piel, y orgulloso como un duque, con el aplomo y seguridad en sí mismo que era uno de sus rasgos característicos, salió del recinto entre las risas cómplices de sus vecinos y las miradas desorientadas del secretario y de los otros “camaradas”... Pero como puede ver, don Esteban, como siempre, tuvo razón. Cayó el régimen del gobierno popular, y todo volvió a la normalidad... Bueno, no exactamente, porque si bien a los campesinos los compensaron por las pérdidas sufridas, por las expropiaciones, y sí, recuperaron sus tierras, en muchos casos no fueron las mismas, las que habían sido suyas, sino otras menos fértiles y más alejadas de la aldea. ¿Por qué? Porque aquellos que saben cambiar de disfraz en el momento oportuno, los veletas, se quedaron con las mejores parcelas, las más fértiles y las que están mejor ubicadas. Sí, aquellos que

siempre atropellan a los demás para estar lo más cerca posible del “reparto”, y aunque a los codazos, saben aprovechar la ocasión para pescar con éxito en el río revuelto. De todas maneras, la Cooperativa se esfumó sin pena ni gloria, y aquí tiene hoy a los propietarios trabajando nuevamente en lo que ellos saben y como lo hacían antes, del día a la noche, desde antes que amanezca hasta después que se pone el sol. Porque el amor a la tierra lo llevan metido en la sangre, ya antes de nacer lo heredaron de sus padres, de sus abuelos, bisabuelos.

Algunos días después que Héctor había llegado a la aldea, un atardecer volvía de una caminata por la ladera de la montaña que se convertía mansa y gradualmente en praderas onduladas salpicadas generosamente de todo tipo de plantas y flores coloridas, muchas de ellas medicinales. Más abajo comenzaban los sembrados de trigo, maíz, y finalmente como prolongación ascendente de las primeras casas las huertas de hortalizas, coles, tomates, etc. todo lo necesario para poder preparar las magníficas y nutritivas comidas típicas del lugar y preparar también las conservas caseras para enfrentar el prolongado y duro invierno. Doña Vilma, con una pañoleta en su cabeza, sin el delantal de cocinar y bien vestida, justo entonces salía de la casa y ya se disponía a cerrar el portón de entrada cuando vio acercarse al muchacho.

- ¡Buenas tardes, Héctor! Voy al cementerio a colocar estas flores en la tumba de don Esteban. ¿No quisiera acompañarme? Me gustaría mostrarle la hermosa lápida nueva de mármol que encargué, y que por fin ya está en su lugar.

Héctor odiaba y por eso evitaba los cementerios, y nunca se había formulado ninguna pregunta ni cuestionamiento sobre la muerte, como si fuese algo que no a él no lo atañase. Todos se mueren, y en algún día de un futuro lejano y desconocido él también iba a morir. Pero en el permanente ahora y acá en el que Héctor vivía, la muerte estaba tan lejana, que consideraba era una estupidez tomarla en cuenta. Mientras uno siga respirando... ¿qué importa lo demás? De todas maneras y a pesar de su aversión, viendo la expresión ansiosa de la señora y cediendo a su insistencia aceptó la invitación, y como dos buenos amigos empezaron a caminar en dirección al cementerio. Doña Vilma, por el dolor crónico de una pierna iba más lento, y en un momento, como la cosa más natural del mundo se agarró del brazo del muchacho, algo que al principio lo hizo sentir incómodo y bastante molesto. Luego recordó que ella le contó que en la época cuando trabajaba en la cooperativa, había tenido una fractura en un tobillo, y que por haber sido mal curado, tuvieron que volver a fracturar el hueso para enyesarla correctamente.

Desde entonces siempre sufría dolores al caminar, además, era diabética, debía inyectarse insulina dos veces por día, así que, superando su molestia dejó que ella se agarrase de su brazo y siguieron caminando a paso lento. Un vecino que los vio a los dos juntos les gritó incrédulo y riéndose:

- ¿Paseando, doña Vilma?
- ¿Por qué me preguntás? ¿Te sorprende? –respondió ella- ¿Acaso me vistes pasear alguna vez?
- ¿Yo? Nunca... ¡Estoy seguro que no!
- Pues bien, ¡Ahora me ves! Sí, estoy paseando.
- ¡Ja, ja! Entonces, ¡adiós... y que lo disfrutes! –cerró el diálogo el hombre, y se alejó meneando la cabeza todavía sin poder convencerse de una realidad hasta entonces nunca vista.

En el cementerio, doña Vilma le mostró la tumba de mármol negro con el nombre de don Esteban, y enseguida comenzó a acomodar las flores en las macetas que estaban sobre y a los dos costados de la lápida.

- ¿Podría llenar de agua esta regadera, por favor? –le pidió al muchacho- Mire, allí nomás está la canilla.
- Sí, claro.

Héctor agarró la regadera y caminó unos pasos hasta donde estaba la canilla con una manguera enrollada. No sabía que desde el pozo, la bomba hacía subir el agua con mucha presión, y por eso, al abrir la canilla, la fuerza del chorro hizo que se le escapase la manguera de la mano, y antes de poder reaccionar y de sujetarla bien, el agua ya lo había empapado de la cabeza a los pies alcanzando también a doña Vilma que unos pasos más lejos, inclinada, arreglaba las flores. Por el impacto inesperado del agua helada, la mujer durante un momento se quedó sin aire y sin palabras, pero de repente se enderezó estallando en carcajadas.

- ¿Que es esto? ¿Que pasó? ¡No lo puedo creer! Pero... ¿Qué ha hecho, Héctor? ¡Me ha mojado por completo! ¡Estoy toda empapada!

Su risa incontenible se le contagió también a Héctor, que al principio se había quedado confundido y sintiéndose un inútil, sin saber que hacer ni que decir. Durante un largo rato las carcajadas de los dos rodaron por todo el cementerio escandalizando a los vivos y a los muertos, que hasta ese día sólo habían sido testigos de llantos, dolor, desesperanza y duelo.

Otra noche, luego de la cena, mientras Héctor disfrutaba del aguardiente de arándanos, doña Vilma le contó algunos episodios de su vida que, tal vez, fueron los que motivaron el llegar a percibir dentro de sí mismo una sensación indefinida de apego hasta ahora desconocida, una sensación insólita que nunca antes había experimentado proyectada desde y hacia alguien fuera de él mismo.

- ¿Vio ese apisonador de tomates allí, arriba del armario de la cocina? ¿Lo vio?... Bueno, tiene su historia. Como ya le conté, yo me casé muy jovencita, tenía sólo 17 años cuando me comprometieron, y el día que don Esteban vino a pedirle mi mano a mis padres, ellos me mandaron afuera, a la calle –“*Vilma, andá a jugar con tus amigas mientras nosotros charlamos con don Esteban*”- Me lo ordenaron para que... entiende... ¿no? Mientras yo jugaba en la calle... ¡ellos consumaban el trato del casamiento! Pero no... yo también tenía mi carácter, y por ese entonces me gustaba mucho un muchacho de mi edad que justo me había invitado para ir el sábado al cine de la ciudad. Por eso, cuando mis padres me notificaron del trato, lo primero que hice fue negarme rotundamente. Y como en realidad era todavía prácticamente una niña, además bastante ingenua, sin encontrar ninguna otra excusa válida que pudiese justificar mi negación, lo único que atiné a confesarles que “*Eso es imposible, porque mi amigo me invitó para ir el sábado al cine*”. Entonces mi madre me respondió “*Está bien, de acuerdo, te dejamos ir al cine, pero con la condición de que a cambio, aceptes la propuesta de casamiento de don Esteban Bíró*” Sin pensarlo dos veces, chocha de poder encontrarme con ese muchacho que me gustaba, acepté el trato. Por supuesto que una vez que acepté casarme con él, ya no me permitieron ir al cine ni encontrarme con nadie más, porque desde entonces yo era formalmente la novia, la prometida, la futura esposa de don Esteban.
- Cuando cumplí los dieciocho nos casamos y me vine a esta casa, donde vivía también mi suegra, que era ya muy ancianita. Era invierno, y justo ese año durante unas semanas llegó una ola de frío excepcional, con temperaturas constantes de más de 10 grados bajo cero. Por eso, para no tener que consumir tanta madera, mi marido decidió

usar una sola de las habitaciones (ya se habrá dado cuenta que hay una estufa a leña en cada uno de los ambientes) Nos mudamos entonces a la habitación del medio, la más caliente, que por supuesto, era la habitación de mi suegra. Mi marido corrió el ropero que estaba contra la pared hacia el medio de la habitación, para separar de este modo las dos camas, la nuestra matrimonial de un lado y la cama de la anciana del otro. Apenas unos días después de mudarnos a esa pieza, una noche, a mi marido le vienen las ganas de hacer eso que hacen todas las parejas recién casadas... ¿Me entiende, no? Y claro, él era mi marido, reclamaba sus derechos y yo no lo podía rechazar... Así que se dio lo que tenía que darse... A mí me daba un poco de vergüenza, ya que del otro lado del ropero dormía mi suegra, pero mi marido seguía y seguía como si nada. A pesar de algunos intentos que hice para calmarlo un poco, llegó un momento en el que don Esteban ya no pudo controlar los impulsos de la pasión, y sin poderlo evitar, los movimientos y los sonidos comenzaron a exceder la prudencia que hubiese correspondido en esta situación bastante delicada. En un momento dado primero una de mis piernas golpeó, luego los dos chocamos contra el ropero haciéndolo tambalear sacudiendo todo lo que tenía arriba. Porque imagínese, arriba del ropero entre otras cosas, valijas, cajas, etc. también había una gran palangana de loza dada vuelta y sobre esa palangana estaba... ¡el apisonador de tomates de mi suegra! El ropero movió la palangana, la palangana al apisonador de tomates, que cayó al suelo con un estrépito que nos dejó a los dos mudos y completamente paralizados. Nos quedamos unos minutos en absoluto silencio, sin movernos por temor a haber despertado a la pobre anciana. Pero ella estaba, o se hacía la dormida. Sea como sea, no dio ninguna señal de haberse dado cuenta de nuestro accidente amoroso. Desde entonces odié al apisonador de tomates como a ninguna otra cosa en el mundo. Pero como era de mi suegra no me animaba ni a tocarlo. Al poco tiempo mi suegra murió, y yo pasé a ser la “Señora” con mayúscula, ama y reina de la casa, y por supuesto, una de las primeras cosas que hice fue agarrar el apisonador y arrojarlo por la ventana lo más lejos posible. Nunca más lo vi, seguro alguien lo encontró y se lo llevó, cosa bien rara porque acá en la aldea nadie se apropia de lo que no es suyo. Y bien, este que usted ve sobre el armario no es el original, es uno igualito que nos trajeron de regalo unos amigos después que con don Esteban les contamos la historia.

Una lámpara exterior de luz débil y amarilla iluminaba apenas el lugar donde estaban sentados los dos frente a frente, mientras fluían estas historias de vida. Hacia el final del relato

la luna llena terminó de asomarse detrás de una nube, y atravesando las hojas del gran árbol de moras del jardín, reflejó su luz plateada en el rostro de dona Vilma. En ese momento, Héctor pudo percibir de una manera vaga la expresión peculiar de esta mujer ya anciana, que llevaba grabada en su rostro cada uno de los días de toda una vida, horas, minutos y segundos de trabajo, de alegrías, sufrimientos, amor, de dolor, tal vez angustias, como en el caso de su primer hijo muerto apenas nacido... y también de paz... ¿Paz? ¿Que tenía que ver la paz con Héctor? Si Héctor alguna vez conoció o captó algo sobre el concepto de paz, fue precisamente en esa única noche, tal vez apenas la presintió grabada en doña Vilma, en sus ojos cansados pero aún llenos de amor a la vida. Intuyó la paz en su rostro translúcido y hermoso, sin edad, porque tal vez premeditadamente ella misma no había permitido rendirse a los acosos de la vida, o probablemente porque allí, en ese lugar de Transilvania, las cosas eran así de simples y no daba lugar para nada negativo, ningún odio, ningún rechazo, ninguna mala intención o interpretación aviesa, envidia, vanidad o egoísmo. El mundo de doña Vilma no era el paraíso terrenal, ni tampoco su vida era un cuento de hadas, era simple y sencillamente vida pura que siempre fluía de manera natural y sin cuestionamientos inútiles, así como corren los ríos llevando y trayendo, alimentando y eliminando en sus tramos arrasantes, para luego moderarse y reponer fuerzas en sus remansos, siempre a pleno y sin detenerse nunca hasta llegar a su destino, hasta llegar al mar. Héctor, durante un largo rato se quedó abstraído y subyugado no sólo por las palabras que fluían de los labios de su anfitriona, sino por la persona misma, y también por todo el mundo que los rodeaba y que parecían tan en concordancia, tan en comunión con ella, a un grado tal, que no se podía imaginar la separación del hombre y el contexto. Sin embargo, doña Vilma con el siguiente relato también le reveló que su espíritu y sus ojos siempre estuvieron abiertos y alertas a lo que la vida le ofrecía.

- Sí, don Esteban era un hombre de los de antes, con todos sus errores y sus virtudes, pero un hombre de verdad. Era feliz acá, trabajando y disfrutando de todo lo que formaba parte de él, sus animales, la tierra, su trabajo, sus hijos y nietos, sus amigos. Se resistía a todo lo nuevo, a todo lo moderno, a lo que venía de afuera y que no conocía, él temía que podrían poner en peligro o cambiar sus días, sus costumbres. Pero yo no, yo siempre fui curiosa y me gustaba descubrir cosas nuevas. ¿Ya le conté cuando compré el primer televisor? ¿No?... ¡Ah! Si hubiese sido por mi marido nunca, tal vez ni ahora tendría televisor. Bueno, empiezo desde el principio. Como ya le conté... ¿se acuerda?... cuando yo era todavía joven y trabajaba en la cooperativa, tuve una caída accidental y me quebré el pie, justo a la altura del tobillo. En el hospital de

la ciudad me lo enyesaron y luego me enviaron a casa. Estuve un mes en cama, pero cuando por fin me sacaron el yeso, no me podía poner de pie a causa del dolor. Volví al hospital, y allí me sacaron otra radiografía donde se veía muy clarito que me habían enyesado mal. Los médicos tuvieron que quebrarme nuevamente el hueso para poder poner todo bien en su lugar. Pero ya no pude volver más a la cooperativa, porque allí mi trabajo me exigía mucho esfuerzo físico que obviamente, con el tobillo lesionado ya no podía realizar. Entonces me dije... ¿Y ahora que hago? El dinero nunca alcanza, y después de hacer las tareas de la casa y de ocuparme de los animales me quedaba algo de tiempo libre. Siempre me gustó coser, así que primero empecé cosiendo para mí, para mi marido y mis dos hijos, más tarde para algunas vecinas. Con el tiempo ya venían señoras de la ciudad para encargarme vestidos, polleras, arreglo de pantalones y camisas... yo cosía de todo y lo que no sabía, lo aprendía rápido. Entre toda esa gente que me encargaba algún trabajito, con algunas establecí buenas relaciones, tuve nuevas amigas. Un día, una señora bien acomodada de la ciudad, que necesitaba un vestido nuevo y con la que nos hicimos muy amigas, me anunció que en el próximo verano se iba a ir de vacaciones a Suiza con su marido y con su madre que ya era bastante anciana. Por eso necesitaba alguien que pudiese cuidarla y atenderla, y así ella pudiese tener más tiempo libre para estar y salir junto con su marido. Me preguntó si no querría ir como acompañante de su madre, y que en ese caso ella me pagaba el pasaje, la estadía y un buen salario. No dudé mucho, y le dije que sí, que me gustaría ir con ellos... Enseguida pensé que después ya me iba a arreglar para explicarle a don Esteban lo bien que nos vendría ese dinero extra. Pero le digo sinceramente, más que el sueldo, lo que me atraía era conocer un país más allá de la frontera, del otro lado de la cortina de hierro, algo que en esa época muy pocos se podían permitir. Bueno, me fui... Y sí, me gustó... Todo muy lindo, pero nunca sentí la necesidad ni el deseo de quedarme allí. Visitar lugares nuevos, desconocidos, conocer, eso sí, pero nada más. Más tarde, en otras dos oportunidades, viajé con la señora al exterior acompañando a su madre a Alemania y a Hungría, y siempre esperaba el momento de volver a casa. Ah! Sí, al asunto del televisor... Después de volver del viaje a Hungría, a Budapest, donde vi que todos, hasta las habitaciones del hotel tenían televisor, una noche le pregunté a don Esteban... “¿Y nosotros, porqué no tenemos televisor?” Me miró estupefacto: “¿Televisor? ¿Para qué necesitamos nosotros televisor? ¡Que cosas se te ocurren Vilma! Ese aparato es para los que no tienen nada que hacer y siempre se aburren. ¿Acaso nosotros nos aburrimos alguna vez?” Tuve que reconocer que no,

evidentemente nunca. Pero de todas maneras, sin decirle nada, comencé a averiguar dónde y por cuanto se podía conseguir un televisor. Haciendo cálculos supe que traerlo desde Hungría en definitiva me iba a salir más barato que comprarlo en la ciudad, además, allá se podían conseguir aparatos de diferentes marcas, y como tenía un vecino que era chofer del ómnibus a Budapest, fui juntando plata hasta que reuní el monto del televisor, además de una suma para darle al agente de aduana... claro, para que cierre los ojos en el caso de descubrir el televisor en el ómnibus. ¿Por qué? Pues porque en esa época todavía no era nada fácil pasar por la frontera artículos domésticos o cualquier otro artefacto eléctrico. Mi vecino hizo como yo le dije, en Hungría compró el televisor, y a la vuelta lo pasó por la aduana con tanta suerte que el guardia ni se dio cuenta donde estaba oculto. ¡Ja! Me ahorré la suma del “soborno”. Cuando llegó a la aldea, después de aparcar el ómnibus y de advertir a los pasajeros que no iba a tardar mucho, bajó la caja con el televisor y lo trajo a pie hasta el portón de la casa. Justo ese día yo no estaba, y a los gritos del chofer salió don Esteban para ver quien era el visitante y que es lo que quería. “¡Hola! –lo saludó amablemente, porque lo conocía bien- ¿Qué traes en esa caja?” –“Buen día, don Esteban, traje el televisor” –respondió el chofer- “¿Qué televisor?” “El que me encargó doña Vilma, lo traje de Hungría, estaba en oferta, y tuve la suerte de no tener que pagar nada para que lo dejen pasar la frontera”. “¿Televisor? –volvió a preguntar don Esteban frunciendo rigurosamente las cejas- Acá, en mi casa no entra ningún televisor, ¿podés llevarlo de vuelta allá de donde lo trajiste!” – “¡Pero no puedo devolverlo, eso es imposible! ¿Y ahora qué hago?” Don Esteban terminó la conversación de manera tajante, inapelable. “¡Yo qué sé... tiralo al arroyo! Hacé con él lo que te den las ganas, pero te repito, acá no quiero ver ningún televisor” – Y con esto pegó la vuelta y volvió a entrar en la casa. El chofer entonces decidió ir hasta la casa de nuestro hijo mayor, que da al fondo de nuestra casa, allí, justo atrás del granero. A mi hijo le explicó la situación: “Doña Vilma me encargó que le traiga un televisor de Hungría... lo conseguí a muy buen precio, además, sobró dinero. Mire, acá está, pero don Esteban no me deja que lo entre a la casa, ¿Qué hago?” Mi hijo que conocía muy bien a su padre y por supuesto a mí también, le contestó “Tranquilo, dejá aquí el televisor junto con el sobre con el dinero, doña Vilma se hará cargo” Así fue, al otro día el televisor ya estaba acá, sobre la mesita, al pie de nuestra cama. Y don Esteban también se acostumbró, primero miraba nada más que los noticieros, los deportes, después los programas de esparcimiento, y al final también nos divertíamos de lo lindo mirando juntos las telenovelas. Lo más

cómico fue que a los pocos días, cuando mi marido tuvo que ir a la ciudad en ómnibus, durante el viaje los vecinos le tomaron el pelo bromeando entre ellos: “¿Sabes que el chofer del ómnibus que va Hungría está muy enfermo, apenas puede caminar por el dolor en la espalda? ¡Tal vez lo tengan que operar de la columna!!!” Y cuando don Esteban les preguntó intrigado: “¿Porqué? ¿Que le pasó? ¡Si hace apenas unos días lo vi, y él estaba bien!” ellos le respondieron entre carcajadas: ¡“Se dislocó la columna recorriendo toda la aldea con un televisor a cuestas buscando a doña Vilma para poder entregárselo!”

Héctor permaneció casi dos meses en la aldea como huésped de doña Vilma, hasta que llegó un día en el que lo asaltó nuevamente y de manera desprevenida el hastío y la tentación irresistible de irse. Pero en esta oportunidad experimentó algo nuevo. Un dolor interno sordo y amargo provocado por una sensación que le venía de muy adentro llenándolo de inquietud y de inseguridad. Presentía que de alguna manera, iba a abandonar un mundo que, sin poderlo definirse, lo había colmado como nada en ningún momento de su vida. Y no podía más que aceptar la certeza que este mundo era indudablemente el más real y más atrayente que había conocido. Pero también sabía que era un mundo con el que él no tenía ninguna afinidad, no era el suyo ni lo iba a ser nunca, jamás.

A la mañana siguiente doña Vilma lo esperó en vano sentada ante la mesa preparada para el desayuno. Gracias a la sabiduría que se le había impregnado a lo largo de la vida aceptó, aunque con tristeza, pero sin enojo ni rencor, la ausencia de Héctor. Sabía bien que a las personas había que aceptarlas como eran, y no como a ella le gustaría que fuesen. Y a pesar de saberlo bien, nunca pudo llegar a entender porqué Héctor se había ido sin siquiera despedirse.

Sexta escena

El regreso

Después de estar viviendo en el viejo continente durante más de una década, deambulando de país en país sin objetivos ni metas, sin anclar en ninguno y sin establecer ninguna relación permanente, Héctor volvió a su país de origen. Nunca se le ocurrió usar la palabra “patria” para referirse al lugar donde había nacido, crecido, se había hecho hombre y vivido la mayor parte de su vida, donde durante su juventud había estudiado, luego luchado, matado y también sufrido las tribulaciones de la cárcel, la soledad, el dolor y la tortura. Supo que el volver a pensar en su país natal y el tomar la decisión de volver, no fue motivado por ninguna emoción ni sentimiento de añoranza, lealtad, ningún recuerdo agradable, ni siquiera cansancio físico o emocional. Simplemente llegó un momento en su vida en el que ya no quiso seguir adelante, en el que se convenció de que el mundo más allá de sus narices ya no le deparaba nada que le pudiera interesar. No tenía nada más por conocer o aprender y así, lo mejor que podía hacer era volver allí donde la supervivencia le parecía más sencilla debido a la simple razón de ser más adecuada a él, y justamente por eso, le ofrecía la posibilidad de una mejor adaptación al terreno y a las circunstancias.

Decidido a regresar lo antes posible, llegó en autostop a Budapest donde, con los mismos trucos de siempre, juntó el dinero necesario para seguir en tren hasta París y desde allí finalmente a Ámsterdam, a la ciudad que lo había acogido en el exilio y donde lo habían registrado como refugiado político, al punto de partida de hacía tantos años en su etapa de peregrinaje por Europa. Buscó a Alfonsina, y no se sorprendió en lo más mínimo al ver que ella se había convertido en una exitosa empresaria, propietaria de una cadena distribuidora de productos artesanales latinoamericanos con sede en Ámsterdam y sucursales en Londres, París, Berlín, Viena, incluso en algunos países de Europa del Este. Lo irónico en esta transfiguración de Alfonsina era que, mientras manejaba con éxito la empresa, su dialéctica socio-política seguía siendo la misma de antes, como si el tiempo no hubiese pasado con toda su colección de decepciones, de fracasos y de cambios. A Héctor le hacía recordar un viejo dicho que le sonaba algo así como “A los dieciocho todos los jóvenes son revolucionarios de izquierda, alrededor de los treinta se vuelven capitalistas” y se acordó también de la famosa frase cínica de Winston Churchill *"Quien a los 20 años no sea revolucionario no tiene corazón, y quien a los 40 lo siga siendo, no tiene cabeza"*

Alfonsina, al tener “*cabeza*” representaba en el nivel de sus posibilidades lo que oyó de labios de una estudiante universitaria polaca patriota que, en la gran plaza del mercado de Cracovia, en perfecto castellano, guiaba a un grupo de turistas de habla española y al cual él también se plegó sin pedir permiso y tratando de pasar desapercibido.

- “Todos los que en el antiguo régimen eran prominentes del partido comunista, ahora son millonarios, bancarios, hombres de negocios, grandes empresarios que detrás del telón, todavía siguen empecinados en manejar los hilos, tener el poder. En cambio, los héroes anónimos de nuestra independencia, los que en el antiguo régimen fueron perseguidos, encarcelados, excepto algunas medallas, diplomas de reconocimiento apenas simbólicos, con suerte sólo pudieron obtener una pensión miserable que no les alcanza ni siquiera para una subsistencia digna. Podemos sostener que esto es algo absurdo, grotesco o trágico ¿no es cierto? Pero es la realidad, y no crean que esto sucede solo acá, en Polonia... No, es común en todos los países del Este que quisieron “construir” el nuevo mundo donde todos serían iguales, todos tendrían las mismas posibilidades. Pero en ese mundo rojo, como dicen irónicamente los húngaros... “todos eran iguales, pero hubo algunos pocos que fueron más iguales que los otros”. A pesar de todo – continuó- por lo menos ahora, superada la época de la dictadura y de la ocupación, estamos viviendo la época de paz más larga de nuestra historia... Seguro que ustedes ya sabrán que tenemos una historia de más de mil años, o sea, bastante más larga que los países jóvenes de América, los de allá, del otro lado del mar... A veces me pregunto sin entender: “¿De que se quejan? Son países jóvenes llenos de energía, con territorios hermosos y extensos, ricos, y no padecieron siglos de guerras ni de invasiones continuas, así que tampoco saben que significa el sufrir una verdadera opresión... Allá, todo es pura promesa de futuro... Así lo vemos desde acá, como también lo vieron nuestros padres y nuestros abuelos, cuando huyendo de la miseria y de dos guerras mundiales decidieron dejar todo atrás y emigrar, no buscando un paraíso terrenal ni para pasarla bien o recibir regalos o subsidios, sino para aportar con su trabajo, sus dos manos, su sudor, su saber y experiencias a la construcción de un mundo nuevo. Latinoamérica... ¡Tendríamos mucho que envidiarles! Y a pesar de tantas condiciones favorables, todavía siguen atascados en el tercer mundo culpando de su suerte a factores externos, a todo y a todos menos a ustedes mismos. Creo que el problema es que siempre se dejan deslumbrar o convencer por el canto de sirenas que propagandean modelos de sociedad de uno u otro lado que, en ambos casos, vienen de

muy lejos... ¿Saben? En la facultad estudiamos que cuando una sociedad, un pueblo, un estado llega a una etapa de su historia en que tiene la oportunidad de desarrollarse, de hacerse fuerte, a partir de entonces tiene inexorablemente también la necesidad urgente de expandirse. Quiere, conseguir y abarcar más y más espacio, y para lograrlo, a veces la única manera es ocupar el lugar de otros pueblos, someterlos convenciéndolos de lo bueno que será para ellos el adoptar y adaptarse al más grande y al más fuerte. No importa que pequeña sea una nación, si tiene la oportunidad y el tiempo suficiente para fortalecerse, llegará un día cuando empezará a expandirse y como una célula cancerígena intentará devorar a los que se interponen en su camino. Eso es lo que sucedió acá y también allá, no solamente desde la llegada de los europeos, porque no se puede negar que antes de la conquista de América también, los más fuertes dominaban a los más débiles. En el caso de que los pueblos por dominar se resistan al dominador, a éste le quedan por lo menos dos recursos: uno es la propaganda política subversiva que, desde abajo y por la espalda, trabaja con el objetivo de dividir y enfrentar a la sociedad, por ejemplo provocar lucha de razas, de clases, de género, de partidos políticos, de ideas de sociedad. Arios contra Judíos, pobres contra ricos, blancos contra negros, progresistas contra conservadores, ateístas contra religiosos, islámicos contra cristianos, izquierda contra derecha... etc. El otro recurso es la ocupación por la fuerza utilizando sus dos armas más letales: la económica y la violencia... De estas dos armas nosotros ya sufrimos de sobra, y ahora tratamos de recuperarnos otra vez después de las ruinas y desgracias que dejaron primero la ocupación nazi, después la comunista... ¿Por qué? Pues miren nuestra ubicación geográfica... Somos dos o tres países, principalmente al igual que Hungría, que estamos justo en el medio entre Europa del Este y del Oeste... todos quieren pasar por acá. El que nos ocupe, tendrá la llave de la puerta para poder seguir expandiéndose... El pasado se repite, los invasores cambian... En estos últimos cien años primero los nazis hacia Oriente, luego los soviéticos hacia Occidente... Y bueno, también es un hecho histórico que nuestros dirigentes religiosos hicieron más por nuestra libertad que cualquier político..., ni hablar de nuestro querido papa Juan Pablo segundo. Siempre renacemos de nuestras cenizas y siempre volvemos a empezar. ¿Oyeron de Katyn? Allí en ese bosque de Rusia los comunistas sacrificaron como animales en el matadero a miles de oficiales, la crema del ejército polaco... Tal vez convencidos que una vez cortada la cabeza, el cuerpo muere solo... Pero bueno, aquí estamos otra vez. Dicen que somos un pueblo conservador y religioso. Yo también soy

católica y aunque no practico mi fe, reconozco que fue justamente la religión y el aferrarnos a nuestras tradiciones, a nuestra historia, lo que siempre nos ayudó a sobrevivir, a ponernos de pie y volver a comenzar... Y a pesar de todas las tragedias que pasamos, miren ahora en derredor la cantidad de jóvenes, parejas con niños, construcciones, comercios, monumentos todos refaccionados o en proceso de arreglo o renovación, los edificios nuevos, las calles limpias. Las Universidades, así como los bares, cervecerías y cafeterías están llenas de gente y también de turistas que vienen de todo el mundo y son atendidas por chicos y chicas que, aunque muchas veces son más jóvenes que yo, hablan por lo menos dos idiomas extranjeros. Ahora nos sentimos nuevamente jóvenes, fuertes, libres, optimistas y con confianza en el futuro...”

Ese día, en la plaza mayor de Cracovia, Héctor había prestado atención a las explicaciones de la estudiante polaca, pero cuando el grupo comenzó a moverse rumbo a la basílica gótica de Santa María, y su cabellera rubia y su voz se fueron esfumando a medida que se alejaba, él se quedó solo en el centro de la plaza sentado bajo la estatua del poeta Adam Mickiewicz.

“¿Libertad? ¿De que libertad estás hablando? ¿Por qué todos vienen con este verso de la libertad? ¿Quién es libre? ¿Vos te creés libre, polaquita ingenua? Claro, no sos esclava, como originalmente los tatarabuelos de tus bisabuelos llamaban a aquellos que no consideraban libres. Tampoco tenés ya ni a los suecos, ni a los lituanos, ni a los nazis, ni al ejército rojo en la nuca. Pero seguirás teniendo lo que llamamos “dependencia”. “Antes nos dominaban los tanques, ahora nos dominan los bancos”... decían irónicamente los húngaros después del cambio de régimen. ¿Esto no te lo enseñaron en la Universidad? ¡Despertate polaquita! Yo no creo en esa libertad con la que siempre se llenan la boca... Siempre vivimos en relación de dependencia, y en cuanto dependemos de algo o de alguien ya no somos libres. ¿Tenés hambre? ¿Tenés sed? ¿Querés trabajar? ¿Querés descansar, divertirte, dormir, estudiar?... ¿Hasta que punto podés hacer todo esto libremente, cuando quieras, donde quieras y como se te antoje? Allí donde hay deseos, necesidades, obligaciones, ambiciones, ya no hay libertad. Siempre dependemos de alguien o de algo, pero por lo general de nuestras propias estupideces. De nuestras estúpidas decisiones. Eso es, la libertad se limita solamente a la capacidad de tomar una estúpida decisión... ¡Claro! A diferencia de los animales sólo los hombres somos capaces de decidir por alguna otra puta posibilidad a la que todo nuestro ser se resiste... pero una vez que decidimos... ay, ay... entonces ya quedaremos esclavos de nuestra propia decisión.

Ya no somos más libres, hasta que llega el momento de volver a decidir, y así hasta el infinito. La vida es un continuo decidir cortar cadenas para volver a encadenarse. ¡Así que déjenme de joder con este cuento de la libertad! El único que podría llegar a ser “casi” libre, es aquel que no tiene apegos, ni deseos, ni ambiciones, ni recuerdos, ni planes ni proyectos, ni relaciones... Pero como también tendrá que comer, tendrá que beber, dormir, tarde o temprano le va a llegar la hora en que sin quererlo, prácticamente sin darse cuenta, moverá la cola chocho como un perro famélico cuando encuentra un hueso pelado, y agachando la cabeza, volverá a depender de algo o de alguien para poder seguir sobreviviendo día a día”.

Con estos pensamientos, Héctor salió de la playa mayor, y se alejó del centro de Cracovia sin mirar atrás, como tampoco lo hizo cuando se fue de ese país.

Ahora, años después, mientras caminaba hacia el departamento de Alfonsina en los suburbios de Ámsterdam, se reforzó más y más en su decisión del regreso, que en realidad más que una decisión era el resultado de un interrogante que siempre, desde que comenzó el exilio lo llevaba latente dentro de él como una semilla, pero sin dejarla nunca germinar. El interrogante que ahora buscaba definir era: ¿Cuál es el lugar de cada uno en este mundo? ¿Y el propio, el suyo? No el de los demás. Hasta ahora esta había sido siempre para él una pregunta sin respuesta, porque cuando apenas se vislumbraba en su mente, él mismo, su inconsciente la desechaba sin atreverse a tomarla en serio. Solita, independientemente de su voluntad, como la semilla que brota de la tierra después de meses de ocultamiento y oscuridad, luego de su estadía en Transilvania y por algún motivo que no le encajaba, la pregunta comenzó a asomarse paulatinamente a la luz hasta volverse imperante. Para Héctor, la respuesta a este dilema ya no era una cuestión sólo intuitiva o sentimental, sino de la opción motivada por una decisión bien razonada, midiendo todos los pros y los contras *“Yo también ahora hago uso de mi libertad y tomo la decisión. Me voy de Europa. Ya fue suficiente... Aunque nada me atraiga para volver ni nada me empuje para irme de aquí, me voy igual”* – Sonriendo con ironía se dijo para sí mismo – *“Héctor, desde ahora serás el esclavo de las consecuencias de todo lo que implique esta decisión, cosa que, al menos por el momento, no tiene que influirte ni importarte en absoluto. Ya veremos...”*

Con la ayuda logística de Alfonsina, -ya que se resistía a aceptar de ella dinero- y de sus acostumbradas maniobras a menudo ilícitas, en algunas semanas logró establecer los contactos gracias a los que pudo acceder a documentos nuevos y a la suma de dinero necesarios para

pagar el viaje. Finalmente, llegó el día en que emprendió lo que pensaba muy probablemente iba a ser su último viaje, el definitivo.

Ya en el avión sobre el mar Atlántico, después de la cena con sabor a plástico servida por una azafata de edad camuflada sin mucho éxito por una capa de pintura y una sonrisa artificial, y mientras tomaba su segunda botellita de vino tinto, Héctor hizo un breve racconto de los largos años que había pasado en el viejo continente, sin encontrar ni país, ni etapa ni personas que no mereciesen de su parte más que el desdén y el rechazo. Excepto uno, que de una manera pertinaz quería quedar todavía obstinadamente oculto, tapado en su memoria como esos recuerdos extraviados, enterrados en lo más profundo y que vaya a saber por cual razón no quieren salir a la luz ... tal vez, por no atreverse a aceptarlos.

“Chau, Holanda... aburrida y chata... un país con solo pasado. Su presente es efímero y suicida, y su futuro es inverosímil porque se le va acortando día a día... Algún día no muy lejano quedarán sumergidos en el mar solo los restos de una semi-cultura que pasó por la historia sin demasiadas penas ni glorias” Para él, que nunca llegaba a observar cada realidad con la curiosidad propia de un turista, ni tampoco como historiador, sino exclusivamente de una manera analítica, racional, despojada de emociones, sentimientos y de sentido estético, como si estuviese en un laboratorio absolutamente estéril, en Holanda y otros países de la zona la descomposición era visible y palpable, y este proceso de descomposición en definitiva era lo que preveía le estaba pasando a toda Europa.

Y a pesar de que por línea materna su bisabuela era descendiente de alemanes tampoco sintió ninguna afinidad con Alemania y su gente. *“¿Alemania?. Aburrida también, pero más aburrida aún, aburrida y pesada, aburrida al cubo, perfecta y simétricamente aburrida en todo sentido y hasta el cansancio, segura de sí misma como una belleza frígida y seca. Soberbia, imponente y dura como las valquirias culonas y tetonas de sus leyendas y de sus óperas inacabables, abrumantes. Tendría que preguntarme... ¿porqué los filósofos pensadores neuróticos, los sacerdotes del pesimismo eran, en su mayoría, de lengua germana? ¡Francia!... ¡Olalá! Una prostituta envejecida que, mientras agoniza, sigue soñando con sus mejores épocas del “Allons enfants de la patrie”, del utópico triángulo sagrado “Libertè-Egalitè-Fraternitè” y de la “Belle epoque”. No quiere aceptar que, como el gusano a los cadáveres, a ella también se la está comiendo eso que llaman multiculturalismo... O sea, la pérdida de personalidad e identidad de los pueblos. ¿Dónde están los franceses, si ya son casi todos de piel oscura o de ojos rasgados? Pero bueno, mirándolo bien... es la puta suerte de todo ese continente de mierda que con sus líderes al frente, es como si estuviesen haciendo todo lo*

posible por suicidarse. ¿Italia, Grecia, España, Portugal? Lugares ideales para pasar el tiempo... Mucha comida, diversiones, mujeres, montañas, mares, ríos, puertos, monumentos en ruinas hasta las náuseas, testimonios de un pasado que ya se fue a la mierda, y que ahora sólo es un cúmulo de excusas para reclamar un lugar importante en el mundo, para seguir sobreviviendo el poco tiempo que les falta. ¿Inglaterra? ¡Absurda! ¡Ridícula! Ingleses orgullosos de ser descendientes de piratas y ladrones. Todo lo que tienen lo robaron... ¡Y siguen robando! Claro, yo también robo, ¿y qué? ¿Acaso por eso soy un héroe? ¡Claro que no! Si me pescan, voy en cana, y otra vez a la cárcel... ¡Es así! Es como aquel que roba un pan... porque todo depende de cuánto se roba... “Nunca le preguntes a un millonario como accedió a su puto primer millón”, ¿no es cierto? ¡Ingleses maricas! Se consideran diferentes y superiores, y esto lo demuestran hasta en las direcciones de tránsito, manejando al revés, o rechazando los sistemas de medidas, peso, distancia, etc. que usa todo el mundo. Tienen parlamentarismo democrático, pero la jefa del estado es una reina, un vejestorio que debe tener más de trescientos años y que aunque ya tiene nietos y tataranietos, se sigue aferrando al trono y a la corona, y para colmo también es la cabeza suprema de la iglesia oficial... ¡Qué caricatura, por favor!... Ah, y los países del este... Polonia, o los países que formaban la Yugoslavia socialista –Serbia, Croacia- Bosnia-... después Rumania, y más arriba Hungría, Checoslovaquia, Ucrania... ¡Que historias, que quilombos! Imposible de entender tantas guerras, cambios de frontera, de banderas, de regímenes políticos, de dirigentes... ¡Ya los probaron todos! Caudillos, reyes y emperadores, presidentes, primeros ministros, primeros secretarios, cancilleres, nazismo, comunismo, democracia, capitalismo... ¡Y siguen pretendiendo sobrevivir! Pensándolo bien, son los artistas de la supervivencia. Se adaptan a todo con tal de no desaparecer en el pozo sin fondo de la historia... Generalmente deciden mal, después se quejan, les brota nuevamente la sed de independencia y libertad a toda costa, arman una revolución, un quilombo caótico para cambiar, y después de un tiempo vuelven a tomar malas decisiones y a seguir quejándose... Y la gran Rusia... ¡Rusia, Turquía...? ¡No, basta! ¡Son historias demasiado complicadas, demasiada incoherencia, así que cuando más lejos, mejor! Sí, mejor duermo y me olvido de todo... Ahora estoy acá, colgado entre el cielo y la tierra... flotando... yo solo en el centro del universo. ¡Qué me importa todo lo demás!”

Héctor, que como consecuencia de su egocentrismo nunca quiso ver más allá de sí mismo, y que todo lo que experimentaba lo aceptaba, negaba o usaba de acuerdo a su conveniencia, se durmió profundamente, prácticamente enseguida después de habérselo propuesto. Otra vez tuvo que pasar, como tantas veces, por la experiencia del cubo gris amenazante descendiendo hacia

él, pero ahora, en el avión no lo abrumó tanto, porque se acordó que en el viaje hacia Europa también la había sufrido, cuando agotado y aliviado después de tantos meses de cárcel prefirió atribuirla al cambio de presión del despegue. Ningún pensamiento negativo o incómodo tuvo el poder de impedirle el sueño, porque desde su juventud y a través de los años había adiestrado a su mecanismo mental y a su voluntad para que así fuese. Todo lo que veía, escuchaba, experimentaba con cualquiera de sus cinco sentidos lo consideraba transitorio; una eventual prolongación de alguna experiencia o relación que le servía exclusivamente para extraer más información, encontrar herramientas indispensables para uso específico de supervivencia y “progreso” personal, alimentando de esta manera y sin cesar a su ego. La única diferencia entre lo bueno y lo malo, el placer y el dolor, la alegría y la ira, el gusto y el disgusto, el amor y el odio, la honestidad y la corrupción era su potencial utilidad o su inutilidad intrínsecas, según esto juzgaba si eran importantes o descartables para seguir viviendo. Por eso, en el caso de Héctor, hablar de moral, de ética sería como tratar de dialogar con un esquimal sobre las características del desierto del Sahara y sus efectos sobre el organismo.

Después del aterrizaje, al salir del aeropuerto constató con alivio que no había nadie que lo reconociera ni esperase, ya que todos los que había conocido en el pasado, antes de su exilio, se habían desperdigado por el país o en el exterior sin dejar huellas, él mismo tampoco había mantenido ningún tipo de contacto con nadie. Se sentó en la primera cafetería que encontró, y durante dos largas horas, haciendo un balance de las posibilidades del presente sin expectativas de futuro, llegó a la conclusión de que lo más evidente e impostergable era en primer lugar asegurar su subsistencia material. El mendigar acá, en su país, ya no lo consideraba un modus vivendi posible, ni siquiera transitorio. ¿Volver para mendigar justo acá, en esta ciudad donde había llegado a ser El Niño? No, esta ciudad no era el escenario apropiado para mendigar. Quedaba el robar o el trabajar. En un momento, se le pasó por la cabeza la solución también pasajera de buscar alguna mujer que lo mantuviese un tiempo, pero le pareció indigno, no se sentía dispuesto a ningún tipo de compromiso con nadie, le parecía algo imposible tener que soportar la cercanía de otra persona, por más que esto pudiese solucionar sus necesidades de comida y techo.

“Así que lo mejor que puedo hacer es permanecer en la ciudad hasta juntar algo de dinero, luego borrarle a algún lugar del interior del país, donde no corra el riesgo de encontrarme con alguien que conozca o con alguien que me reconozca. Eso es lo que quiero: que nadie me joda.”

Pasó más de dos meses viviendo de asaltos pequeños a almacenes nocturnos, estaciones de servicio de los suburbios de la capital, a veces robándole la billetera a trasnochadores o borrachos en estaciones de tren o paradas de colectivo desiertas. Siempre se preocupaba de que los robos que cometía fuesen de poca monta y sin violencia, para que en caso de denuncia, por su importancia ínfima, pasase a la categoría de casos postergables. Deliberadamente, cambiaba continuamente de lugar de manera arbitraria, desordenada, caprichosa y sin aparente lógica, ya que sabía que en una ciudad tan grande y superpoblada esto también podía dificultar la tarea de los servicios de seguridad.

Para dormir se las arreglaba en plazas, estaciones de ferrocarril, y a veces, para descansar y reponer energías -a pesar de no soportar la suciedad ni la promiscuidad- se alojaba dos o tres días en hoteles baratos donde nadie conocía ni se interesaba por el otro. Hizo, y aguantó todo lo necesario para poder “borrarse”, y cuando consideró que tenía el dinero suficiente y la certeza que ni para la sociedad ni para la ley él ya no existía, se subió al primer ómnibus de larga distancia que partía de la terminal sin siquiera fijarse cual era su destino final

Séptima escena

Planicies y montañas

Saturado de las multitudes y ruidos de la capital erró durante semanas, meses, adentrándose cada vez más hacia el interior del país. Generalmente optaba por las carreteras secundarias deambulando de pueblo en pueblo, haciendo algunos tramos en línea recta, otros en un sinfín de caminos a veces tan sinuosos y entrecruzados, que casi volvía al punto de partida de hacía dos o tres días atrás, sin preguntarse ni pretender saber si realmente quería llegar a algún lado. De vez en cuando, entraba en alguna ciudad más grande y más poblada para juntarse unos mangos, y luego volver a irse por cualquier camino que no fuese aquel por el que había llegado. En las ciudades, como estrategia de camuflaje, a menudo se mezclaba entre los desocupados y los sin techo, con los alcohólicos, los drogadictos, gente que había llegado a lo más profundo de su condición humana. Con los fracasados, los perdedores, los pusilánimes, los que siempre demostraron su incapacidad de construir algo, mucho menos de hacer el intento de reconstruir sus propias vidas arruinadas. Con aquellos que negando y rechazando todo lo que les ofrecía la vida cada amanecer, habían acabado destruyéndose a sí mismos. Poseía la aptitud y la experiencia para esfumarse entre los rechazados y menospreciados por la sociedad a la que nunca se pudieron adaptar; esa sociedad a la que no le gusta y expulsa lejos de sí a los perdedores, condenándolos a vivir al margen de ella, para no tener que verlos, porque tenerlos a la vista implica lo innegable, que algo no funciona bien. Entre los inadaptados que intuyen que la sociedad es la que está enferma, infectada de un mal virulento, perverso, siempre al acecho que, a medida que destruye a sus integrantes, poco a poco también la va desmantelando a ella misma, y que es la enfermedad de la indiferencia y del individualismo. Y también la fiebre de la codicia que, a medida que la va corroyendo, también la incapacita para asegurar un mañana seguro para todos los que la integran por igual.

No obstante, Héctor nunca se sintió uno de ellos, al contrario, el convivir con los más marginados le ayudaba a ver y a valorar la infranqueable brecha que los separaba, lo impulsaba una y otra vez a volver a reencontrar y aumentar al máximo posible su autoestima. Él también los despreciaba por su incapacidad de enfrentarse, o por lo menos de mantenerse a flote y sacar provecho de esa sociedad que los repudiaba. Estaba convencido que lo que lo diferenciaba de ellos era que, en su caso, el mendigar, así como el robar o el uso de la violencia, eran sólo medios bien planificados y usados a sabiendas exclusivamente para su propio beneficio, no

para vivir sumergido en el pantano de la mediocridad, de la inercia y del embrutecimiento, sino para poder seguir adelante. El alcohol era el único medio que adoptó para apartarse de la realidad, pero sólo temporalmente, cuando ésta se hiciese insoportable, y luego poder volver a ella con el cuerpo listo y su interior apaciguado. El compartir con los menesterosos algunas etapas de su vida, fueron estados breves y transitorios para asegurarse la supervivencia en el presente constante y dinámico en el que vivía. En primer lugar, porque estar entre ellos era un buen refugio que le ofrecía la posibilidad de camuflarse, de pasar desapercibido, tal vez más por costumbre que por temor, porque sabía bien que ya nadie lo perseguía ni lo buscaba, y que los eventuales robos cometidos eran tan insignificantes que ningún policía se iba a ocupar de ir tras al criminal de poca monta que los había cometido. Pero además, sus cortas permanencias entre los desahuciados también le eran útiles para cometer lo que en esas „comunidades” era común, o sea, apropiarse de lo poco y mísero que poseía el otro, algunas monedas que habían obtenido mendigando, objetos o drogas que pudiesen vender o cambiar, cigarrillos, botellas de alcohol... *“Da lo mismo... nada cambia en sus vidas por el hecho que tengan o no tengan algo, así que, como a mí también me hace falta me lo llevo... ¡gracias, muchachos!”*

Héctor sentía algo muy especial cuando su andar sin rumbo fijo lo llevaba por paisajes y tierras planas, llanuras infinitas y prácticamente vacías de vida. A veces sentía en su interior un forcejeo que le hubiese gustado entender, cosa que nunca lograba. En las planicies despojadas de todo se sentía cómodo, tranquilo, ubicado en un lugar que parecía ser muy suyo, un mundo en concordancia con su persona. Se veía como el único hombre del mundo emergido desde algo infinitamente profundo hacia una superficie que no ofrecía obstáculos ni sorpresas, una placa de tierra chata y sin límites, sin colores, sin formas, sin emociones. A veces se aferraba a ese mundo sin nada, sin más arriba y sin más abajo que sentía que era parte de él, como si fuese su prolongación. Y en otras ocasiones, cada vez más a menudo, a pesar de sentirse tan atraído y en concordancia con la planicie, de sentirla su lugar, percibía algo que lo empujaba o, por el contrario, lo atraía desde algún punto indefinido ubicado en las cumbres de las montañas, ya no hacia delante, sino hacia arriba. Un imán invisible lo tentaba a subir más y más alto trepando por un hilo invisible e infinito hasta un punto indeterminado del cielo. La magia de la ausencia de límites horizontales, se transformaban entonces en ansias por arrancar sus pies de la tierra como cuando se extraen las raíces, para poder despegarse así del suelo y elevarse hacia lo alto. Caminando por la banquina, viajando en un camión, en auto o de polizón en un tren, en algún lugar de la llanura más árida y en el momento más inesperado, sus ojos se independizaban de la voluntad y comenzaban a buscar cumbres que aún no veía. Esto lo llenaba de inquietud, como

le sucedía siempre que no alcanzaba a comprender algo. Toda explicación y análisis racional de esta especie de búsqueda desligada de su voluntad, finalizaban con una imagen de las montañas de Bosnia o las de Transilvania. Le volvían a la mente las cumbres inhóspitas y avaras de Bosnia, rudas y ásperas, seductoras con su feminismo yermo y salvaje, pero resistentes a todo intento de conquista, intercambiándose y superponiéndose con las de Transilvania, vírgenes y fértiles al mismo tiempo, arcaicas, salvajes, exuberantes y derrochando colores y vida, con tierras invitantes, ofreciéndose generosas para el gozo, uso y alimento de aquel que la habita o para aquél que transita por ellas sólo de paso.

Su pasado lo había incapacitado para ver, mucho más de aceptar, que ya sea en las planicies como en las montañas, él seguía ansiando llegar a ese lugar todavía desconocido que definitivamente fuese el suyo. Su ser interior buscaba un hogar que tal vez alguna vez había tenido, pero que no lo había valorado ni tampoco había hecho nada por construirlo, mantenerlo, cultivarlo. Pero el consciente de Héctor se resistía a aceptar esta verdad.

El invierno estaba llegando a su fin, y había llegado a una localidad bastante poblada ubicada en las periferias del corazón del país. A falta de otro lugar para pernoctar se unió a un grupo de pordioseros que, para pasar la noche, se refugiaba en un túnel bajo las vías del tren, mezclándose como uno más de ellos, entre mantas sucias y cartones impregnados de orina y de alcohol. Esa noche, a medida que pasaban las horas, la temperatura comenzó a caer, y amenazados por el frío creciente, los pobres desgraciados se apretujaron en el centro del túnel para huir de los azotes de la llovizna y de las ráfagas de viento heladas. El tiempo pasaba muy lentamente entre ronquidos, hedores a suciedad, transpiración, vino y tabaco. Apoyado contra la pared del túnel, Héctor no podía conciliar el sueño, y al recorrer con la mirada lo que consideraba una exhibición patética y grotesca de lo más bajo y siniestro de la especie humana, en un momento observó que, en la pared de enfrente, un pobre desgraciado lleno de llagas y costras de suciedad no le sacaba los ojos de encima. Héctor se impacientó por la insistencia y la profundidad de la mirada del otro.

- ¿Que te pasa, que mirás? ¿Acaso te gusto, o qué?

El pordiosero no contestó inmediatamente, parecía concentrarse en encontrar un recuerdo, una asociación extraviada en algún punto indeciso del espacio o del tiempo. Pasaron largos segundos hasta que se dirigió a él con la voz ronca y palabras trabadas por el alcohol.

- De las profundidades de qué infierno saliste... „El Niño”... ¿Sos vos? Pero... ¿como llegaste...? ¿Estás vivo? ¿Que hacés acá??!!!!

Al oír que el desgraciado lo llamaba por ese apodo temible y odiado de hacía tantos años atrás, sintió como un escalofrío que le subía por la columna vertebral. El pasado, que él ya había borrado, aniquilado, volvía camuflado de ráfagas heladas de viento que sin piedad se incrustaban dolorosamente hasta lo más profundo de cada uno de sus huesos. Casi enseguida, por la barba y los mechones restantes de cabello negro reconoció en el pordiosero a Cacho, el revolucionario intelectual de los años universitarios. Aquel muchacho excepcionalmente inteligente al que siempre despectivamente había llamado „Barba negra”.

- ¿Cacho? ¿Sos vos, boludo? Si, claro.... –agregó al reconocerlo sin ocultar su desdén, y prosiguió con cinismo premeditado y cruel- Sin duda que sos vos... el ingenuo idealista que quería y luchaba por un mundo mejor y más justo. Bueno, pedazo de infeliz, veo que lo encontraste... Por fin, ¿no? No hay ninguna duda de que acá somos todos iguales... Más justicia e igualdad que la que hay en este túnel no vas a encontrar en ningún otra parte del mundo, ¡Ja! Y vos... ¿De qué infierno me estás hablando, papanatas mugriento? El infierno es éste, ¿no? Por lo que veo, este es tu infierno chiquito y personal... Pero desde ya te advierto, que el mundo que buscabas... no, tampoco está nada mejor... El mundo también está lleno de infiernos, unos más chiquitos y otros más grandes, pero en definitiva siempre uno peor que el otro. Como éste. ¡Tenemos infiernos de sobra para elegir! Decime „Barba negra”... ¿Y qué te trajo a este jardín de rosas podridas con olor a caca y pis? ¿Dónde dejaste tirados todos tus ideales?

El otro no respondió a la pregunta de Héctor. Estaba borracho y enfermo, pero lo suficientemente lúcido como para no entrar en el juego sarcástico que le proponía Héctor y así tener que ponerse a la defensiva.

- „El Niño”... Todos te dieron muerto... algunos por desaparecido...

Héctor le respondió con una sonrisa irónica y enigmática. „Que piense lo que quiera... ¡Qué mierda me importa!” Se quedaron los dos un rato en silencio. Fue Cacho el que inició el contraataque.

- ¿“El Niño”? O mejor te llamo „La rata”. Escuchamos cosas raras de vos... que se yo... que en la cárcel traicionaste a tus compañeros de lucha... ¿Es cierto? ... Lo seguro es que por la época después de tu detención hubo un período de algunas semanas cuando cayeron muchos... Demasiada casualidad... Aseguraban que justo por ese entonces vos todavía estabas en la cárcel, y que estabas vivo... Y también chusmeaban que allá adentro ya nadie te llamaba „El niño” sino „La rata”. Por algo habrá sido ¿no?

Cacho soltó una carcajada amarga casi inmediatamente cortada por un ataque de tos que le sacudía los hombros y le retumbaba en los pulmones como si quisiesen reventar. El dolor transfiguró el rostro del pordiosero, y él trató de aliviarlo dando un trago interminable a una botella de vino barato y turbio que despedía un olor agrio y penetrante.

- En la cárcel se escuchan y se dicen muchas cosas – Héctor, encogiéndose de hombros eludió la pregunta del otro tratando de demostrar indiferencia - Fue por Alfonsina.... ¿Te acordás...? Sí, ella pudo sacarme de la cárcel, claro, no sola... Con mucho dinero de su familia... Hubo que pagar a abogados, jueces, milicos, activistas de los derechos humanos... son todos iguales de corruptos, solamente varía el precio de cada uno. Me llevaron a Europa, primero a Holanda y bueno, después anduve dando vueltas por el mundo.
- Tuviste suerte... la mayoría no la tuvo.
- Bueno, a mí me parece que vos también tuviste una suerte puta... Si podemos llamar suerte a esta cloaca apestosa y a la botella de vino de mierda que tenés en el bolsillo. Pero por lo menos estás vivo...

Nuevamente se quedaron en silencio los dos durante largos minutos. Cacho de tanto en tanto tomaba un trago largo de la botella de vino, Héctor prendió un cigarrillo y comenzó a fumar tranquilamente aspirando el humo profunda y ansiosamente, para luego de retenerlo en sus pulmones expulsarlo lentamente dando evidentes muestras de placer. Cuando comenzó a sentir que el humo se calentaba en demasía, aplastó el pucho contra el suelo y volvió a dirigirse a Cacho.

- ¡Ah!... te notifico que conocí bien de cerca esa „sociedad paraíso” de la que hablabas, que queríamos obtener por la fuerza y a la que pintabas tan perfecta... bueno, no sé si ya te habrás enterado de la realidad, pero de paraíso no tenía nada...El paraíso por el que matamos y murieron tantos de ambos lados, no existe en ningún lado de este mundo reputo.
- ¡Yo nunca maté a nadie! – replicó Cacho como picado por una avispa.
- Claro, vos no... vos solamente hablabas y hablabas... Vos eras el ideólogo... Los otros eran los que iban a matar, a poner bombas, a secuestrar y después a la cárcel y a soportar las torturas...A morir o a desaparecer para siempre.
- ¡Yo nunca obligué ni quise mandar a nadie a matar, a poner bombas ni a secuestrar! - negaba Cacho cada vez más nervioso, hipando y removiéndose incómodo entre sus cartones y mantas sucias, tratando de taparse los ojos y los oídos con sus manos vendadas.
- Sí, ya lo sé, los ideólogos no matan, para eso estábamos nosotros... Y los ideólogos raramente van a parar a la cárcel...
- Yo también estuve en la cárcel ¡A mí también me torturaron!
- Tal vez... durante un tiempito... Después saliste de allí vivito y coleando... Entonces vos también tuviste suerte, ¿o no? ¿O acaso lo tuyo no se llama suerte?... Decime, ¿cómo fue?... ¿O acaso te sacó de allí el ángel de la guarda?

Cacho no quiso responder, el túnel quedó inmerso en un silencio de desesperanza y desolación quebrado solamente por los ronquidos indiferentes de los otros desgraciados, que dormían amontonados uno sobre el otro para protegerse del frío. Los minutos fueron estirándose uno después del otro con una lentitud agobiante y muda, pasó tal vez media hora hasta que Cacho comenzó a hablar como para sí mismo.

- ¿Cuál fue el motivo por el que salí de la cárcel y sigo vivo? ¿Que si tuve suerte? No lo creo... No hubo ningún motivo especial... A mí me detuvieron más tarde, poco antes

que cayese la dictadura. Para entonces había huido al interior del país... lo reconozco, fui un cagón, me oculté entre estos pobres desgraciados cagado hasta la médula... Ellos ahora duermen, ¿ves? Están alejados de todo... Sólo quieren sobrevivir el día, como sea. No les importa como viven, ni tampoco les importa como viven los demás. No son envidiosos, no tienen ambiciones y ya no quieren nada más que los dejen en paz.

Cacho siguió hablando en voz alta sin importarle que el otro le prestara atención o no.

- ¿Y que quiero yo ahora?... Nada, no quiero nada, no espero nada... Pero no, lo confieso, a mí tampoco me gustó terminar acá, y al principio muchas veces me puse a pensar que fue lo que hice mal. ¿Querés saberlo? Sí, ya sé, a vos no te importa nada... Pero te lo digo igual... Me dejé convencer por una teoría... No fui capaz de ver la cara inútil y horrenda de una realidad. La realidad de querer forzar el nacimiento de una utopía mediante el uso de la violencia. Y me envanecí, como ideólogo y como líder, creí que me las sabía todas... Pero siempre me mantuve a la retaguardia, convenciendo a otros de una teoría político-social perfecta que al materializarse, resultó ser tan mentirosa, deficiente y perniciosa como cualquier otra... o más. ¿Por qué más? ¡Que pregunta tonta! ¡Si es evidente! Porque siempre nos referimos a un supuesto „pueblo” que hay que salvar, redimir, liberar. Pero claro, solamente nosotros sabíamos, luego decidíamos quién es, o quienes forman parte de ese supuesto “pueblo”. Y ahí radica la trampa astuta y malvada, porque con esa excusa podíamos exculpar todos los errores, los exabruptos y las violencias contra los otros, contra los que considerábamos los anti-pueblo o los supuestos „enemigos del „pueblo”. ¡Como si esos presuntos enemigos no fuesen también „pueblo”! Decime, vos que anduviste de acá para allá... ¿Me podés decir si te encontraste con el pueblo? ¿Sabès hoy que es el “pueblo”? ¿Quiénes son, quiénes forman parte de él, y quiénes no, quiénes son los otros, los que quedan excluidos? ¿Alguien lo conoce al pueblo? ¿Tiene rostro? ¿El pueblo sólo está conformado por los pobres? ¿Y en ese caso...dónde está ubicada la línea que delimita la pobreza? Un pobre de África se sentiría afortunado si hubiese nacido entre los pobres de Latinoamérica, y un pobre de Latinoamérica daría cualquier cosa por ser pobre en algún país de Europa del Este, y el que vive allí sueña con ser “pobre” en Miami o en algún país escandinavo. ¿Y en el caso de que podamos definir inequívocamente la pobreza, trazar una línea delimitante... entonces, a partir de allí

para el otro lado ya no son pueblo? Bueno... ya sé, podés reírte todo lo que quieras... mis razonamientos y argumentos sobre la pobreza pueden ser muy débiles y bastante caóticos, lo reconozco, pero decime... ¿al pueblo quien le preguntó su opinión antes de apelar a él y luego pasarle la factura? Mirá... ¡Miralos! Entonces, el “pueblo”, en primer lugar son también estos desgraciados, ¿no es así?... Preguntáles, ¡dale! ¡Deciles que se pongan de pie y se rebelen, que los vamos a salvar, que les traemos la justicia, la igualdad y la liberación! Se te van a reír en la jeta convencidos que te volviste reloco. No... El pueblo es algo tan abstracto como colorido, el pueblo somos todos o no es nada más que una teoría sin sentido. Y ¿sabés qué? La mayoría de la gente que lo forma, lo único que quiere es que la dejen vivir en paz... Hasta en su miseria, pero que no le rompan más los huevos... Sí, mejor dejemos al pueblo en paz.....

- ¿Querés saber más? Me escondí con éxito durante un tiempo, pero alguien me traicionó... Alguien le dio a la policía una pista que los llevó donde estaba oculto. Me encontraron, y me detuvieron... ¿Tal vez fue „La rata” la que les dio la pista? ¿O no? Mirá, ahora ya hay cosas que mejor no saber, ni acordarse. Estuve más de dos meses en la cárcel. Y bueno, después salí. ¿Cómo salí? ¡Que importa! Suerte... o como lo quieras llamar, ¡Qué mierda importa! Salí y listo. Pero salí sin ningunas ganas de seguir bailando, mucho menos hablando. Otra vez me vine al interior país, me alejé de todo y de todos. No podía soportar la idea de haber sido yo también parte y marioneta de esa confabulación entre los que se dividen la gran torta del mundo. Lucha de clases... ¡capitalistas y proletarios! ¡Ricos y pobres! ¡Oligarcas y trabajadores! ¡Negros y gorilas! Asco me da... Siempre enfrentados hasta la muerte para beneficio de unos pocos privilegiados. ¡Odio, envidia, propaganda, provocación, agresión, violencia y muerte! ¿A quién o a quiénes le conviene? ¿A quiénes les conviene el famoso „Dividir para reinar”, o para poder seguir reinando? ¿A quiénes?... Te lo digo bien bajito... ¡A los sin nombre y sin rostro! A los inalcanzables, a los intocables. No son muchos y tampoco son ellos los que sufren las consecuencias de todos estos enfrentamientos, al contrario ellos sacan provecho hasta de las ruinas, de la basura y de la mierda que queda después. Convencen, provocan y agitan a los oprimidos para que se rebelen, pero lo hacen solamente para dejarles escapar la presión acumulada, porque todo seguirá igual. Los sin nombre ni rostro manejan el juego desde arriba como dioses del Olimpo, ellos son inalcanzables, intocables. Inmutables y fríos observan como cambian de lugar y de rol los ricos y los pobres... Pero no cambia ni la

corrupción, ni el acceso a los privilegios de aquellos que cambiando de galera, se pudieron ubicar un poco más arriba. El llamado „pueblo”, el usado y manoseado, el bendito pueblo en cambio, seguirá igual, hambriento, oprimido, engañado, y arrastrando la carga de sufrimientos sin fin causada por los unos y por los otros, por un lado los privilegiados opresores y por el otro los líderes ideológicos, claro, todos ellos con pretensiones de protectores o redentores heroicos. Ya lo ves... Yo también me dejé llevar por esa soberbia mesiánica que me fue encegueciendo, hasta que formé parte activa de una lucha donde muchos quieren ser los salvadores del pueblo, cuando en realidad, el sufrimiento de cada hombre lo conforman, las muertes, sus miserias, día a día les importará menos... ¡Un carajo! A pesar de que todo esto yo ya lo sabía...si, lo sabía. Sólo había que abrir los libros, y mirar un poco en derredor para darse cuenta que, en la historia de cualquier utopía que quisieron hacerla realidad usando la violencia, o sea, después de toda revolución „hecha” en nombre del „pueblo”, ese mismo pueblo siguió igual o peor. La violencia crea violencia, la revolución crea revolución, la sangre trae más sangre. El que está más abajo claro que le gustaría estar más arriba, y entonces viene alguien como yo -también lo hice- que lo convence que sí puede, y que tiene derecho y la oportunidad histórica de conseguirlo, hasta con el uso de la fuerza. Lo engatusa con eso de que para conseguir ubicarse más arriba, es lícito empujar y pisotear al que está más alto que él, al condenado opresor de turno. Lo convence que también es su derecho y su obligación juntarse con sus semejantes, o sea los otros del “pueblo”... y en su nombre rebelarse, armarse y luchar con el fin de ocupar ese lugar prometido, persuadidos que debería haber sido siempre el suyo. Sí, aunque sea a costa de su vida y la de los otros, ya sean culpables o inocentes. A eso lo llaman justicia e igualdad. Pero no es más que dar vuelta una y otra vez la tortilla. ¿Quién lo dijo? *"Revolucionario es una persona oprimida esperando su oportunidad para ser opresor"** ¿Sabés? Lo más espantoso de todo, mi peor pesadilla, es recordar cuánta gente inocente, que sin quererlo, sufrió y murió atrapado entre los dos fuegos de estas luchas, de estas revoluciones en nombre del pueblo. ¿Por qué...para qué? Por nada.

En este punto de su monólogo Cacho cerró los ojos oprimido por el sueño y el alcohol consumido. Las llamas agonizantes de una pequeña fogata a medio consumir y de algunas velas encendidas armaron un juego mágico y lúgubre de luces y sombras danzantes. El olor a vino agrio, humo, sudor y suciedad se filtraba por abajo de la piel de Héctor, que para ese momento

ya no podía conciliar el sueño. En su cabeza le seguían dando vueltas las palabras del otro... Todo lo oído ya lo sabía muy bien, desde un principio él ya había visto y concientizado las contradicciones, los puntos débiles, la inutilidad y el callejón sin salida de su incorporación a la revolución armada. Pero al revés de Cacho, el verlo claro, como así también todo lo que sucedió en su vida desde los años de militancia, nunca le ocasionó a Héctor ningún sentimiento de culpa, trastorno, duda, decepción ni desazón. Ahora, en el túnel debajo de las vías del ferrocarril, mezclado entre los excluidos de la sociedad, tampoco sintió ninguna afinidad con los sentimientos expresados por el ex ideólogo, ningún sentimiento de solidaridad, de comprensión o de lástima. Tampoco tenía nada para decirle, porque pensando en esa época del pasado no entendía como una persona inteligente, líder carismático y capacitado como lo era „Barba negra”, pudo haberse tragado el anzuelo enterito y por propia voluntad para décadas después hundirse en la frustración y la miseria. *“¿Solamente lo que pasaste en la cárcel te abrió los ojos? Pobre infeliz... y una vez afuera no supiste girar el timón... ¿No supiste, o no quisiste? ¡No me jodas! Estoy seguro que ni se te ocurrió emprender otro camino... Preferiste hundirte aquí, en esta cloaca, y en la autocompasión. Aunque tengo algo que reconocerte: esta huida cobarde y definitiva también la hiciste por tu propia voluntad, nadie te obligó... Por lo menos vos te diste cuenta que te habías metido en un callejón sin salida... Es por eso que en vos no veo contradicciones. Cuando tu mundo se vino abajo roto en pedazos y te enfrentaste con la falsía de tus ideales, vos también te dejaste hundir sin seguir forzando ninguna otra utopía, sin seguir tratando de mantener o suplantar un castillo de naipes derrumbado de manera irrevocable por otro. Al contrario, enterrarte vivo acá fue compartir la hecatombe en todo y hasta la última letra con estos desgraciados. Es despreciable tu debilidad, pero también es coherente. Porque todavía hay muchos que siguen con este verso de la revolución... Alfonsina... Todavía hoy pretenden dividir el mundo entre oligarcas ricos opresores por un lado y de „pueblo” oprimido por el otro... ¡¿„Hasta la victoria siempre”?! ¿Todavía?! ¡Ja, ja! ...¿De que victoria hablan? ¿La victoria de quién? ¡Como si fuese un juego en el que alguien gana, otro pierde y listo, “colorín colorado este cuento se ha acabado” y desde ahora todos los que fuimos oprimidos seremos felices y comeremos perdices!... Pero los muertos y los perdedores... ¿A quién le importan? ¡Hip-hip-hurrá! ¿Sigamos jugando este juego que se podría llamar “el „arte” de la guerra”?.. No, mejor llamémoslo, mmm... tal vez... ¿„Vos también podés ser un revolucionario!”? ¿Suena mejor, no? ¡Ja! O... ¿„Como aniquilar sin ser vencido”?... ¿”Libertad o muerte”? Nooo, este ya está regastado... ¡Mierda! Como si durante estas décadas no hubiese pasado nada. Como si no hubiese quedado bien a la vista lo que ocurre detrás del escenario. Aquellos „comandantes” que murieron, pasaron de asesinos a ser*

héroes mistificados, y de los que quedaron en vida ya nadie se acuerda... Lo peor de todo es que algunos, más piolas que otros, derrocando una dictadura ellos mismos se volvieron a su vez dictadores poderosos. Y por supuesto, al igual que los anteriores justifican y practican su poder apelando como antes y como siempre... ¿a quién? Obvio: ¡Al „pueblo”! Se declaran sus portavoces, pero la corrupción los carcome mientras “su amado” pueblo sigue cada vez más famélico en proporción directa a la voracidad de ellos, de los tíos Dagoberto modernos, de los que van aumentando y aumentando sus cuentas secretas en bancos de Suiza o de las Islas Caimanes... ¿El pueblo? Sigue en la miseria y dependiendo de las limosnas, ahora llamadas subsidios, que por supuesto tienen que pagar no los dictadores o los pudientes, los „papás y mamás” actuales del pueblo, los nuevos oligarcas, sino los boludos que trabajan del día a la noche, los que obedientes como modernos esclavos pagan los impuestos, los ingenuos despreciables que dicen o quieren ser honestos, en fin, la clase media a la que tantas veces la revolución popular desechó por no considerarla parte del “pueblo”... por los que viven una vida llamada “normal”... ¿Normal, dije? ¡Pobres infelices! Y vos también Cacho... ¡Otro pobre infeliz fracasado! Pero bueno... Sí, lo acepto, vos por lo menos fuiste consecuente... ¿Aunque eso de que te sirve? ¿Y de que le sirvió al „pueblo” tu paso por este mundo, tus ideales, tu lucha? ¿De qué mierda le sirvió:..?”

En ese momento Cacho se despabiló y lo volvió a observar, en sus ojos turbios y ensangrentados abundaban las dudas y las sospechas... Se movió inquieto entre sus mantas roñosas y tomando aliento se animó a preguntar:

- ¿Cómo dijiste antes?... ¿Alfonsina fue la que te ayudó? ¿Supiste algo de ella? Algunos dijeron que desapareció, otros, que murió en la cárcel, también corrió la voz de que pudo huir...
- *(Alfonsina...mmm ¿qué le digo? ¿Que la ex-revolucionaria con ideas ultra radicales ahora es una exitosa empresaria en Ámsterdam? ¿Le confieso que mientras todas las noches cuenta los euros ganados sigue estancada en la dialéctica de la revolución y de la lucha de clases?)* ¿Alfonsina? Sí, fue ella. Está viva, bien. Me encontré con ella en Holanda. Trabaja, Sí, en serio, está bien. No, no se casó... - A Héctor le sorprendió un poco el evidente interés de Cacho por la chica- ¿Porqué querés saber que pasó con Alfonsina?

- ¡Ja! Estaba enamorado de ella... Nadie lo sabía, y vos menos. A vos nunca te importó nada. Bueno, ella tampoco lo supo, porque nunca se lo dije ni se lo demostré de ninguna manera... En esos años lo más importante era la propaganda política, la lucha y claro, nuestra única preocupación y objetivo que triunfara la revolución... Después ya fue tarde... Me tendría que haber casado con ella, ahora tendríamos una familia, hijos, tal vez ya nietos. Viviríamos en este mundo absurdo, injusto y enloquecido, pero estaríamos juntos, y al menos dejaríamos algo al irnos... No sé... vida, futuro, y no sólo sufrimientos, vacíos, callejones sin salida, fracasos, ilusiones nunca hechas realidad.

“Ay, Cacho, ¡pobre desgraciado! ¡Si supieses de la que te salvaste! Porque no te voy a confesar que en esa época con Alfonsina cogíamos sin parar, en cualquier lugar y a cualquier hora del día, porque en cualquier momento se acababa el mundo. Y te aseguro que una congeladora es más caliente y apasionada que ella. Hasta cogiendo, todo lo que era ella, cuerpo, emociones, sentimientos, deseos, inteligencia lo reservaba en primer lugar para la revolución... Un desperdicio de mujer. ¡Blanca, en cambio! ¡Húúú!... Lástima todo ese verso de la meditación y de buscar la armonía, porque en el sexo era una fogata llameante que calcinaba todo a su alrededor, por arriba y por abajo. Una para la revolución y otra para la meditación... que ironía ¿no? Familia, hijos... ¡noooo, esas minas no eran para eso! Ninguna de las dos... Así que nunca vas a saber que por lo menos te salvaste de morir tiritando de frío en los brazos helados de una ex-subversiva. Y mirá como son las cosas... Ahora Alfonsina, en vez de vacío y sufrimientos tiene su cuenta de banco llena de Euros, en vez de ser una revolucionaria fracasada con las ilusiones perdidas, llegó a ser con esas mismas ilusiones una empresaria exitosa, y en vez de callejones sin salida tiene media docena de sucursales en no sé cuantos países”.

A Héctor le empezaron a cansar los argumentos y lamentos angustiosos del mendigo. ”
¿De qué te sirve ahora lloriquear? ¿Para que seguir dándole rosca a lo que ya pasó? Fue como tuvo que ser... ¿Ilusiones? ¿Sueños, altruismo, heroísmo? ¿Humanidad? ¡Puras pavadas!... Lo que hace al hombre, todo lo que hace desde niño hasta el último día de su vida, en definitiva lo hace por y para sí mismo, como Alfonsina. Pero esta verdad nadie la quiere reconocer, en cambio prefieren disfrazar el interés por sí mismo de amor hacia los otros, como también lo sigue verseando ella. A veces, como sucedió en tu caso, elige a un sector de la sociedad manipulable, subordinado y descontento, y con el lema de „amor al prójimo” piensa

que tiene piedra libre para odiar y aniquilar a todos los que no piensan igual... Y esto vos, „Barba negra” lo aprendiste bastante tarde, pero yo no, esto para mí nunca fue una novedad. Mi camino fue diferente. Porque yo mismo hice y recorrí mi propio camino, yo edificué mi vida y la sigo edificando alrededor mío sin pensar en los otros, sino en lo que va a ser útil para mí. Probé todo, y nada me afectó ni me afecta... No espero nada ni tampoco doy nada si no me conviene, por eso me siento bien en cualquier lado y en cualquier condición... Acá también, entre estos piojosos, porque sé que para mí, ahora, en este preciso momento me es necesario, pero sólo como una circunstancia transitoria. Mañana sigo, no me detengo a gimotear. ¡Vos también hacé algo! O seguí chupando ese vino de mierda y sonándote los mocos hasta que des tu último suspiro”

- No te quejés más, ¡por favor, no seas maricón! Cada uno elige su destino... vos también Cacho elegiste el tuyo, nunca fuiste un estúpido ingenuo, al contrario, vos también te auto identificabas como realista y no como un idealista soñador... Sabías bien lo que hacías, te sentías muy cómodo y seguro en tu papel de líder ideológico. Y también sabías muy bien lo que estaba pasando, tenías bien clarito cuales iban a ser las consecuencias... Es más, las considerabas necesarias e ineludibles para el cambio de modelo de sociedad, así que dejá de lamentarte como si alguien o el destino fatal te hubiesen obligado a ser parte activa de la lucha armada. Mejor olvidate ya de todo lo que pasó... Ya no le importa a nadie.

- ¿Y vos? –replicó Cacho agresivamente- ¿Que me podés decir de „El niño”? Atentados, secuestros, asesinatos realizados con la mayor precisión, indiferencia y sangre fría... Vos, „El niño”, „La rata” o seas quien seas.... ¿Acaso vos eras un idealista fanático? ¿Cómo fue? ¿Acaso creíste alguna vez que con las ruinas que dejabas a tu paso todo iba a cambiar?

Héctor no pudo evitar una sonrisa cínica oculta en medio de la penumbra... Era evidente que este infeliz no entendía nada, y que borracho y pordiosero como se lo veía, todavía parecía excusar su vida estropeada y sus ilusiones resacas, reivindicando para sí un rol perdido en un pasado remoto y ya caduco de héroe defensor y redentor de pobres

- No, vos no entendés nada „Barba negra” –le dijo con desprecio- ¡Despertate de una vez! A ver si me explico... Yo no tenía convicciones ideológicas de ningún tipo. Para

mí era lo mismo estar de un bando o del otro. Las circunstancias (“y *Alfonsina*”) me llevaron al bando de la revolución, y me dieron la oportunidad de hacer y cometer lo que otros no se atrevían. Asumí mi papel de „héroe” premeditadamente, pero sólo por mí mismo, para experimentar las planicies sin límites ni obstáculos, y a la vez, trepar hasta las cumbres más altas para poder contemplar desde allí al resto de las hormigas. A la gran masa, a los siete billones de hormigas miserables yendo de acá para allá sin sentido ni lógica, pero atropellándose a codazos, pisoteándose, matándose. Siempre me resistí a identificarme con unos o con los otros... (“*Yo fui y soy siempre Héctor y nada más*”) Como ahora... Hoy estoy aquí y mañana me voy, no tengo nada que ver con ustedes.

- Sí... ahora te reconozco „El niño”... - aceptó Cacho y sin ocultar él tampoco su desprecio y rechazo agregó- Y por eso, sabiendo como sos, nos fuiste tan útil... Sí... pero eso tampoco quiere decir que en algún momento pensé que usarte era correcto. Simplemente sabía que ya no podíamos volver atrás, „victoria o muerte” era una especie de lema o grito de batalla que nos enceguecía y nos arrastraba. ¡Que imbéciles, por Dios! La violencia trae más violencia, el perseguido será el perseguidor, el oprimido será el opresor. Cambia algo para que no cambie nada...

Cacho se quedó un rato largo en silencio ensimismado en sus pensamientos, luego prosiguió con firmeza y elevando el tono de su voz

- Todo sigue igual o peor. ¿Y sabés porqué? Porque hagamos lo que hagamos para que cambie la sociedad, para que haya más justicia e igualdad, todo eso no sirve de nada si los hombres... ¡ellos mismos no cambian, carajo!!! Todos, uno por uno, sí, también vos y yo tenemos que cambiar. Cambiar de una manera radical, absoluta.
- ¿Cambiar? ¿Quién? ¿De que boludeces estás hablando? ¡No me hagas reír! El hombre no cambia nunca.
- Sí, si, debe, o debería cambiar, antes de querer cambiar su entorno, a la sociedad, o al mundo. Tenemos que empezar por nosotros mismos... Pero claro, eso es lo más difícil, tal vez imposible. ¿Cómo podemos pretender cambiar nada, si antes no cambiamos nosotros...? Es fácil hacerse ideales, elaborar ideologías sobre una

sociedad perfecta y justa, si nosotros mismos estamos a una distancia inconcebible del ser humano ideal. De ser finalmente hombres y mujeres, ciudadanos sin odios, sin envidias, sin egoísmos, sin mentiras, sin atropellos, sin corrupción.

- ¡Ja! Estás soñando... ¡Justo acá en esta cloaca, viviendo en medio de estos andrajosos borrachos me hablás de una sociedad perfecta formada por hombres perfectos!

- Sí, sí, y sí, precisamente acá. Porque aunque ellos formen parte de la sociedad, se resisten y se mantienen fuera de ella. Eso sí, sin ideales, ni convicciones, ni objetivos, ni filosofías. Acá estamos en la tierra de nadie, entre ellos la moneda tiene una sola cara, no hay moral, no hay ética, no hay ley. En esa época nefasta leí algo de San Pablo que me confundió bastante... No te rías... ¿Acaso no nos gustaba decir que Jesús fue el primer revolucionario popular, un verdadero comunista? Por eso yo me propuse leer las Escrituras... Y San Pablo escribe... “...pero donde no hay ley, no se inculpa de pecado” y también... “... la ley se introdujo para que el pecado abundase”... Esto, por supuesto en un contexto mesiánico, religioso. Bueno, por eso te digo... que acá, entre ellos, no entra la ley, así que no hay pecado, no hay crimen, no hay bien ni hay mal. Ellos forman parte de la sociedad, pero al repudiarlos, esa misma sociedad ya no los alcanza, ni ninguna regla, norma o modelo social... Son inmunes y se mantienen apartados de todo lo que en cualquier sociedad sería lo normal. Perdieron, o ellos mismos se despojaron de todo lo que significa la condición natural de un ser humano. No son ni buenos ni malos, ni criminales ni inocentes, no son ni pobres porque la miseria que tienen es su fortuna ni tampoco ricos porque su fortuna es nada, ni violentos ni pacíficos. Es así ¡no te rías! Aquí, entre ellos, todos estos conceptos son relativos. No hay maldad ni tampoco hay bondad, no son valientes ni son cobardes, no son inteligentes, ni genios ni necios. No están ni vivos ni muertos. Están justo en el medio entre la vida y la muerte, porque estando vivos ya están muertos... ¿Sabés qué? Renunciaron a lo más importante de un ser humano: renunciaron a querer hacer algo. El hombre se distingue de toda otra forma de vida porque quiere, tiene la voluntad de hacer... Hacer algo por él mismo y hacer algo por los demás, por la comunidad donde vive. Nosotros también quisimos hacer e hicimos algo. Algo por nosotros y por los demás, con la esperanza de asegurar un mañana mejor. Los opresores, aunque mal, aunque equivocados y de una manera vil, cobarde, injusta y cruel, pero también quisieron algo, al igual que los oprimidos. Los malos al igual que los buenos, los

necios al igual que los inteligentes, todos los hombres a través de la historia quisieron, quieren y querrán seguir haciendo algo. Pero el problema, la raíz de todos los errores y de todos los males es que si bien todos quieren hacer algo, nadie quiere cambiar. Y nadie quiere aceptar la verdad de que de la violencia pequeña será la violencia grande, de la pequeña mentira será la cadena de mentiras y engaños, de robar un lápiz será robar todo a todos, de la maldad casi desapercibida será la maldad monstruosa, cruel, inhumana. Robar, matar, torturar, mentir... Ya sea en pequeño o en grande tienen el mismo nombre: violencia... es decir violación de la dignidad del otro ser humano. Todo puñado de nieve, por más pequeño que sea, puede convertirse en una lavina de nieve... Solo necesita la ocasión y el terreno propicio, apenas un empujoncito y ¡listo! ¡Empieza el degolladero! Éstos que ves acá ya están más allá de la maldad, están despojados no sólo de todo, sino principalmente del querer hacer, y por este motivo ya no hay peligro de una lavina que arrase con todo. ¿Ves a esos dos, allí contra la pared? Ayer se agarraron a los puñetazos por una colilla de cigarrillo que encontraron en la basura. Ahora duermen profundamente como los más justos, bien apretaditos uno al otro como dos amantes. No todos, claro, hay algunos que vuelven a las ubres de la sociedad, pero créeme, salir de acá ya es difícil, si no imposible... Para la mayoría de los que llegan acá, este es el único lugar que les queda en este mundo, en cualquier otra situación o circunstancia están perdidos, no existen. Son seres humanos con raciocinio, pero sobreviven el día como los animales, con la diferencia que éstos no hacen nada, ni siquiera el menor esfuerzo, lo mínimo por sobrevivir. Su supervivencia no depende de sus esfuerzos sino de circunstancias exteriores... Ellos mismos se dejan morir... congelados, enfermos, drogados, tirados en una zanja hedionda con un cuchillo en la espalda, o con el hígado reventado por el alcohol. Y no esperan ni se quejan, no exigen nada... ni de los otros, ni del destino, ni de la sociedad que los desprecia, ni del mañana, ni de los dirigentes, ni tampoco de Dios.

- *¿„Querer hacer algo? ¡Es lo que yo te digo, boludo! Hacer, sí, pero no por los otros, sino por uno mismo. Lo demás es pura cháchara... En el momento que empezás a hacer algo por los demás empieza el quilombo, el caos... y enseguida la revolución y la dominancia del uno por el otro” ¡Mirá vos! ¡Quién te ha visto y quién te ve! De subversivo-ideólogo te volviste filósofo... ¡Y de realista te volviste idealista!*

- ¡Ajá! En eso tenés razón, antes yo era un realista con planes, objetivos concretos... pero estaba ciego. Ahora acepto ser un idealista, ya no quiero seguir ciego sin ver la trágica realidad del ser humano. ¿Que contradicción, no? Pero... como mis metas e ideales son inalcanzables, puramente hipotéticos... ¿Cómo te explico?... mi ideal es también una utopía, pero ya no de una sociedad perfecta sino la de un hombre nuevo, del hombre perfecto, y por eso, por ser inalcanzable, no me queda ni quiero más que estar en la otra punta del ovillo, entre estos desgraciados, entre los más imperfectos. Mi utopía está muy lejos y muy alto, en la cima de la montaña más inaccesible, por eso preferí dejar de trepar, pegué la vuelta, emprendí el descenso a lo más profundo, y me vine aquí a la estepa más desolada y sin esperanzas... Para cambiar, tal vez haga falta bajar primero hasta lo más profundo...

Héctor escuchaba ya con el cuerpo completamente entumecido por el frío y su mente saturada por el monólogo insólito de Cacho. No podía creer que este miserable era el mismo „Barba negra” que había conocido, seguro de sí mismo, líder inteligente, carismático y preparado que quería emancipar a las clases oprimidas. Ahora, a medida que se iban evaporando de su cerebro los efectos del alcohol, las palabras le salían de la boca cada vez más fluidas, sin hipos ni titubeos. Parecía hablarse a sí mismo, meditar en voz alta elaborando argumentos novedosos, algo confusos y que, sin embargo, parecían estar labrados traqueteando en pos de una lógica propia, distinta... En un momento de silencio, Héctor sacudió la cabeza para convencerse que solo estaba escuchando el parloteo quejoso de un hombre ya destruido, sin ambiciones y sin futuro... Cerró los ojos, y sin responder ni ponerse a discutir trató de dormir, de descansar y reponer energías para poder alejarse lo más rápido posible de ese lugar, de la presencia irritante e inútil de Cacho.

A Cacho también poco a poco lo fue venciendo el sueño, y su voz se hizo cada vez más baja, hasta que lo único que rompió el silencio del túnel fueron los ronquidos y el chiflido del viento.

Cuando amaneció, nadie se dio cuenta que Héctor ya no estaba entre ellos. Cacho también, durante un rato se quedó dudando si el encuentro había sido real, finalmente decidió que solo había tenido una pesadilla de la no valía la pena ni siquiera acordarse.

Octava escena

“Sócrates”

Le gustaba estar de la mañana a la noche en el taller mecánico de Julio Vázquez, atiborrado por fuera y por dentro de autos de todas las marcas nacionales y algunas extranjeras, muchos modelos ya conocidos y otros pocos que hasta ahora nunca había visto. Le causaba verdadero placer contemplar y usar las diversas máquinas e instrumentos de precisión, tomar en sus manos las incontables herramientas, algunas bien ordenadas en sus correspondientes estantes, otras aquí y allá esparcidas por el suelo, sobre los autos o esperando su turno en algún banco. En el taller no faltaba nada de lo indispensable para su funcionamiento especializado, meticoloso y eficaz, según lo anunciaba el cartel que colgaba sobre el portón de metal: “La clínica del automotor”. Al dueño y jefe, Julio, nadie lo llamaba ya por su nombre, sino con el apodo de “Sócrates”, porque no escatimaba las palabras cuando se ponía a sermonear sobre la vida, las personas, la política, el trabajo o cualquier tema que, entre auto y auto, iba sacando de la galera de su cerebro. El apodo se lo había puesto un cliente de la ciudad vecina, profesor en la Universidad Católica privada, cuando un poco fastidiado e impaciente por tener que haber llevado su auto por segunda vez y por el mismo problema, escuchó que Julio en vez de urgir al mecánico, le estaba explicando cómo comportarse educadamente en la trato con las mujeres. – “Usted parece Sócrates, el genio griego de la antigüedad instruyendo a sus discípulos, la diferencia es que él era un filósofo y no un mecánico... y bueno ¡sería bueno que usted sepa que yo no vine acá, ni tampoco le pago para escuchar disertaciones y filosofía barata sino para que me arreglen el auto!” Julio sabía bien quién había sido Sócrates, así que no le molestó la comparación, no solamente porque le gustaba hablar, sino también porque leía mucho. Se consideraba autodidacta, una persona que nunca se conformaba con lo que sabía o con la información a la que accedía, sino que le gustaba dejarse llevar siempre por la sed de ir más lejos y más profundo en el terreno de sus conocimientos. “¡El jefe es un mecánico de autos filósofo, un Sócrates!” - Se dijeron riendo entre sí los empleados – En cuanto tuvo el coche listo, el profesor pagó el monto del arreglo y no volvió más, dejando a Julio como propina el apodo de Sócrates.

Héctor había llegado hasta esa pequeña localidad donde trabajaba y vivía Sócrates con su familia, después de andar dando vueltas por la provincia durante semanas sin la intención de tirar las anclas en ningún lado.

Saliendo ya de la zona poblada iba a pie por la ruta, cuando los ojos se le quedaron prendidos en un cartel que colgaba en el portón metálico de entrada de un enorme taller ubicado a unos veinte metros más adentro de la banquina: “La clínica del automotor”. La mirada se le resbaló del cartel al gran patio que rodeaba el taller, y entonces se corrió un velo ante algo que otras veces seguramente ya había visto otras veces, pero que hasta entonces nunca había ejercido el poder de atraerlo y atraparlo como en esta ocasión. Vio decenas de autos diversos aparcados, algunos de ellos destruidos, desarmados o abollados y con diversas partes oxidadas, otros nuevos o casi nuevos esperando su turno para entrar a la “clínica”. Desde su primera motocicleta, la que le regalaron sus padres a los dieciséis años... -¿o tal vez diecisiete? -siempre le habían gustado los motores y sentía por motocicletas, autos, camiones, trenes o cualquier otro vehículo motorizado lo que una persona corriente llamaría pasión. Había empezado con su moto, haciéndole pequeños arreglos, luego más complicados y siempre de manera autodidacta, por intuición o leyendo libros especializados en el tema, más tarde buscando las páginas especializadas en el Internet. Durante toda su vida siguió así, no solamente por necesidad, sino también por esa especie de “pasión” hacía con gusto los arreglos necesarios en las motos y autos que tuvo. Porque cuando robaba algún vehículo, por lo común elegía deliberadamente un modelo viejo, bastante usado y algo estropeado que probablemente no iba a ser demasiado extrañado ni reclamado por nadie. Luego le hacía los arreglos necesarios, lo usaba durante un tiempo para, después de hacerle una limpieza meticulosa por dentro y por fuera, dejarlo abandonado finalmente en algún cualquier lugar. Y ahora, aquí, delante de sus ojos se le ofrecía una festín de autos viejos, nuevos, grandes, chicos, algunas verdaderas piezas de museo, otros buenos ¡y algunos mejores aún!!! Todos esperando que alguien se ocupara de ellos, que los haga funcionar. Sin pensarlo dos veces entró por la tranquera abierta, caminó hasta el portón y preguntó por el dueño del taller a un muchacho que estaba levantando con el gato la parte delantera de una camioneta que indudablemente ya había pasado sus mejores épocas.

- ¿Busca al patrón? Es don Julio... Julio Vázquez, pero todos le dicen Sócrates. Llámelo tranquilamente por el apodo, no se ofende, al contrario. Es un buen tipo, y antes de arruinarse los ojos fue un mecánico excepcional. Y muy exigente. Sí, está allí adentro, en la oficina, al fondo a la derecha...
- ¡Buenos días, señor Julio! (Héctor se presentó con su apellido ficticio) Mi nombre es Héctor Morales-Laufer y...

- ¡Un momento! El Morales y el Laufer... ¿se escribe todo junto, separado o con guión? –lo atajó don Julio levantando la vista del escritorio viejo y lleno de papeles, con evidente curiosidad y sin ocultar un toque de ironía en la voz.
- Con guión, sí... pero...
- Me lo imaginé. –le cortó la respuesta nuevamente el jefe mirándolo de arriba abajo- Digo yo, por su aspecto. “Nomen est omen” ¹ ... No me engaña como está vestido, usted no es un vagabundo ni tampoco un paisano de por acá. Bueno, ¿y cuál es su problema? ¿En que lo puedo ayudar? Carrocería, chapa y pintura no hacemos, y para cualquier otro arreglo tendrá que esperar, tenemos la agenda llena hasta el mes que viene.
- No, momentáneamente no tengo auto. Estoy de paso... pero sin ninguna urgencia, y me gustaría saber si por un tiempito no necesita usted mano de obra, otro mecánico. Necesito trabajo.
- Un momento, señor Morales-Laufer. A ver si entiendo... Oooo...¿Va de paso y necesita trabajo? Y permítame preguntarle... ¿Hacia donde va sin ninguna urgencia? Si no le molesta la pregunta...
- No, no me molesta. Hacia el norte, no tiene importancia.
- Hacia el norte... mmm ¿así nomás, de paso y sin urgencias? ¿Y usted afirma que eso no tiene importancia?... mmm... ¿Qué es lo que lleva a un mortal a “ir de paso”, como un peregrino, pero así nomás, sin deseos, sin metas ni expectativas, sin apuro? Eso es como ir flotando de manera etérea y detenida en el tiempo y en un mundo que no es el propio... digo yo, porque si no, no fuese como usted dice, sólo “de paso”.

A Héctor lo tomó de sorpresa la respuesta enroscada del jefe, y por unos segundos no supo que decir. ¿Que lo importaban a este Sócrates los por qué y los para qué? Él le había hecho una pregunta directa, y el otro le respondía con firuletes.

¹ “*El nombre es el destino*”

- Le repito que necesito trabajo, espero que no sea por mucho tiempo. Entiendo de autos, y tengo buena mano para hacer los arreglos necesarios en cualquier “parte” enferma del “organismo” de las máquinas que llegan a esta Clínica.
- ¡Ja! ¡Me gusta!.... Espero que sea verdad. Y dígame ¿donde aprendió a “curar” coches? ¿Tiene algún papel que certifique su profesión de mecánico de automotores?
- No, aprendí solo, porque me gusta, y también por necesidad. Pero le repito que en esto soy bueno, tal vez mejor que sus otros empleados, o usted mismo.
- ¡Oh! La confianza en sí mismo es una virtud no muy común, y si no desemboca en vanidad... -cosa nada rara, al contrario- bueno, en ese caso puede llegar a ser muy útil, hace bien a uno mismo y en definitiva a los demás, en consecuencia a toda la sociedad. Espero que su auto confianza no sea solamente el mero espejo grotesco de una vanidad intrínseca que uno mismo es incapaz de ver y de reconocer... justamente por ser vanidoso, valga la redundancia.
- Señor Sócrates – Héctor acentuó el apodo con toda intención, tratando que suene inofensivamente irónico pero no hiriente y que, a pesar de que le parecían pura cháchara, demostrasen una especie de reconocimiento a las reflexiones del jefe – Necesito saber si puede darme trabajo. Si es posible me quedo, en caso negativo, ningún problema, sigo mi camino.

Sócrates se quedó pensando en silencio mientras seguía inspeccionando a Héctor de pies a cabeza. Le atrajo la audacia de alguien que parecía la antítesis de todos lo que conocía desde prácticamente toda la vida, gente de esa localidad o de los alrededores que nunca se animaba a arrancar las raíces del suelo natal, y desplegar un día las alas para irse así “de paso”, sin urgencias, sin metas ni más expectativas que el cambio... O que la libertad.

- De acuerdo... ¿Cómo dijo que se llama? ¿Héctor? ¡Ajá! Como el príncipe troyano... el más fuerte, el más noble y más heroico de su época, hasta que llegó uno mejor, Aquiles, que lo humilló, primero vencéndolo y matándolo, luego también más allá de la muerte... Mire, mecánicos tengo ya suficientes, pero tal vez necesite alguien que ayude en todas las tareas secundarias... ¡Qué se yo, hay tantas cosas por hacer!... Use

su imaginación. Pienso en cosas como, por ejemplo, poner orden en el taller al fin de la jornada, ocuparse de la limpieza y el mantenimiento de las herramientas del taller... Y claro, también de los autos. Limpiarlos, lavarlos, dejarlos impecables una vez que estén listos. Y no se sorprenda si, además, tendrá que recoger la basura, limpiar el baño y atender y ayudar a sus otros colegas. ¿Que le parece? Claro que no va a ganar tanto como un mecánico con experiencia, pero no sé porqué, a mí me da la impresión que en este momento de su vida “de paso”, el sueldo no es lo más importante para usted.

De un tiempo lejano a Héctor le volvió un recuerdo difuso de alguien que también lo había comparado con el príncipe troyano, pero sacudiendo la cabeza lo desechó, no quería que nada del pasado tuviera interferencia ni ejerciese ninguna influencia en lo que estaba viviendo. No tuvo que pensarlo mucho ya que tenía dos posibilidades, una, seguir camino hacia no sabía dónde, y la otra quedarse allí un tiempo y acceder a unos mangos cerca de lo único que le satisfacía. El olor peculiar del taller, esa mezcla de gasolina, grasa, tapizado, hierro oxidado, obraron en él como un afrodisíaco y terminaron de convencerlo que valía la pena probar... Al fin y al cabo podía abandonar el trabajo y el taller y continuar su camino cuando se le diese la gana.

- Me parece bien. Acepto la propuesta.

- Bien, muy bien. Tenemos que agarrar la sartén por el mango, quiero decir aprovechar la situación cuando es propicia. A... y dígame, ¿ya tiene algún lugar donde alojarse, dormir, y comer? “Mente sana en cuerpo sano”, como afirmaban acertadamente y con mucha sabiduría los griegos. No me gustaría que vaya a descuidar las tareas por no haber descansado o por tener el estómago vacío, al contrario... “Estómago lleno, corazón contento”... Esta vieja, sencilla pero gran verdad la sostengo y se la repito siempre a mis empleados, por experiencia. Por eso son tan eficientes. Y también suelo agregar: si el corazón y el estómago están satisfechos, el hombre también está dispuesto trabajar con más ganas y más alegría, ¿no le parece?

- Sí, claro. – fingió Héctor sin importarle en lo más mínimo la reflexión de su futuro jefe sobre el estómago vacío - No, no tengo ningún alojamiento todavía, iba por la ruta y vi el cartel... Me gustó... me gustaría quedarme.

- ¿Nada más? ¿Iba por la ruta y vio el cartel? ¿Con sólo una mochila medio vacía en la espalda...? mmm, yo veo que usted ya no es tan pibe como para andar vagando como un hippy por la ruta. Seguro que anda más cerca de los cincuenta que de los cuarenta. ¿La pegué, no? ¿Tal vez va en busca de la gran revelación, algo así como los monjes budistas? ¡Ja! ...mmm – Sócrates se rascó la nuca pensando en una solución - ¿Así que por ahora... todavía no tiene donde recostar la cabeza?- Volvió a quedarse en silencio, finalmente se paró, y apoyando su mano en el hombro de Héctor salieron al pasillo - Entonces puede ocupar el diván que está en la otra oficina, sí, en esa, a la izquierda del pasillo, un poco más allá de la segunda puerta. Está atiborrada de papeles, facturas, recibos, comprobantes viejos... Es como una especie de archivo de documentos ya superados o caducos... Así que bueno, también aprovecharemos su permanencia “de paso” por nuestro humilde taller para seleccionar y guardar lo que pueda ser importante, y desechar y arrojar al cesto de basura lo que ya no haga falta. Si le parece bien, abusando de usted y de sus servicios oficiará también como guarda nocturno. Perfecto. ¡Ah! Con la comida se las arreglará como pueda. Empezamos a las siete y media de la mañana, una hora de almuerzo al mediodía, y luego meta trabajar hasta las seis de la tarde. Pero debe saber que, si llega un caso urgente, hacemos horas extras y seguimos laburando hasta las ocho de la noche. Y tampoco se sorprenda si a veces nos quedamos en el taller algún fin de semana, hasta que el auto esté listo. No gratis, por supuesto. Perfecto, señor Héctor Morales-Laufer, como yo no doy trabajos ilegales, en negro, ahora sólo nos queda llenar esta planilla con sus datos y usted me pone la firma.

Mientras don Julio “Sócrates” llenaba la planilla, Héctor se fijó en su mala caligrafía y algunos errores ortográficos que iban apareciendo. Le tuvo que repetir tres veces la dirección falsa y otros datos también ficticios que le iba dictando antes de firmar. *“Se hace el genio, le encanta que lo llamen Sócrates, pero apenas sabe escribir y por lo que veo también tiene problemas con la lectura”* –pensó con la acostumbrada sensación de menosprecio y rechazo-. Pero a los pocos días, Héctor supo que se había equivocado al juzgar a Sócrates, porque si bien era cierto que tenía una pésima caligrafía y leía dificultosamente, esto se debía a su mala vista. Al contrario, con sus sermones y charlas demostraba que había leído mucho, cosa que ahora también, si bien con dificultades, seguía haciendo. Además, se mantenía informado gracias a la televisión y a la radio que en su oficina del taller estaban continuamente encendidas.

Héctor se acomodó lo mejor que pudo en el pequeño cuarto que funcionaba como archivo de “documentos caducos”. Como no llevaba con él nada más que lo indispensable, le alcanzó solamente una caja para acomodar sus pertenencias: un cambio de ropa interior, otro pantalón, el anorak y un pulóver, un gorro de béisbol, el pasamontañas y el cuchillo de monte que usaba en los robos, un par de zapatillas gastadas y otro de alpargatas, jabón, cepillo y pasta dental, una toalla pequeña y bastante sucia, un peine, un frasco de desinfectante y un paquete de curitas. Además, la billetera, su cortaplumas multifuncional, un largavistas, cigarrillos, la petaca y la botella de vodka, un lápiz y un cuaderno para anotaciones con casi todas las páginas en blanco. Después de medio siglo de vida el contenido de la caja era toda su fortuna. Se quedó mirando sus pertenencias y se sonrió apenas al pensar con un poco de ironía *“Pero a diferencia del Héctor troyano yo sigo vivo, y hasta el día de hoy en el mundo no me encontré con un Aquiles que haya tenido el poder de aniquilarme o humillarme”*. Cerró la caja y se tiró en el diván gastado y deshilachado, aquí y allá con huellas de manchas imborrables, tal vez restos de grasa de máquina, tal vez de pizza o de hamburguesas. Al rato, Héctor ya estaba durmiendo el sueño profundo de aquellos para quienes lo único y verdaderamente importante son ellos mismos.

Antes de las ocho de la noche lo despertó un empleado con un sándwich de jamón y queso y un café humeante.

- ¿Vos sos el nuevo empleado? Yo soy Alberto, pero me llaman “mestizo”, bueno... seguramente te imaginarás porqué. Comete este sándwich, a mí me sobró... mi mujer todos los santos días me guarda más de lo que puedo comer, siempre dice que estoy demasiado flaco. El café es común, lo compramos entre todos apenas recibimos el sueldo, y tiene que alcanzar para todo el mes.... Así que si vos también sos “adicto”, de vez en cuando tenés que aportar igual que los demás. ¿Estás de acuerdo? Bien... Sócrates y los demás ya se fueron, yo soy el último... tuve que trabajar en un maldito carburador... ¡Y todavía no le encontré la vuelta! El jefe me encargó que te despierte antes de irme, y te haga recordar que desde hoy, además de ser el “chico de los mandados” -¡ja, a tu edad!- también sos el guardia nocturno del taller... ¿Qué joda, no? Acá nunca pasó nada, es un lugar tranquilo y además... ¿quién se va a robar un coche que no arranca, o que no tiene frenos, a los dos-tres kilómetros se desarma en pedazos o se le para el motor? Y todo lo demás... bueno, las máquinas son pesadas y las herramientas son para trabajar... no aptas para ladrones vagos, ¡Ja, ja!... ¿No te parece que las herramientas para un ladrón son como estampitas para el diablo?

“Pero las herramientas como cualquier otra cosa se pueden vender, aunque sea por poco dinero... Los ladrones, borrachos, drogadictos roban cualquier cosa... claro, no con la idea de usarla, sino de convertirla en dinero o cambiarla por chupi. Y siempre hay alguien que quiere acceder a algo por una parte ínfima de su valor real sin preguntar de donde proviene” pensó para sí Héctor, lo sabía bien por su propia experiencia... ¡cuantas veces lo hizo él mismo!!! Pero asintió con la cabeza sin demostrar mucho interés por las palabras del mecánico. Mientras tomaba el café bien cargado y caliente, como a él le gustaba, miró de reojo al mecánico. El apodo de “mestizo” le pegaba justo, de inmediato le pareció una copia, más bien una caricatura tosca de Charles Bronson. Seguro que en sus venas corría una mezcla de sangre proveniente de varias fuentes y todas diferentes... blanca, india, criolla... ¿Tal vez también algo de mejicano? Sin dudarlo, prefirió llamarlo por su nombre de pila.

- Está bien, Alberto, podés irte, andá a descansar y dejá nomás... yo me ocupo, ¡chau!

Mestizo se fue refunfuñando entre dientes, tal vez le hubiese gustado que el nuevo compañero fuese un poco más comunicativo, por lo menos podría haberle dado las gracias por el sándwich y el café. No le pareció una persona desagradable, pero le dio la impresión que actuaba y hablaba con algo de suficiencia, como si todo le fuese indiferente.

Héctor se quedó toda la noche entre el sueño y la vigilia. En algunas ocasiones semejantes de desvelo, tenía que obligar a su voluntad a desempeñar el ejercicio mental de rechazar, apenas aparecían, la vorágine de recuerdos e imágenes que venían a acosarlo. En algún lugar de su mente se abría una puerta que dejaba pasar relámpagos con rostros, situaciones, lugares, que emergían del pasado hostigándolo despiadadamente. Héctor no dejaba que esto lo abrumase, sólo era cuestión de volver a cerrar la puerta cada vez que empezaba a abrirse. Una vez dormido, cada vez más a menudo lo atacaban las pesadillas de la cárcel, torturas, soledad, hambre, frío, pero él ya estaba acostumbrado, no era la primera vez... Y al despertar, ya sabía que el nuevo amanecer traía consigo el alivio limpiando su cabeza de toda imagen, todo recuerdo o sensación opresiva. Al día siguiente, al llegar el jefe y los mecánicos, encontraron el taller limpio, ordenado y prolijo, listo para comenzar la jornada de trabajo.

Poco a poco, después de cumplir las tareas más básicas, como barrer, ordenar, lavar baños, pisos y coches, Sócrates comenzó a confiarle tareas de arreglos mecánicos. Al principio eran arreglos sencillos pero luego, al constatar la facilidad y la precisión que demostraba Héctor al cumplir lo indicado, lo pasó a la categoría de mecánico “oficial” del taller. Sus compañeros

también le pedían a veces consejos, o le comentaban las dificultades con las que eventualmente se encontraban. Se sentía bien en ese mundo de autos viejos y “enfermos”. Siempre sentía satisfacción al sentir el rugido lleno de fuerza del motor nuevamente en funcionamiento y anunciando la “curación” de vehículo. Tal vez hubiese preferido quedarse allí por tiempo indeterminado, pero como otras tantas veces, después de haber pasado una noche de lucha con pesadillas, pero más que nada por el hartazgo que le produjeron los análisis pseudo filosófico-religiosos de Sócrates, sus sermones con pretensiones didácticas y sus infaltables consejos “patriarcales”, muy temprano, antes del amanecer, salió a la ruta y siguió su deambular rumbo al norte, sin saludar a nadie y sin reclamar su sueldo. Un camión de transporte de ganado con el acoplado vacío se detuvo al verlo haciendo autostop, y le ofreció lugar atrás, en el espacio destinado a los animales, porque en la cabina ya eran tres, no había lugar para otro. Para no tener que pisar los restos de estiércol esparcidos por el piso del acoplado, Héctor viajó más de cien kilómetros a la intemperie y bajo la lluvia, con los pies apoyados y las manos agarradas a las barras de la jaula especialmente diseñada y destinada para animales.

- Tenemos que vivir el momento con alegría y confianza. Debemos trabajar con honestidad y con entusiasmo. De esa manera podemos alcanzar la felicidad. La nuestra y la de los otros. – comenzó con una de sus exhortaciones favoritas el jefe –
- Trabajamos porque no tenemos otro remedio, porque es necesario para la subsistencia, no para ser felices ni mucho menos para hacer felices a los demás. Es más, sería mejor si no tuviésemos que trabajar. El trabajo es un castigo, hasta la Biblia lo dice “comerás el pan con el sudor de tu frente” – respondió Héctor sin ocultar su fastidio, y sin darse cuenta de lo que se le venía encima, porque en ese primer comentario el jefe se prendió enseguida como una garrapata a la respuesta de Héctor.
- ¡No! No nos metamos con la Biblia... ¿Usted leyó la Biblia? ¿Sabe algo de religión? No sólo me refiero a nuestra religión – advirtió Sócrates con una risa de autosuficiencia, como si “su” religión fuese un patrimonio explícitamente compartido con los demás, luego abriendo sus brazos en signo de aceptación agregó: -¡Pero Héctor, si todas las religiones básicamente hablan de lo mismo! ¿Cómo de qué? ¡De alcanzar la felicidad! Es cierto que a veces siguiendo caminos un poco diferentes. Meditar, orar, trabajar, crear... da lo mismo, pero hacerlo con honestidad y de corazón es lo que otorga la alegría y en definitiva la felicidad. A nosotros ...“

- ¡Otra vez! –lo interrumpió Héctor...- ¿Porque habla siempre en plural, dice “nosotros”, como si todos pensáramos o debiéramos pensar igual?
- - A nosotros – repitió Sócrates sin darse por aludido- se nos otorgó el trabajo para ser felices... claro, si lo hacemos bien, repito, con honestidad y con alegría...

“¡Y dale siempre con lo mismo!” Se dijo Héctor tratando de contener su impaciencia y creciente mal humor, y esforzándose más aún para poder concentrarse en el trabajo.

- No, m’hijo... no debe meterse con la religión sin saber nada de ella, sin conocerla. Yo sé de lo que hablo, porque leí la Biblia, y también el libro de los Vedas, además, leí a los griegos y a Lao Tsé, pero también algo de escritores ateístas, al imbécil de Schopenhauer y un poco del infeliz y patético Nietzsche... Bueno, a éstos últimos hace ya mucho tiempo, cuando todavía no me habían operado de la vista. Además, reconozco que lo que leí de esos alemanotes pesimistas y neuróticos nunca lo pude terminar. En esa época en la que ellos vivían, por lo general pensaban, hablaban o escribían muchas estupideces. Tal vez porque se aburrían, tenían tiempo de sobra para enrollarse... ¿Y sabe porqué? ¡Porque no laburaban! Vivían de rentas o de lo que habían heredado de sus padres, u otros antepasados o familiares que tal vez sí habían trabajado duro. Yo los hubiese mandado a laburar con las dos manos, doce horas por día con un solo sándwich y un café. ¡No! ¿Café dije? ¡Agua! ¡Y a quejarse al campito! A... Estábamos hablando de la religión...
- .“¡Otra vez...!” Ahora usted nuevamente usa la primera persona del plural...”estábamos”. Pero yo no estaba hablando sobre la religión. Cada uno cree en lo que quiere, en Dios, en las hadas o en las brujas, en los seres extraterrestres... a mí todo esto me chupa un huevo... Nadie es mejor ni peor por lo que cree. (Héctor ya veía que con la religión se estaban metiendo en un terreno pantanoso del que iba a ser difícil, si no imposible salir)
- No es así, m’hijo. Usted citó de la Biblia y eso ya es meterse con la religión. ¿Porqué en cambio no mencionó por ejemplo a algún filósofo, a un gran pensador, científico, político?... ¿Porqué? Piénselo. Pero no, usted enseguida me vino con un párrafo de la Biblia. Permítame aclararle que religión siempre hubo, y siempre habrá. Y queramos o

no, la religión rige nuestras vidas individuales, por ende también nuestras relaciones en la sociedad a la cual pertenecemos. Sáquele a cualquier hombre a Dios, y se quedará en bolas, lleno de preguntas sin responder y extraviado en el tiempo y en un espacio infinito sin saber que rumbo que tomar.

El jefe se detuvo para tomar aire, evidentemente satisfecho de sus propias palabras-

- Mire jefe, en una sola época de mi vida yo también llamé a Dios, pero él estaba muy lejos, o era sordo, probablemente yo y lo que me pasaba le importaba un carajo... Le bastaría mirar un poco en derredor para constatar que en cualquier parte del mundo, ayer, hoy y mañana, siempre hubo, hay y habrá incontables personas a las que le sucede lo mismo... Sí, exactamente como me pasó a mí... ellos también en algún momento de sus propias vidas se convencieron que Dios no está, no es, no existe y punto. Es un Dios inventado, o en todo caso, es un Dios que siempre está ausente, ¿Humor negro dice? ¿Que soy un cínico pesimista? ¿Le parece? Si realmente es un Dios inventado, en ese caso no hay más de que hablar. Si es un Dios ausente, la única explicación razonable a su ausencia es evidente: ¡no puede responder ni acudir aquel que no existe o le importa un bledo que yo existo! Y aceptando que exista... si él mismo quiere estar ausente, es como si no existiese. Así que, por cualquier camino llegamos a la misma conclusión.

Claro que Héctor no le confesó que la única época de su vida cuando se le ocurrió llamar a Dios fue en la cárcel, más específicamente en medio de las primeras torturas. Ciertamente que el recurrir a Dios no le duró mucho, porque al no obtener respuesta, él mismo se obligó a superar y derrotar al dolor con el razonamiento, llegando a la conclusión lógica de la premisa “algo por algo”. O sea, debía confesar todo, darles a sus verdugos lo que querían saber.

- Mire, m'hijo, Dios no está ausente, ni tampoco es un invento... ¿Sabe que pasa? Lo que pasa es que muchos no lo pueden... en realidad, no-lo-quie-ren aceptar por el simple hecho que no lo entienden... no aceptan que, como dicen las escrituras “*sus caminos no son nuestros caminos*” Eso. Por orgullo... No, peor, por soberbia, por autosuficiencia. Pero yo pregunto: ¿Cómo podemos entender el infinito? El hombre está encerrado en la jaula de lo finito, aprisionado dentro de las barreras del espacio y del tiempo. No puede estar ayer y hoy o mañana a la vez, como tampoco puede estar

aquí y allá al mismo tiempo. ¿Cómo podría entonces este ser finito tan condicionado y tan minúsculo que es el hombre, entender a alguien supremo, único e infinito, a un ser trascendente que está más allá del tiempo y del espacio sin límites?

- Lo que yo no entiendo es de que me está hablando. Son puras teorías, pero no me dice nada palpable o visible, nada que se pueda comprobar... ¿Qué me importa a mí el infinito, al que no conozco, ni conoceré ni experimentaré nunca en la puta vida, justamente por estar obligado a vivir en un mundo lleno de barreras y limitaciones? Lo importante es que, en todo lo posible, los límites que van marcando mi vida los decida y me los imponga yo y nadie más. Mucho menos un Dios inventado, o que no existe, un Dios siempre hecho a la imagen y semejanza de aquel que lo inventa.

- ¡Ah! ¡Lo felicito! – reaccionó con marcada ironía el jefe- Usted habla como un adolescente que está todavía en su etapa de rebeldía tan infantil y testaruda como infundada. Y es que justo allí radica la raíz del problema, la razón de por qué el mundo funciona tan mal. Los límites impuestos por los hombres son inevitablemente elásticos y temporales, dependen de la conveniencia personal y siempre adaptados a una determinada situación, personal, social, histórica o geográfica. Y si alguna de éstas cambia, entonces el hombre también transforma, cambia, estira de acá o para allá los límites según le convenga o no. Los límites impuestos por Dios, que es dueño del infinito, en cambio, son inmutables, y por eso funcionan, es decir... por eso deberían funcionar. Pero el hombre no los acepta y por querer jugar a ser Dios, al cambiarlos, aflojarlos, correrlos y acomodarlos de acá para allá según su conveniencia, no hace más que quebrar la armonía del mundo, provocando así y luego dejando el terreno propicio para el caos. Sí, es evidente que justamente por eso las cosas están como están. ¿No le parece? Piense un poco en esto...

- *“Mmm... esto de la armonía ya lo escuché hace mucho tiempo... Blanca y la armonía... la armonía y Blanca...”* - murmuró para sí Héctor, y concentró toda su atención en el trabajo en un intento de alejarse de un recuerdo lejano y de cortar una conversación que lo irritaba cada vez más.

Al ver que la negación del otro ya no fluía tan impasible, fría y objetivamente como en otras oportunidades, sino con un dejo de indignación y fastidio que apenas podía ocultar, Sócrates se

alejó meneando la cabeza. Pero siempre volvía para reanudar "nuestra" conversación de "ayer", "de esta mañana" o de "hace un rato". Para él, rodeado de gente simple y trabajadora, cuyas fuentes de información eran la radio, la televisión o revistas de autos, deportes o mujeres, era un desafío y una oportunidad que hasta ahora no se le había presentado muy a menudo para intercambiar ideas con alguien "inteligente y culto". Con alguien que era capaz de reaccionar y responder, aunque con argumentos que él consideraba erróneos, a sus convicciones manifestadas en malabarismos verbales pseudo filosóficos o religiosos.

A Héctor, los monólogos o sermones de Sócrates le parecían a veces como juegos intelectuales incómodos, irritantes o aburridos donde el único que se divierte de verdad es aquel que propone el juego, para colmo aplicando sus propias reglas de manera caprichosa y bastante arbitraria. Otras veces le parecían un cóctel confuso de ideas, informaciones y palabras en el que la otra parte de la conversación, en este caso él mismo, o entraba en el juego o no tenía más que dos escapatorias, resignado a su suerte tragárselo luego de haberlo masticado a regañadientes, o hacerse el sordo. Con el paso de las semanas, meses, la verbosidad de Sócrates tuvo tres efectos en él. Así, en algunas oportunidades se sonreía a sí mismo con cinismo y, sin ocultar cierto desdén y suficiencia, aceptaba el desafío de participar en los alardes de la "sabiduría" del jefe, a los que consideraba tan entusiastas como diletantes. Otras veces lo cansaba y lo aburría hasta tal punto que invariablemente terminaba inquieto e irritado, con las únicas ansias de estar solo, de irse a cualquier lado, donde no estuviese condenado a tener que oír continuamente las presuntas grandes verdades de la vida, a las que en realidad, plenamente convencido y a todas sin excepción, sentenciaba como falsas e inútiles.

- A usted Héctor, no le parece bien, y me critica cuando yo generalizo con la primera persona del plural. Es que cuando le digo como son las cosas, estoy convencido que éstas son comunes a todos, a mí, a usted, y a todos los seres humanos que existieron en la historia, a los que ahora, en este preciso momento, existen desperdigados por el mundo, y a aquellos que existirán por los siglos de los siglos.
- Sí, jefe. Ya veo que esto también es algo que, seguramente por la religión, a usted le encanta asegurar rotunda y categóricamente: "por los siglos de los siglos" ¡Amen! ¿Pero como sabe que es lo que va a pasar mañana, la semana que viene, o dentro de cien años? Todo cambia continuamente, en realidad para que no cambie nada. Lo que es ahora, no es seguro, o tal vez sí, que sea igual dentro de unos minutos. Pero, aunque los escenarios y las situaciones siempre son diferentes, lo que no cambia nunca y,

además, no tiene límites, es la estupidez humana, Por ende y en definitiva no cambia nada.

- Todo cambia, sí, es cierto, y también acepto la contradicción de que en definitiva no cambia nada. Pero esto es así por la virtud de la verdad, la verdad es la que no cambia. ¡La verdad será siempre verdad! Todo cambia, el hombre cambia y las situaciones cambian pero la verdad no.
- ¿Y qué es la verdad? ¿Cuál es la verdad? Por ejemplo ahora, la gran y única e inmutable verdad... ¿es la mía o la suya? ¿Quién la puede determinar de manera absoluta e indiscutible?
- Yo no hablo de las eventuales verdades personales. Porque la verdad sólo puede ser una, única e indivisible. En caso contrario no es verdad. Para nosotros, digo yo... ¿Cómo que para quienes? Mire, ahora no excluyo sino que categorizo, defino, pero sólo para darle un ejemplo... Como le decía, para nosotros, para los creyentes... para todos, ¿eh?... de cualquier iglesia, ya sea católica, protestante, evangelista... incluidas las sectas que se auto definen como cristianas...
- Si, si, ya entiendo, ¡no comience a irse por las ramas por favor! (*otra vez se nos está armando una tela de araña con esto de la religión*)
- Sigo, si usted me permite... Para nosotros, - continuó imperturbable Sócrates, porque nunca le hacían mella la indiferencia, la crítica, ni siquiera el desdén o dejo de burla de los que estaban obligados a escucharlo -, como ya le dije, sin excluir, sino especificando a las personas que tienen una idea o creencia común... - Julio acá se detuvo, cerró los ojos como buscando algo en su interior y agregó en voz baja muy lentamente - La verdad es nuestro Dios hecho hombre, nuestro maestro. Él se lo dijo clarito a sus discípulos “Yo soy la verdad, el camino y la vida”...
- ¡Claro!, No me sorprende, ya me la veía venir... Llegamos a Jesús ¿no es cierto?... -lo interrumpió bruscamente Héctor - Qué fácil, ¿no? Los discípulos le creían todo lo que decía... Si les hubiese dicho que acaba de bajar de un plato volador, también se lo hubiesen creído, y ahora a Jesús todos los cristianos lo adorarían como el primer

extraterrestre que llegó a este planeta abarrotado de imbéciles dispuestos a tragarse el cuento. Pero, vamos a ver, respóndame ahora usted: cuando Pilatos le preguntó ¿qué es la verdad?.. Ahí él se quedó bien calladito, ¿o no? Se quedó con la boca cerrada, justo cuando debería haberla proclamado y desnudado de una manera contundente e irrefutable... Se calló, en vez de explicar cómo es eso de que él, un hombre como cualquiera, era la verdad única e indivisible. Pero no, no dijo ni sola una palabra. Ah... Y, además, se ahorró el demostrarlo. No solo explicar la verdad en teoría, sino demostrarla en la práctica y delante de todos, justamente para que todos y cada uno lo entiendan bien clarito y sin lugar a dudas... ¡listo, chau Pilatos, a la mierda Herodes, no hay cruz, no hay discusión, y pasemos a otra cosa!

- El gran problema de las discusiones sobre la religión es que aquellos que la atacan, la rechazan o la critican, lo hacen sin tener los conocimientos suficientes - respondió Sócrates con cierto aire de suficiencia- Hay un viejo dicho, creo que de un francés... o tal vez africano, ¿o era un japonés? Bueno, ahora no me acuerdo donde lo leí, pero dice algo así: “El silencio es el estuche que custodia la verdad”. Ergo, cuando algo es evidente, mejor ahorrar palabras, como en el caso de la escena con Poncio Pilatos.
- *“Entonces, si es así como lo dijo el japonés o el africano... ¿porqué mierda hablás tanto?”* –pensó otra vez Héctor, luego agregó en voz alta- Entonces, ¿cómo vamos a conocer la verdad? Además... no, usted no me convence... La verdad no es una e indivisible, sino que hay muchas verdades que se complementan, se entrecruzan y se contradicen continuamente, y para lo que uno es verdad, no es seguro que para el otro también lo sea. Verdad y mentira, mentira y verdad... Son la misma cosa vista desde el ángulo de cada uno.
- Depende, esto es cierto si hablamos de pequeñas verdades cotidianas. ¿Es verdad que el azúcar es así de dulce? ¿Que la extracción de una muela es tan dolorosa? ¿Que tal o cual partido político dice la justa? ¿Que la morocha de enfrente es una bomba más hermosa y exuberante que la rubia de al lado? ¿Qué aquel auto es mejor que el otro? Estas verdades son pasajeras, relativas y también son subjetivas, depende de cada hombre como la siente, y si se la cree, o no. Pero hay una verdad absoluta que nos trasciende, que siempre fue y será, es inamovible, indestructible, invariable. Por ejemplo la que comprende a la vida, al amor...

- ¿La vida? Que tampoco es verdad, porque viene la vieja con la guadaña y listo, sonaste... Te manda la vida a la mierda y ya podés empezar a oler las violetas desde abajo.
- ¡Oh! He aquí otro complemento de la única verdad... La muerte. Vida y muerte, No, no hay ninguna contradicción ni contraposición porque se trata de lo mismo. Lo que vivimos es nada más que una etapa que debemos atravesar todos nosotros entre el nacimiento y la muerte, para que por el mismo camino, podamos alcanzar la culminación de la vida, o sea. la vida eterna. La muerte vendría a ser como un puente que une...
- Mire, jefe... a ese puente nadie lo vio. Y mucho menos que es lo que habría del otro lado del puente *“Y esto te lo juro yo, que anduve por ahí tantas veces...sí, apenas a un paso del puente, tan cerca, y no vi nada, te lo aseguro, me lo podés creer”*. Por ende, es imposible comprobar ni definir qué es la verdad, qué es parte de la verdad y tampoco qué es mentira o ilusión en este asunto de la vida o de la muerte. ¿Para qué discutir y defender cosas que nadie sabe o que no se pueden comprobar? Ya lo ve, en esto también... lo que es verdad para usted, no lo es para mí. Si tiene ganas de charlar, entonces hablemos de la vida, de la muerte, ¿porqué no?... Si, está bien, pero sin mezclar la religión, porque allí nos vamos a agarrar a las patadas.
- No, no es cosa de querer charlar... me interesa su opinión y yo le digo la mía. –trató de conciliar la situación un poco tensa que provocaba el tono de voz impaciente de Héctor- No se ponga intolerante, m’hijo.
- ¿Intolerante? ¿Yo? *“Es exactamente al revés, él siempre abrumba a todos con su opinión, sus elucubraciones baratas sobre filosofía, religión, y después le importa un pito la opinión de los otros. Los toma a todos por estúpidos ignorantes a los que hay que enseñar y conducir a la verdad”* No, no soy intolerante, pero bueno, si usted lo dice...

- Bueno m'hijo, cambiemos entonces de tema. Dígame... de acuerdo, sin hablar de Dios... ¿usted que piensa del amor, de esta verdad indiscutible en la que todos los hombres creen y siempre creyeron?
- ¡“Ay, no, por favor! Esto es peor que las torturas en la cárcel” ¿Del amor? ¿De que amor me habla, Jefe? El amor es una mentira, un cuento para adolescentes calientes y viejas sentimentales, un espejismo, una excusa... es cualquier cosa, pero de ninguna manera una verdad.
- El amor mal entendido es una mentira, un cuento, una excusa... es cierto, en eso tiene razón. Pero no el Amor con mayúscula. No entiendo porque habla tan despectivamente del amor... Usted tuvo una madre, un padre, seguramente una novia, amigos, así que conoció el amor, y por ende también conoció la felicidad.
- Jefe, usted me está hablando en chino... Amor, felicidad... no son más que palabras vacías. Inservibles, no significan nada.
- Mire, Héctor, no conozco su vida y tampoco me incumbe, pero le aclaro que yo también pienso que la palabra amor o felicidad son palabras vacías si no la llenamos de contenido.
- Por ejemplo... ¿placer, sexo, calentura, uso y abuso, escapatoria, manipulación?
- No sea cínico, por favor... A usted lo deben haber herido mucho si habla así del amor, tan despectivamente. Pero el amor de verdad es el sentimiento más noble porque lleva directamente a la felicidad. El amor es lo contrario del egoísmo. El que es egoísta busca solamente su propio placer, su propia “felicidad”, pero así no la va a encontrar nunca. La felicidad de cada hombre depende de la felicidad de aquel a quien ama, y si no es así, es porque no es amor, o en todo caso es un amor deforme y mal interpretado que en vez de construir, destruye. El amor que destruye es amor a sí mismo, es egoísmo. Pero la característica del verdadero amor es que construye, nunca destruye. Un ejemplo simple para que me entienda, si usted “ama” una planta, será feliz con ella en la medida que la planta florezca, se desarrolle sanamente y reluzca al sol, para eso la cuida, la riega, la pone a la luz, le remueve la tierra, y si es necesario la poda y la

fumiga... Con el amor entre seres humanos es lo mismo. La sonrisa, la felicidad del otro nos hace más felices... Construir la felicidad del otro, del que amamos... Eso se llama amor... y no implica ningún sacrificio, como muchos creen, porque la propia felicidad se alimenta de la del otro. Eso es el amor, como verdad indiscutible e inmutable. ¿Cómo se puede ser feliz, si no lo es también aquel a quien amamos? Ya lo ve, el amor y la felicidad están estrechamente unidos. ¿Y dígame, que buscan todos los seres humanos desde los orígenes de nuestra historia? Volvemos al principio: la felicidad, que solamente se logra a través del amor. Por eso, yo sostengo que el amor es una verdad inmutable, indiscutible.

- *“Amor... felicidad... los temas que faltaban en esta orgía verbal... ya me está dando por los huevos... No lo aguanto más a este Sócrates...z si sigue machacando con sus eructos intelectuales, yo me voy a la mierda”* -Mire, jefe, tengo que seguir con este auto, porque tiene que estar listo para mañana. Lo vienen a buscar bien temprano.

- Bueno m’hijo, está bien, lo dejo tranquilo... Siga trabajando, pero piense en lo que le dije... Tenemos que ir por la vida con los ojos, el corazón abierto y el entendimiento iluminado y dispuesto, no nos dejemos engañar por las cosas efímeras y superficiales. No demos lugar a las tinieblas y a la confusión. Busquemos preferiblemente lo que tiene verdadero valor. Busquemos la verdad.

- ¿Tenemos...? *“Justamente soy yo el que va con los ojos bien abiertos, ¡vos en cambio los tenés cerrados y llenos de lagaña!”* Yo le aseguro, jefe, usted ni nadie se pueden imaginar todo lo yo que vi, y que nunca demostró nada, ni destapó ninguna verdad... A Dios, a la felicidad y al amor menos que menos... Pero bueno, ahora tengo que seguir con este motor... el maldito hijo de remilputas no quiere arrancar.

Sócrates lo dejó en paz durante unos días. Héctor muchas veces lo veía de lejos, dando sus infaltables sermones a algún otro empleado, a veces acompañando sus discursos con grandes ademanes y haciendo bailotear en su rostro una rica gama de gestos expresivos. Entonces elevaba la voz, y abriendo bien grande los ojos miraba hacia arriba como buscando inspiración o apoyo, o a veces también como implorando comprensión por su paciencia y clemencia por la ignorancia de sus víctimas, por todas las incongruencias que estaba obligado a soportar a cambio de sus verdades. En estos casos Héctor siempre pensaba con

sarcasmo: *“Mirá para arriba nomás, y un día vas a ver como se abre el cielo, TU cielo, ese con TU Dios, TUS ángeles y TUS santos... Y entonces, en vez de ellos o del amor con mayúscula -¡oh, sorpresa!- vas a ver que aparece tu propio cubo gris que se te viene encima, y hagas lo que hagas no lo vas a poder detener. Vas a querer salir corriendo, pero el cubo te sigue para aplastarte. Al final, desde el fondo de un hoyo, te vas a dar cuenta espantado cómo, junto con tus sermones, desapareciste del mundo como si nunca hubieses existido”.*

Otras veces lo veía a Sócrates hablando bajito y como meditando, ensimismado en sí mismo y con los ojos entrecerrados miraba el suelo con una mano en la barbilla, o acariciándose la nuca como aquel que se emboba siguiendo el camino apenas visible de las hormigas. De vez en cuando lo sorprendió observándolo de reojo, como si quisiera leer en su interior, adivinar y descifrar sus pensamientos... Otras veces, como queriendo acercarse a él, pero indeciso, tal vez tratando de escrutar el momento oportuno para volver al ataque.

Una noche se dió cuenta que el jefe había dejado en la oficina de “archivo de documentos caducos” una pila de libros viejos, en su mayoría sobre filosofía, religión y algunas novelas biográficas. También encontró una carpeta llena de hojas escritas a mano. Enseguida supo que eran manuscritos con la letra difícil de leer del jefe, además, porque de tanto en tanto, al pie de las páginas estaba escrito su apodo “Sócrates”. Tuvo la sospecha que los había puesta allí a propósito para que él los leyera. Los guardó en una caja destartada sin llegar más allá del segundo párrafo de la primera página.

Otra de las discusiones más inútiles y fatigantes que tuvo con el jefe, fue cuando le comenzó a hablar de lo que él llamaba “el sentido de la vida”, que ya le habían advertido era otro de sus temas preferidos.

- ¿Nunca se puso a pensar porqué vino al mundo? Sí... para ser más explícito le repito la pregunta... ¿Porqué y para qué vino al mundo? ¿Cuál es su misión?... o si prefiere... ¿Cual es su tarea?

- Sigo sin entender... yo que sé, arreglar autos... – Héctor primero se hizo el tonto, como al que no le interesa el tema y siguió trabajando con más ahínco que antes, tratando de hacer el mayor ruido posible con el evidente propósito de dificultar la comunicación.

Pero Sócrates no cejó. Si comenzaba con un tema no lo soltaba fácilmente, y si percibía del otro la mínima reacción como en este caso el “no entiendo”, era como el pescador que siente en sus manos cuando pica un pez y se esfuerza tenazmente por atraparlo, tirando y aflojando hace todo lo posible para no perderlo.

- ¡Despacio, hombre!... ¡no hace falta darle tan fuerte con ese martillo! ¿Para que tanto afán si con este auto no tenemos ningún apuro? ¿No era que recién venían a buscarlo a fin de semana? Del sentido de la vida, de eso estoy hablando. ¿Cómo que porqué es importante? Es obvio: ¿que sentido tiene nuestra vida, la vida de cada uno si no podemos responder al “por qué” ni al “para qué” vinimos y estamos en el mundo? No puede negar que todos nos hacemos estas preguntas. ¿O usted nunca se las formuló en algún momento?
- No, nunca. Ni tampoco me importa - Quería sacárselo de encima, y en realidad no mentía, ya que a pesar de recordar que en un pasado muy lejano, en su “cueva” de adolescente a veces buscaba respuestas a preguntas similares, esto no le duró mucho, tal vez hasta el accidente en moto que había tenido... ¿cuando sucedió? ¿a los dieciséis? ¿o a los diecisiete? Pero en esa ocasión también volvió a caer en la trampa tendida por el jefe, olvidándose que la negación era precisamente lo que el otro esperaba para comenzar con lo que él con desprecio llamaba sus “eructos intelectuales”.
- ¡Ay, m’hijo!
- *“Como me revienta que me llame “m’hijo” o “hijo mío”, al fin y al cabo apenas me faltan algunas semanas para los cincuenta. Sócrates debe haber tenido no más de diecisiete-dieciocho años cuando yo nací”. Pero él dale con el “hijo mío” Sí, papito, está bien, pero no me revientes más las pelotas”*
- Esto no lo puedo creer, Héctor. Reconozca que es muy difícil de creer que cualquier ser humano se conforme con la mediocridad de nacer comer, beber, dormir, trabajar, procrear y joder. Claro, es cierto, hay algunos que se resignan a vivir como los vegetales, con tal que tengan un poco de tierra, sol y agua... Hasta el momento en que sucede algo que los provoca a formularse las preguntas sobre el sentido de la vida.

El jefe siguió con su discurso durante largos minutos, pero él ya no lo oía, trataba de sumergirse completamente en el trabajo. No le costaba mucho cerrar su entendimiento a toda interferencia exterior como también a todo lo que pugnaba por salir de su interior, de su yo más profundo. Se había adiestrado a concentrarse plenamente en el preciso momento que estaba viviendo, convencido de la inutilidad de encadenarse al momento que pasó o al momento por venir. En los momentos más difíciles de su vida, esto le sirvió para la supervivencia. El no pensar ni en el pasado ni en el futuro lo mantenía vivo, y precisamente por ello estaba despojado de ansiedades como también de compromisos, apegos y recuerdos, excepto aquellos que consideraba necesarios y útiles para seguir respirando y moviéndose en un presente continuo, pero siempre cambiante y dinámico. En la oscuridad de la cárcel y de la tortura también, allí se concentraba en el dolor y el espanto, tratando de profundizarlo y analizarlo mentalmente en toda su intensidad, no permitiéndose el quedar expuesto a ser un esclavo de los sentidos ni de los sentimientos, sino sola y exclusivamente aferrado a la razón. Por eso no se volvió loco, al contrario, se hizo más fuerte, pero también se volvió cada vez más cerrado en sí mismo, más indiferente, más impermeable a todo lo que sucedía a su alrededor. Razonando llegó la conclusión que no tenía sentido seguir sufriendo en vano y decidió traicionar a sus compañeros. No por debilidad, sino como la conclusión más lógica y acertada de un razonamiento y pesquisa mental fría y objetiva en pos de los pros y de los contras de su miserable situación. Una vez pasada la línea divisoria, no le quedó ninguna huella emocional, ningún remordimiento ni sentimiento de culpa, de responsabilidad o de dudas por los eventuales errores cometidos.

Por esta capacidad de concentración en el momento y de acuerdo a las circunstancias y necesidades imperantes, y no por ideales ni objetivos altruistas, se había convertido en lo que era: un egocéntrico exento tanto de ideales como también de vanidad. Egocéntrico sin vanidad. Ambicioso sin codicia. Altivo y seguro de sí mismo sin presunción. Características de su personalidad que lo habían llevado a convertirse primero en un revolucionario, en una máquina de matar, una de las más eficientes de su época, para bajar luego a los cloacas tenebrosas del infierno carcelario, donde conoció las profundidades sin límites de la humillación, del espanto y del dolor. Luego, durante una década fue un viajero errando por todo un continente sin destino fijo, sin dejar huellas en ningún lado y sin llevarse tampoco nada consigo al partir. Y fue en definitiva lo que le permitió llegar, conocer y compartir, finalmente apartarse z abandonar el mundo de doña Vilma.

Y ahora también, en el taller de la clínica del automotor, si bien era un mecánico de los mejores, obstinadamente se cerraba al mundo exterior, y concentrando todo su ser en el momento presente, no cejaba hasta solucionar el problema de un motor, de un embrague, una caja de cambios, tren delantero... etc. Luego de conseguirlo, iba a la siguiente tarea y ponía inmediatamente manos al trabajo concentrándose en el próximo auto, sin siquiera mirar ni importarle quién se llevaba del taller al que había arreglado anteriormente. Seguía viviendo sólo en el presente, y mientras hubiese contacto directo entre él y las personas, éstas tenían nombre y rostro, los lugares tenían geografía, los autos marca, forma y color, pero al alejarse todos ellos del perímetro de su vida, se retraían y esfumaban hasta desaparecer rápidamente en algún lugar recóndito y oscuro de su inconsciente y de un pasado ya pronto sumergido en el pozo del olvido.

Entre un animal que actúa instintivamente provocado que reacciona instintivamente solo a la realidad del minuto y Héctor, la única diferencia era el raciocinio. Todas sus decisiones estaban basadas y motivadas exclusivamente por la experiencia que estaba viviendo en ese determinado momento, sin dejarse influir por cualquier otra, negativa o positiva pero ya desaparecida en el ayer, como tampoco por planes para preparar o modificar un futuro cercano o lejano, pero aún desconocido e indiferente.

En el camión de ganado, habiendo ya desintegrado todas las experiencias vividas en la “Clínica del automotor” y habiendo olvidado a Sócrates, a los que habían sido sus compañeros de trabajo y a los autos defectuosos, los engranajes de la mente de Héctor sólo se concentraban en sujetar fuertemente las barras de la jaula para no caerse, y para evitar que sus pies se hundieran hasta los tobillos en el estiércol todavía fresco. Y para no tener que sentir la lluvia y las ráfagas de viento helado que venían de frente y que como bofetadas despiadadas, una y otra vez y sin parar nunca, golpeaban su rostro.

Epílogo

Redención

La noche caía lentamente y Héctor seguía sentado con la espalda apoyado contra la roca, Ya había exprimido de su memoria hasta el agotamiento la provisión de recuerdos de su vida, para luego ubicarlos en diferentes lugares del paisaje dándoles vida, color y movimiento, como imaginarias escenas de una obra de teatro. Sentía hambre, sed, y un cansancio físico e interno que nunca antes había experimentado con tanta intensidad, y aunque todavía no sabía que aspecto iba a asumir, presentía que pronto todo iba a llegar a su fin. Hacía ya un largo rato que mantenía los ojos fijos en el espectáculo ofrecido por la oscuridad avasalladora y creciente que, en sus tonos grises y negros poco a poco devoraba dramáticamente los colores anaranjados, luego rojos de un sol que, ya en agonía, seguía derramando sobre el mundo somnoliento sus últimas migajas de calor y flujos de sangre. Y en ese momento, justo cuando sólo una mezquina línea de luz quedó visible entre la montaña y el cielo, tuvo la revelación tan esperada durante toda una vida. Volvió a ver el cubo gris que, la desde la oscuridad infinita, bajaba para aplastarlo. Pero entonces algo cambió. En ese momento, entre el cubo y él, se interpuso un rostro, el rostro de su madre, que era el rostro de doña Vilma. Y el cubo gris dejó de bajar, se detuvo, y por fin todo el universo, como cubierto por un manto de misericordia, quedó al amparo de la quietud y del silencio. Escuchó bien claro la voz de su madre en el rostro de Doña Vilma: “No tengas miedo, mi niño pequeño y bonito, mi bebito... es sólo una radiografía para que el doctor, tu papito, pueda verte la columna... Es solamente un ratito, mi amor y no duele nada”. Y por fin supo. Un episodio insignificante y pueril, uno más entre todos los exámenes médicos a los que lo había sometido su padre en los comienzos de su vida, cuando era apenas un bebé. Un episodio tan insignificante, que nunca nadie se acordó que fue lo que le había ocurrido, en consecuencia, nadie pudo ayudarlo a interpretar su primer momento de soledad, de miedo, de impotencia y de desamparo. Nadie pudo descifrar la amenaza de la máquina radiográfica, y ésta, atrapada para siempre en su inconsciente, se había transformado en un cubo portador de dolor, opresión, de violencia y de humillación.

La línea miserable que había separado la noche del día terminó de cerrarse, y el último vestigio de luz se ocultó derrotado detrás del cubo, que junto con las nubes grises comenzó a desintegrarse paulatinamente llevándose consigo para siempre la amenaza y el horror dejando el cielo nocturno límpido y al descubierto. Héctor quiso soltar una carcajada, pero en vez de

risa sintió que, por haber estado mirando tan fijamente al sol, o tal vez por el recuerdo de doña Vilma, se le empezaban a humedecer los ojos. Por primera vez en su vida dejó correr una lágrima, luego otra, hasta que no pudo contener un llanto silencioso que se prolongó largos minutos, hasta volver a sentir el dolor punzante en el medio del pecho. Ya le había pasado dos veces, sabía que era el retorno de un infarto, pero no le importó, porque junto con el dolor y con el llanto, pero por sobretodo con la aparición del rostro de doña Vilma, vino también la bendición de la paz y del alivio que nunca había conocido. No sintió ni culpas ni remordimientos por nada, solamente la certeza que todo lo que pasó, lo que hizo o dejó de hacer, no era más ni menos que lo que le había tocado a él en este mundo. Excepto en las pocas semanas que pasó con doña Vilma, nunca había vislumbrado ni aceptado la posibilidad de cambiar por sí mismo aquello que traía codificado desde su nacimiento, como así tampoco lo que se le fue adhiriendo desde su niñez. Y tampoco lo que pudo vivir allí, en la aldea de Transilvania, porque entonces ya había sido demasiado tarde para cambiar. Como epílogo y cierre del racconto de su vida, fijó su atención en el recuerdo de doña Vilma y se ubicó imaginariamente en el patio de la mujer, sintiendo fervientemente el deseo de ser su hijo, su difunto marido, su vecino... su perro, su gato, o su caballo. O un listón de madera del cerco, una teja del techo de su casa, una brizna de hierba de su jardín, una planta de tomates o de lechuga de su huerta. Un guijarro del sendero por donde los carros de heno entraban y salían del establo, cualquier cosa, hasta la más insignificante, para sentirse parte irrevocable e inseparable de ese mundo que nunca pudo ser el suyo.

El dolor se hizo cada vez más intenso, y ya no lo abandonó hasta que Héctor murió allí, solo como siempre, apoyado contra la roca, a las tres de la madrugada, sobre la cumbre más alta de la montaña, bajo un cielo negro y inescrutable sembrado de respuestas ocultas y de estrellas rutilantes.

Al amanecer, el clima cambió súbitamente desatando un temporal como hacía tiempo no se había visto en la provincia. Llovió a cántaros y sin parar durante diez días y, al despejarse, la temperatura y la humedad subieron a extremos insólitos. Pasaron más de tres semanas hasta que unos baqueanos de la zona encontraron primero el auto abandonado, y más tarde, casi un kilómetro más adentro, el cuerpo de Héctor ya irreconocible y en un avanzado estado de putrefacción. Como entre sus pertenencias no encontraron ningún documento que pudiera certificar su identidad, nunca supieron quien fue el ladrón inexperto y torpe que se había

atrevido a robar un auto casi inservible para luego perderse y morir solo en la cima de la montaña.

Héctor vivió siempre en un presente premeditadamente eterno, sintiéndose y ubicándose a sí mismo como el principio, el fin y el centro del mundo. Y murió como si nunca hubiese existido, sin dejar ninguna huella detrás de él. Los que en la juventud lo habían conocido como Héctor pronto lo olvidaron, a “El Niño” o a “la rata” nadie lo conoció por su verdadero nombre y luego tampoco, porque desde el exilio siempre había usado personalidades ficticias y documentos falsos.

Pero entre los siete billones de habitantes del planeta quedaron dos personas que, sin conocer su apellido de nacimiento ni su verdadera personalidad, se acordaban de él, y mientras vivieron transmitieron el legado de su encuentro con Héctor a todo aquel que quisiera escucharlo. En una aldea de Transilvania, la anciana doña Vilma, a todos sus huéspedes, a los viajeros y visitantes de paso que llegaban a su casa, les contaba de aquel “muchacho” latinoamericano tan agradable, inteligente y buen mozo, aunque algo enigmático, silencioso y tristón, con el que había pasado tantas horas agradables e inolvidables de comidas compartidas, café, licor de arándanos, charlas y paseos.

Y al otro lado del mar, un anciano sin piernas condenado desde su juventud a una silla de ruedas, seguía maldiciendo al “niño” imberbe e irresponsable, consentido y malcriado, que le había provocado ese maldito accidente de tráfico que, mutilando su cuerpo y exterminando el amor apenas nacido, terminó arruinándole la vida para siempre.

INDICE

Preludio: En la cumbre (El principio del fin)

Primera escena: La motocicleta de Héctor

Segunda escena: Blanca

Tercera escena: Hippies y militantes

Cuarta escena: El colombiano

Quinta escena: Dona Vilma

Sexta escena: Regreso

Séptima escena: Planicies y montañas

Octava escena: Sócrates

Epílogo: Redención

- El nombre húngaro de la aldea de dona Vilma es “Székelyszentlélek” (Espíritu Santo Székely). La dificultad en el pronunciamiento de la palabra radica en la diferencia de matiz entre las E con o sin acento. Esa zona de Transilvania es habitada por los Székely. Los sículos (en húngaro: Székely) son una etnia de habla húngara que, según algunas teorías son originarios de esa zona, según otras fue en torno al siglo VIII que ocuparon las tierras que formaban parte del sureste de Hungría y que hoy, desde el Tratado de Trianon forma parte de Rumania. La palabra Transilvania en húngaro: Székelyföld, o sea, “Tierra de los Székely” o “Tierra Székely”.